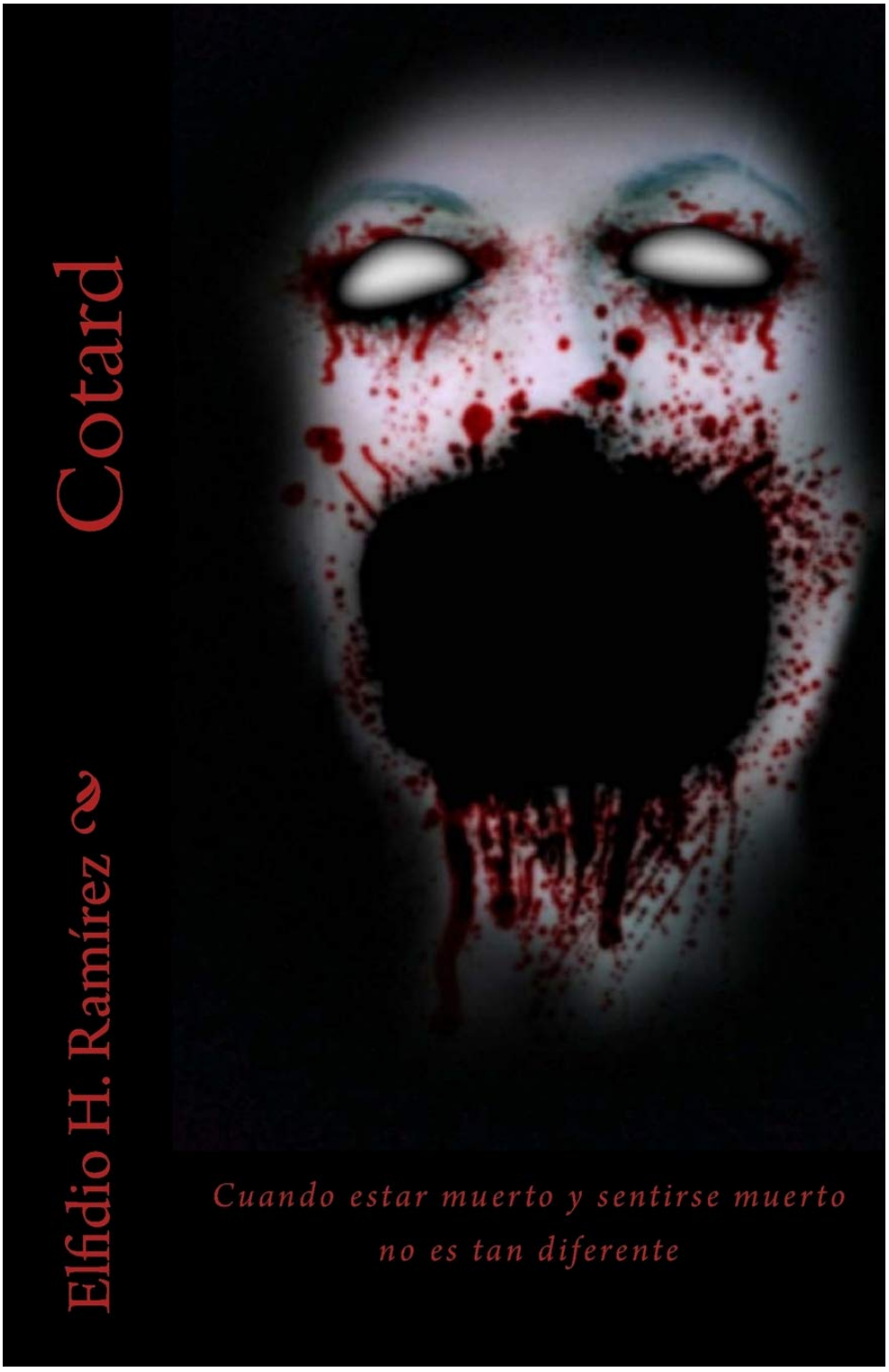
Cotard

Elfidio H. Ramírez



Capítulo 1

Diario de Cotard

27 de enero.

He prometido protegerles, a ella y al bebé que viene en camino, pero me aterroriza pensar que quizás no pueda conseguirlo. Cada día que pasa nos cuesta más pasar inadvertidos entre los infectados y París queda lejos, muy lejos; demasiado para Laura y su embarazo.

Recuerdo la ilusión que teníamos planificando la llegada de nuestro hijo, pensando en el nombre que le pondríamos, mirando en los escaparates la ropa que íbamos a comprarle, en cómo lo educaríamos y en lo felices que seríamos como familia; hasta que la infección lo destruyó todo.

No recuerdo cuando vi caminando, aunque fuera en la lejanía, a alguien sano, pero sí mantengo en mi memoria el último con quien hablé. Aquel soldado me entregó su pistola pidiendo que le disparara, no quería convertirse en uno de ellos y notaba como la infección invadía su cuerpo. Poco a poco se sentía muerto, y lo hice. Ocho balas me quedan de su arma y debo guardarlas como un tesoro.

Por ahora, uso para defendernos el arco y las pocas flechas que pude conseguir en aquella tienda de deportes donde nos refugiamos cuando tuvimos que huir de nuestra casa en Caen. Aunque practico, suelo necesitar entre cuatro o cinco para poder dejar inutilizado mi objetivo, y luego, rematarlo en el suelo. Odio, cada vez que me acerco a ellos, tener que comprobar una vez más que las flechas no han hecho bien el trabajo acabando con su vida a la primera. Siempre es mejor arrebatárselas desde la distancia y así no ver como la enfermedad demacra los cuerpos convirtiéndolos en lo que ahora son, muertos hambrientos de carne y sedientos de vida.

Laura no sabe que he empezado a escribir este diario. Lo encontré mientras registraba un pequeño supermercado en busca de comida y no quiero que lo sepa. ¿Por qué? Necesito plasmar mis temores sin que ella los conozca. Si queremos sobrevivir debe seguir creyendo en mí, en que lo conseguiremos, aunque cada vez lo vea más difícil. Solo encuentro infectados por todas partes y París nos sigue quedando lejos, muy lejos.

28 de enero.

Laura entra en el séptimo mes de embarazo y ha preguntado por qué no volvemos a Caen. Piensa que podríamos fortificar otra vez nuestro piso y

quedarnos allí hasta que al menos nazca el bebé o llegue nuevamente la ayuda, pero no es tan fácil como ella cree. La batalla contra los infectados dejó casi la totalidad de la ciudad en ruinas y cada vez me resultaba más difícil encontrar algo de comer y regresar a casa con vida. Sé que el viaje será duro, durísimo.

Apenas hemos avanzado cinco kilómetros y me doy cuenta a cada paso que quizás no lleguemos, pero debemos intentarlo. Cuando hace un mes cayeron las comunicaciones que el gobierno emitía por radio y televisión, informaban que París era zona limpia de infección. El ejército se había hecho fuerte y mantenía la situación bajo control, pero desde entonces ya no tenemos noticias. Yo también temo llegar a París y no encontrar nada, o peor todavía, que solo haya infectados, pero si no lo hacemos probablemente moriremos de otra manera.

Esta noche vamos a descansar en un todoterreno que encontramos en el arcén y como ya suele ser costumbre tampoco arranca. Lo he asegurado desde el interior con unas cuerdas para evitar que se pueda abrir por fuera, aunque si nos detectaran esas bestias, no creo que se molestaran en abrirlas. Pasan del aletargamiento a la furia desde que se encuentran con algún desgraciado que los alimente; debe ser horrible caer en sus manos. Espero que la falsa seguridad que da este refugio me ayude a descansar y dormir. Mañana quiero avanzar un mínimo de diez kilómetros hasta encontrar un nuevo lugar donde pasar otra noche más.

29 de enero.

Es maravilloso notar las patadas del bebé a través de su piel. Duerme tranquila a mi lado, en la cabina de un camión refrigerador estacionado en un área de servicio en el que nos hemos cobijado.

Cuando abrí la parte trasera con la esperanza de encontrar algo útil, el olor de la carne en descomposición salió a raudales en todas direcciones provocando que Laura haya dejado de vomitar hace apenas una hora. Está tan débil después de esto que la única opción ha sido quedarnos aquí, pero la idea no es buena, nada buena. Aún con los cristales subidos se aprecia el olor nauseabundo y eso que volví a cerrar las puertas, aunque el mayor problema vendrá si algún infectado es atraído por él. Tiemblo solo de pensarlo.

Esta noche no creo que pueda dormir tranquilo como lo hice ayer, así que intentaré pasar el tiempo recontando la comida que nos queda, el agua y leyendo el manual del camión. Promete ser una lectura apasionante. Mañana con Laura a buen recaudo en el vehículo entraré en la gasolinera del área de servicio; posee un pequeño supermercado y quizás tengamos suerte. Necesito con urgencia lejía concentrada para limpiarlas después de usarlas ya que me queda menos de un litro, y cuando digo usarlas me refiero a las pocas flechas que ya me quedan. Sigo a rajatabla la norma

del ministerio que decía utilizarla con todo lo que estuviera manchado con su sangre, y por fortuna, es de las pocas cosas que aún funcionan.

Que tranquila se la ve durmiendo aquí a mi lado, la envidio. Debemos llegar a París antes de que nazca nuestro hijo, necesitamos la calma de un lugar seguro para que Laura dé a luz con garantías para ella y el bebé.

30 de enero.

Esta mañana Laura me despertó tapando con su mano mi boca para evitar que gritara. Los temores de ayer se hicieron realidad y dos infectados olieron durante la noche aquella pestilencia inmunda que había salido del camión. Que ingenuo soy pensando que todavía puedo encontrar algo en uno de los cientos de camiones que he abierto o por desgracia abriré. Su cara mostraba el terror que solo puede conocer una persona que ha estado a punto de morir bajo el ataque de una de esas bestias varias veces, quizás demasiadas. Es una mujer fuerte, dura y frágil a la vez, pero con su embarazo no puede pensar solo en ella. Le pedí en voz baja que se tranquilizara y con sumo cuidado, evitando hacer cualquier ruido, bajé la ventanilla de mi lado. Quería acceder a la parte superior del camión y la caja de refrigeración trasera para desde allí, y usando el arco, poder acabar con la vida, o lo que quedaba de ella, de nuestros dos nuevos amigos.

Hacerlo con uno de ellos fue fácil. Se mantenía olisqueando las puertas traseras con aquella mugrienta y casi necrosada nariz mientras las arañaba en el vano intento de atravesarlas y unirse con la podredumbre para darse un banquete. Ha sido la primera vez que elimino a uno de ellos con solo una flecha y atravesando su cabeza desde arriba. El segundo costó más. Se había alejado del vehículo, no sé bien el motivo, pero bastó que fallara en el disparo de una de las flechas que usé, y la cual rebotó cerca de sus pies, para atraerlo hacia mí. Tengo que practicar más o terminaré convirtiéndome en uno de ellos, o lo que es peor, en su almuerzo. Aquella mala bestia se abalanzó a la carrera y logró subir, sin que apenas le costara, por la cabina. En ese momento ya le había acertado con dos flechas, una en el muslo derecho y otra en el abdomen sin lograr detenerlo.

Una tercera a bocajarro en el corazón cuando ya se encontraba a escasos dos metros de mí fue la que logró salvarme la vida. Cayó de bruces a mis pies y respiré aliviado mientras escuchaba los gritos de Laura llamándome aterrada y solo al oír mi voz se calmó. Temblaba, y su abrazo al verme fue tan cálido y reconfortante que noté como no era ella la única que me abrazaba, nuestro bebé también lo hacía.

Del supermercado conseguí unas latas de fruta en conserva, unos guantes gruesos de cocina, un periódico de hace meses y mi tan preciada lejía que casi gasté limpiando las flechas. Esta noche volvemos a dormir en el

camión pese al peligro que conlleva, ¿la razón?; Laura tuvo fuertes dolores abdominales que probablemente sean por los nervios, pero por precaución, pensamos que lo mejor sería quedarnos, mal me pese.

31 de enero.

Cuando esta mañana iniciamos la marcha no pude evitar girar mi cabeza hacia el cadáver que había dejado en el techo del camión. Su sangre, ya seca, había ido derramándose por uno de los laterales y los cuervos con el alba comenzaron a dar buena cuenta de sus restos. Picoteaban con saña las partes blandas de su cara y de toda la piel que no estuviera cubierta por ropa, disfrutando enloquecidos de aquella orgía de carne. Supongo que ellos estarían cumpliendo su venganza. Los infectados devoran todo ser que encuentran con vida y probablemente ellos también habrán sido víctimas suyas.

Observando aquella imagen vino a mi memoria el recuerdo de un viejo amigo de Caen y escribiendo esto ahora no he podido evitar el sonreír al igual que lo hice en ese momento. Conducía uno de los tranvías de la ciudad y en su cabina acristalada, sin más contacto con el exterior que la vista, me decía que muchas veces se sentía como un muerto observado dentro de su ataúd de cristal por aquellos que llevaba de un lado a otro. Pensaba cómo serían sus vidas y se preguntaba si alguna vez cualquiera de aquellas personas habría reparado en él. En ocasiones, se daba cuenta que conducía sin percatarse de haber parado en aquella última estación o si realmente lo hubiera hecho. Muchas veces conducía como ahora vagan los infectados, sin sentido, hasta que encuentran algo que devorar, claro. La última vez que lo vi también vagaba, la enfermedad lo había atrapado como a casi todos y tuve la curiosidad por saber si en ese momento se sentiría observado como siempre o ahora simplemente caminaba sin pensar nuevamente en nada. Visto de esa manera en poco habría cambiado su vida.

Después de varias horas de andar, Laura encontró una pequeña huerta pegada a la carretera y conseguimos algunas patatas. Decidimos en ese momento cocinarlas y comer allí mismo y así aprovechar para más adelante los enlatados. Tras terminar, solo pudimos avanzar apenas unos tres kilómetros y buscamos refugio en una ancha tubería que atraviesa la carretera por debajo.

Uno de sus lados tiene una reja soldada y el opuesto la mantiene también, pero está suelta por un lateral; lo suficiente para poder entrar por ella y asegurarla desde dentro. Pasaremos la noche aquí. Está limpio y he encendido un pequeño fuego para que nos mantenga calientes. Aunque Laura se esfuerza todo lo que puede, mañana quiero hablar con ella, debemos avanzar más kilómetros al día o no llegaremos nunca a París.

1 de febrero.

Laura ha vuelto a sufrir fuertes dolores abdominales. Eso sumado a la hinchazón tan elevada que presentan sus pies ha hecho imposible que hoy pudiéramos avanzar un solo metro. Empiezo a solo ver problemas en nuestro éxodo. ¿Sería mejor volver a Caen como dijo ella? Tal vez podríamos resistir allí hasta que naciera el bebé e intentarlo entonces otra vez, pero luego pienso en el camino, en este duro camino, y todo acompañado por los llantos desconsolados de un recién nacido sirviendo de reclamo a aquellos que desean cebarse con nosotros. Es ahora o nunca.

Nada más darnos cuenta de que hoy no podríamos continuar la marcha notó mi desazón e inquietud, así que opté por disimular mis sentimientos todo lo que pude. Acurrucándome junto a ella, busqué su comodidad sirviéndole de apoyo a su cansado cuerpo y no tardó en volver a dormirse; así lleva todo el día. Por mi parte, yo he sacado bastante partido al viejo periódico que recogí del área de descanso. Cuando iba a usarlo con la intención de avivar el fuego de la hoguera que nos mantenía calientes me di cuenta de que todo el contenido que había en sus hojas era referente a la enfermedad y el virus que la había producido, una especie de dominical o un informe especial sobre ella.

Reconozco que nunca supe mucho sobre la infección, su origen, las causas de propagación y me limitaba a seguir las normas que iba dictando el gobierno para nuestra seguridad, además de divagar entre las muchas e hipotéticas causas que la habrían originado. Ahora, después de tanto tiempo y gracias a un viejo periódico puedo saber qué fue realmente lo que ocurrió. Cuando a comienzos del año pasado una serie de atentados terroristas realizados por fanáticos religiosos sembraron el caos y el horror en muchas ciudades de Francia, el gobierno apostó por dar un paso definitivo, y no solo aumentó el presupuesto para el ejército y la policía, sino que, además, comenzó a contratar a médicos y científicos. Su objetivo era darle el empujón definitivo a un arma que habían intentado conseguir durante la Primera y Segunda Guerra Mundial pero que les fue imposible llevarla a buen fin por falta de medios y conocimientos. Lo denominaron Proyecto Cotard.

A finales del siglo XIX, un neurólogo llamado Jules Cotard descubrió un extraño síndrome en una mujer. Ella negaba su existencia, estar viva o la simple necesidad de comer porque decía ya estar muerta. En muchos casos que después se estudiaron, aquellos que padecían el síndrome pensaban incluso que estaban ya putrefactos o que les faltaba algún órgano y que por eso estaban muertos. El gobierno vio en aquella enfermedad un filón porque, ¿quién no desearía tener un arma que pudiera dejar fuera de combate a un ejército entero o cualquier amenaza posible haciéndoles creer simplemente que ya estaban muertos? Y si ya

estaban muertos, ¿por qué luchar?

Diseñaron un virus que atacaba una parte específica del cerebro, una zona entre el lóbulo frontal y parietal que los pacientes con ese síndrome siempre presentaban lastimada. Un virus que se propagaba por el aire pero que, si estaba cinco minutos expuesto al mismo sin poder infectar a nadie, moría. Un virus que no se contagiaba de un infectado a una persona sana y que tras veinticuatro horas dejaba de existir volviendo el infectado a su estado normal. Habían conseguido el arma perfecta, sin muertos, sin secuelas y comenzaron a usarla. En poco tiempo el ejército comenzó a desmantelar por todo el mundo campos de entrenamiento terroristas sin disparar una sola bala, la policía entraba en pequeños reductos reduciendo las amenazas sin usar la fuerza y el mundo empezó a creer por primera vez en su historia con la posibilidad de tener el arma definitiva que traería la tan ansiada paz mundial. Es irónico, un arma pacificadora.

Pero no debimos jugar con la naturaleza. Sin saber bien como ni cuando el virus mutó. Lo primero que hizo fue no morir a las veinticuatro horas y lo segundo, saltar de infectados a personas sanas. No había antídoto, ¿para qué crear uno si a las veinticuatro horas el virus dejaba de ser un problema? Gracias a ese pensamiento todo fue en aumento.

Los infectados comenzaron a tener brotes de furia y pasaron a atacar a los no infectados. El virus no quería morir y tampoco que su anfitrión lo hiciera comenzando así la pesadilla. Devoraban todo lo que encontraban con vida y lo mejor que a uno le podía pasar era que lo mataran durante un ataque, morir desangrado o dejarse desangrar ya que, si no, terminarías siendo uno de ellos. Mutó de tal manera que su aliento podía llegar a infectarte al igual que el contacto con su sangre y sus fluidos. Igual que pasó con la gripe española, el virus se propagó por todo el mundo y en menos de dos meses todo había cambiado para siempre.

Ahora mismo no sé si tenemos gobierno y sinceramente me agarro a la esperanza de encontrar la salvación en París. Si mañana Laura sigue sin poder caminar buscaré cualquier transporte para que podamos seguir avanzando, una bicicleta, una carretilla, no sé, pero no debemos estar tanto tiempo en el mismo sitio. Intentaré dormir acurrucándome otra vez a su lado. Tocarla a ella y al bebé que lleva dentro es lo único que me da fuerzas para continuar.

2 de febrero.

Aún me tiemblan las piernas, y solo cuando Laura ha caído rendida tras varias horas sin parar de llorar, he podido en silencio hacerlo yo y así lograr desahogarme. Cuando uno piensa que con este virus el ser humano había llegado a lo más alto, o quizás, mejor dicho, lo más bajo de la pirámide evolutiva, llega alguien y te demuestra que podemos ser peor

que estos seres.

Por la mañana temprano nos despertaron unas voces que desde la lejanía iban acercándose. Oí las risas de dos jóvenes acompañadas después por la seria voz de un hombre que con amabilidad les pedía silencio. A través de la reja de nuestro improvisado refugio vi como por un lado del pequeño claro que surgía frente a nosotros aparecieron los dueños de esas voces llenas de vida. Las dos chicas abrazaron con ternura al hombre llamándolo papá, diciéndole a la vez que no se preocupara; ellas lo defenderían de cualquier infectado y oyendo aquello empezó a brotar en mí una sensación que hacía mucho no tenía, felicidad.

Estaba viendo personas sanas, una familia que se protegía como lo hacíamos Laura y yo, y no dudé en desenrollar el grueso alambre que mantenía asegurada la reja. Los nervios me impedían hacerlo con toda la rapidez que deseaba y ahora doy gracias a Dios por ello. Cuando solo había logrado la mitad de mi objetivo una detonación retumbó en el aire sobresaltándonos y al alzar la vista vi como el hombre caía de espaldas llevándose las manos al pecho mientras sus hijas, gritando, se arrodillaban junto a él. Como hienas a la carrera, una decena de uniformados con ropajes militares salieron del lado opuesto del claro hacia sus presas. Gritaban, aullaban y reían, todos menos uno. Aquel hombre avanzaba a paso sosegado en su misma dirección viendo como esa jauría de muerte ya había saltado sobre ellas, zarandeando a las muchachas y riendo enloquecidos con su pánico. Los gritos ahogados del padre rogando que pararan no sirvieron de nada y menos aun cuando al llegar aquel malnacido a su lado le descerrajó un tiro enmudeciendo su voz para siempre.

Durante horas tuvimos que escuchar los sollozos, suplicas y lamentos de aquellas dos pobres almas desgraciadas mientras esos salvajes las golpeaban y violaban bajo la mirada atenta y silenciosa del que ya se había declarado a mis ojos como jefe de todos aquellos miserables. Sentí pánico cuando sin saber bien el motivo giró su cabeza hacia donde nos escondíamos. Llegué a pensar que sin darnos cuenta habíamos hecho algún tipo de ruido y que eso llamó su atención, pero por fortuna frenó su andar hacia nosotros cuando probablemente se percató que la alcantarilla estaba cerrada por aquella reja que una vez más nos sirvió de fiel protectora. A pocos metros de nosotros y acurrucados en la oscuridad vi su cara, una cara que nunca olvidaré y la cual sé que a partir de hoy me acompañará en mis pesadillas. Cuando esas malas bestias saciaron sus instintos recé para que se fueran sin más y poder salir en su auxilio; tarde, sí, pero no íbamos a suicidarnos y menos arriesgar la vida de Laura y mi hijo por personas que al fin y al cabo eran desconocidos para mí. Me equivoqué pensando que no iría a más, que al menos habría un pequeño resquicio de piedad entre aquellas personas que seguro alguna vez se autoproclamarían humanos y por ellos maldigo una y mil veces nuestra

raza.

Dos de esos asesinos, que durante unos minutos habían abandonado el claro, salieron nuevamente de la arboleda arrastrando esta vez de los pies a dos infectados. No les temían. Al tener las piernas fuertemente amarradas solo podían levantarse ayudándose de los brazos, pero incluso así les resultaba una misión imposible, cuando lo intentaban siempre se daban de bruces tras tirar con fuerza de la cuerda que los mantenía a raya. Los dos hombres miraron a su jefe y este, con aquella tranquilidad que nunca había perdido asintió con la cabeza. Un festín sangriento volvió a dibujarse frente a nuestros ojos. Arrastrándolos, uno y otro fueron colocados sobre las muchachas, volviéndose a escuchar a aquellos gritos de horror y pánico que taladraron nuestros tímpanos mientras la jauría se alejaba riendo y felicitándose unos a otros por su hazaña. Pasadas unas horas salimos huyendo en dirección opuesta y afortunadamente sin abandonar nuestro rumbo. Refugiados ahora en la parte alta de un pequeño granero pasaré la noche en vela para que ella duerma y cuando despierte por la mañana seré yo quien descanse con la protección de Laura. Ella defenderá mi sueño, aunque como ya dije, creo que más que sueños serán pesadillas.

3 de febrero.

Siempre sentía fascinación al ver a Laura coger los pinceles y perderse después junto a su amada inspiración en aquellos dibujos que dejaban sin aliento. Uno se sumergía entre sus finos trazos tan reales que parecía estar mirando fotografías en lugar de pinturas y aunque hacía tiempo que no la veía dibujar, hoy volvió a hacerlo. Debió ser esta mañana, mientras yo dormía, y me he dado cuenta hace un momento cuando observé que de su mochila asomaba la esquina de aquella libreta que siempre usaba para sus bosquejos. Desde ayer apenas me habla, está ausente, y es que lo que vivimos no era para menos. Mientras caminábamos difícilmente mediaba palabra, si no era para responderme a través de monosílabos murmuradores con los que me confirmaba o negaba cualquier indicación o solicitud que le hiciera. Solo escuché un sí claro y victorioso cuando sorprendentemente ensarté a la primera un conejo que nos sirvió de comida para hoy.

Lo había dibujado. A él, a ese malnacido que mató a un padre mientras sus perros violaban a las hijas. Si lo tuviera a tiro usaría las pocas balas que me quedan para acabar con su vida, aunque con ello atrajera a todos los infectados de Francia hacia nosotros, y aunque la maldad posee muchas caras, acabando con su vida terminaría al menos con una de ellas. Debería quemar ese dibujo, pero si lo hiciera ella lo sabría, sabría que tengo miedo, sabría que quizás no podré defenderla si alguna vez terminamos en manos de gente como esa, pero no lo permitiré. Guardaré una bala para ella y para mí e incluso una para el bebé si cuando haya nacido tenemos la mala fortuna de caer bajo las garras de alguna alimaña

como las de ayer, pero antes de usarla me aseguraré de llevarme alguno conmigo. Odio esto. Ya no solo debemos preocuparnos por los infectados, sino que además tendré que acechar a los sanos antes de poder entablar contacto.

No hemos encontrado refugio, así que hoy toca dormir bajo un cielo despejado e iluminado por todas estas maravillosas estrellas que nunca había visto antes. En el horizonte no se vislumbra una sola luz que no sea natural y debido a eso he optado por no hacer fuego con el que abrigarnos, tampoco hace mucho frío, pero prefiero que no se nos localice desde la lejanía. Mañana creo que llegaremos cerca de Lisieux, aunque bordearemos la población. Todas las ciudades o pueblos suelen ser nidos de infectados, quizás recuerden que eran sus casas, no lo sé y tampoco me interesa. Ahora solo me preocupa descansar y estar bien para la jornada de mañana. Debería quemar ese maldito dibujo.

4 de febrero.

Laura ha desaparecido. No sé cuándo marchó ni el motivo y escribo estas malditas letras por no gritar. Estoy agotado después de estar durante todo el día caminando, intentándola localizar y por miedo a que regreLaura he vuelto al mismo lugar donde habíamos pernoctado anoche. ¿Por qué Laura? Maldita sea. No entiendo que ha podido pasar por tu cabeza para dejarme solo e irte con nuestro hijo. Si no estamos juntos no durarás mucho ahí fuera y menos si sigues en el estado que tenías ayer. Mi odio hacia aquel maldito asesino con quien nos encontramos aumenta cada segundo, porque si no se hubiera tropezado en nuestro camino, tu mente no habría sufrido más y seguirías a mi lado, es por culpa suya, seguro. El miedo ha tenido que apoderarse de ti y has huido sin mí, pero ¿hacia dónde? Lo primero que hice al despertarme y darme cuenta de que no estabas fue retroceder, corriendo sobre nuestros pasos destino hacia Caen; era lo que pensé más lógico que habrías hecho, volver a casa, pero tras varias horas de no dar contigo me di cuenta de que era imposible no haberte localizado y más en tu estado, así que regresé. Durante el tiempo siguiente he dado vueltas en círculo alrededor de donde acampamos, buscando alguna señal e incluso infectados que pudieran haberse tropezado contigo, pero nada. Me alegro por eso último. Si diera con tu cadáver no sé qué haré. ¡Dios!, tiemblo solo de pensarlo. He encendido una gran hoguera, no tengo miedo a que nada ni nadie la vea. Quiero que tengas un faro al cual dirigirte y no zozobrar en este mar de locura y desesperación. Si esta noche sigues cerca de mí necesito que veas el fuego y que con él sepas que sigo aquí, para protegerte y amarte. Dormiré encaramado a un árbol para así descansar sin temer que me ataquen por la noche; además he colocado varias latas atadas a los alrededores con una cuerda con el fin de que me sirvan de alarma por si alguien se acerca. Eso me despertará y tendré tiempo a defenderme

desde la altura de mi refugio. ¿Dónde te has metido Laura?

5 de febrero.

Noté el vació y luego el golpe me despertó al caer desde la rama de mi improvisado refugio. Soñaba como aquella mala bestia se llevaba a mi hijo ya crecido sin poder hacer nada para evitarlo y la desesperación debió hacer que me precipitara. Tengo que quitármelo de la cabeza porque con él dentro de ella no puedo pensar con claridad y además Laura sigue sin aparecer.

Estoy a las afueras de Lisieux escondido en el interior de un viejo y oxidado Volkswagen escarabajo y hasta mañana no me arriesgaré a entrar. Estoy desesperado y no sé si Laura en su locura ha buscado refugio en alguno de los edificios que veo siguen en pie. Caminar por la noche en ocasiones es más seguro, los infectados son torpes y con el silencio que aporta la oscuridad nocturna su andar se delata a bastantes metros de distancia, pero si están parados o en ese extraño estado de hibernación que a veces parecen tener, correría el riesgo de tropezarme con uno de ellos sin darme cuenta y tendría un serio problema. He estado dolorido durante todo el día tras el golpe, pero, aun así, pude afinar mi puntería contra un débil infectado que encontré en el camino.

Era un chico joven, no creo que llegara a tener ni diecisiete años cuando el virus se apropió de su cuerpo y alma, pero estaba ya tan demacrado que parecía un viejo. Esta vez solo necesité una flecha para acabar con aquella vida desperdiciada la cual impactó directo en su pecho, tardó unos segundos en dejar de respirar y disfruté de esa exhalación cuando llegué a su lado. Con total sinceridad, no sé si mi técnica está mejorando o la rabia que siento hacia todos aquellos mugrientos y despreciables seres hizo que acertara, pero lo que sí creo es que debo dejar a un lado mis sentimientos humanos, así quizás pueda sobrevivir y encontrar a Laura. Cuando arranqué la flecha de su pecho para limpiarla me fijé en la camiseta de color negro que llevaba aquel crío. Escrito en grandes letras rojas ponía “Vive sin pensar en el mañana” … vive sin pensar en el mañana, es la camiseta ideal para estos momentos y si no estuviera infectada por su sangre se la hubiera arrancado para hacer una bandera con ella. El mañana ahora mismo es cada segundo que me mantengo con vida, el mañana es abrir los ojos cada día después de conciliar el sueño. El mañana ya no existe como tal.

Voy a dormir una vez más para ver si cuando vuelva a abrir los ojos llega ese ansiado mañana y espero entonces poder escribir que he encontrado a Laura, aunque creo que, si no lo hubiera, descansaría por fin en paz de toda esta mierda.

6 de febrero.

Doce flechas y unas míseras balas contra toda una ciudad infectada. Lisieux está invadida y desde la lejanía veo como algunos pululan sin rumbo mientras otros se mantienen adormilados a la espera, supongo, de sentir algo o a alguien al que hincarle el diente.

El sol está en lo más alto y he encontrado a Laura, aunque sería mejor decir que ella me encontró a mí desde la distancia. Bordeaba vigilante la ciudad caminando por la autovía que la circunvala y cuando me encontraba sobre el puente que cruza las vías de tren de la ciudad escuché un silbido. Al comienzo me costó localizarla y solo cuando el reflejo del sol en el cristal de sus prismáticos la delató pude averiguar donde se encontraba. Fue buena idea poner uno en cada mochila. A través de los míos pude verla, vi su cara de alegría y terror al unísono y descubrí con pavor su refugio. No sé cómo habrá podido llegar hasta ese lugar, pero sí sé que nos va a costar escapar de allí si logro entrar. Tengo la sensación de que estoy escribiendo esto ahora porque no llegaré a la noche o quizás lo escriba para ver si el plan es bueno y así lo repaso en busca de fallos; ni idea.

Va a ser muy duro conseguirlo. Laura se ha refugiado en un campanario aledaño a la Basílica, creo que se llama de Santa Teresa, no lo recuerdo bien, aunque para el caso no creo que esa santa esté ahí para ayudarnos. Afortunadamente no es muy alto, y digo afortunadamente porque no podré llegar a ella desde el interior. Por señas me ha hecho entender que todo está plagado de esos malnacidos, aunque ella está bien, seguramente ha cerrado de alguna manera los accesos al campanario en su huida. La única posibilidad que voy a tener de llegar hasta allí arriba es escalando a través de la cuerda que usaban para hacer sonar las campanas y que ha recuperado recogiéndolas desde lo alto. Voy a comenzar a ir hacia su posición, me cuesta escribir y tiemblo como un crío. Siempre escuché que tener miedo era bueno, afina los sentidos y ayuda a la supervivencia, quiero creer que eso sea cierto. Ahora me espera un trayecto de unos ochocientos metros de arboledas, fincas y obstáculos hasta la plaza de la basílica para después dirigirme hasta la base de lo que para mí será un monstruo por escalar; no creo que ella pueda serme de mucha ayuda cuando inicie el ascenso. Tras abrazarla solo podré preguntarle por qué. Solo espero, que, en un futuro, nadie recupere este diario de mi cuerpo después de haberme asesinado tras intentar morderle. Significaría que habría fracasado en este intento suicida para estar otra vez a su lado, aunque si lo hacen, al menos sabrán cómo me ocurrió.

Esto empeora por momentos.

7 de febrero.

Ingredientes para una reunión masiva de infectados: un campanario, una ciudad llena de ellos, una cuerda, y todo condimentado con que esta siga atada a las campanas para que gracias a mi ascenso repiquen ensordecedoramente en un valle donde ni las moscas hacen ruido para evitar ser devoradas. Laura no se dio cuenta de ese pequeño detalle, pero no la culpo, bastante tenía ella encima intentando salvar su propia vida. Llegar hasta la base del campanario no fue difícil, no mucho. Solo perdí un par de flechas clavadas en el pecho de dos infectados a los que disparé a corta distancia para poder acertarles de lleno en el corazón. Finalmente voy a creer que estoy mejorando mi puntería.

Desde lo alto de la torre Laura vigilaba mis pasos, estaba pendiente de mí y justo al llegar a la plaza arrojó la cuerda. Ya en su base me di cuenta de que iba a costar subir. Joder, en la lejanía no se veía tan alto este puñetero campanario, pero todo en la vida tiene solución y la mía llegó cuando nada más colgarme sobre la cuerda, esta comenzó a tirar de las campanas haciéndolas repicar como quien llama a los comensales para que degusten una comida que ya estaba puesta sobre la mesa. Ahora sí puedo decir que el miedo es un arma poderosa. Cuando el sonido comenzó a brotar desde lo alto del campanario también lo hicieron los cientos de infectados que ahora se mantienen en su base y en el interior de la iglesia. Lo han inundado todo con su presencia pestilente e inmunda y están llegando todavía más y más. Sus propios gemidos los atraen consiguiendo que ahora el problema se haya incrementado.

El acceso hasta nosotros por el interior del campanario está bien asegurado, Laura se ocupó de hacerlo antes de mi llegada. Algunos infectados la persiguieron y logró subir hasta aquí para luego bloquearlo, aunque todavía no me ha explicado bien como lo consiguió. Lo que sí me ha dicho es el porqué de su abandono, fue lo primero que le pregunté cuando cogí resuello después de conseguir subir hasta este nido de águilas y tras el eterno beso que me entregó. Lo hizo por mí. No quería ser un estorbo ni que yo perdiera la vida por su culpa, pero ya le he dicho que no es tan fácil como ella cree. En sus entrañas lleva algo mío, algo nuestro, y ahora es en eso en lo que debemos de pensar. Nuestra vida ha dado un paso más cuando concebimos a nuestro hijo y tener en cuenta cualquier otra cosa sería egoísmo puro; ella lo ve de una manera diferente, pero me ha prometido que no volverá hacerlo. ¿Acaso importa ahora? Hace escasos minutos eché un vistazo hacia el suelo de la plaza desde mi baluarte alumbrando con la linterna y hasta donde daba su haz de luz solo vi cuerpos en pie pegados unos a los otros esperando su cena. Esperándonos a nosotros. Aquí arriba sí hace frío, bastante frío y no puedo hacer una mísera hoguera para calentarnos. Solo el calor de nuestros abrazos podrán conseguirlo mientras nos acurrucamos en una de las esquinas donde ella ya duerme profundamente. No sé cómo vamos a

poder escapar de aquí.

8 de febrero

Escuchar la risa de Laura y ver su sonrisa ha alegrado mi alma además de conseguir que el día sea menos pesado. Nos hemos entretenido jugando unas horas con nuestros ya quizás miles de invitados, si llamamos jugar a lanzar unos pequeños ladrillos que encontramos en un piso superior que hay en el campanario y al que accedimos a través de una escalera de hierro oxidado de incontables años que aún se afianzaba con fuerza a la pared. Debían estar rehabilitando la torre cuando ocurrió todo esto porque había casi un centenar de ellos, aunque ahora mismo hemos agotado todos los proyectiles. Viendo nuestros objetivos en la plaza, creo que solo hemos fallado acertándoles en la cabeza a no más de cinco; todos los demás derramaron sus sesos en mil pedazos, pero la multitud es tanta que nada más caer al suelo su hueco era ocupado rápidamente por otro.

Sigo sin saber cómo vamos a conseguir salir de aquí, aunque hacía mucho tiempo que no estábamos tan tranquilos ni relajados. Hemos hablado, saboreado la comida de nuestras latas mientras recordábamos anécdotas, dormido con tranquilidad después de hacer el amor apasionadamente como hacía tiempo que no hacíamos y ahora después de ponerse el sol ella sigue así, dormida. Parece un ángel. Creo que su cuerpo le pide descansar por si tenemos la oportunidad de escapar una vez más, pero lo veo difícil. Mañana voy a intentar bajar por la cuerda hasta el techo de la basílica para comprobar los alrededores con otro punto de vista porque desde aquí, aunque estamos elevados, no alcanzo a verlo todo. Ojalá haya una posibilidad por la parte trasera y logremos huir. La ciudad parece tranquila, pero qué no lo es a estas alturas. Tengo la sensación de que todos sus residentes están ahora mismo haciéndonos compañía y lo que más me desagrada es ese murmullo susurrante, cantarín y agónico que los acompaña mientras nos esperan ahí abajo. Si tuviera más ladrillos haría un bombardeo nocturno al estilo de la Segunda Guerra Mundial. Es gracioso, creo que estoy perdiendo la humanidad que me quedaba y la poca que mantengo solo brota cuando Laura me abraza.

9 de febrero.

Aunque han pasado horas desde que ocurrió y nos encontramos ya a kilómetros de Lisieux aún noto el calor de la brutal explosión en mi cuerpo.

No hemos hablado mucho durante la huida, lo justo hasta llegar al caserío donde pasaremos la noche y quizás el día de mañana. Es una casa grande, espaciosa, rodeada por un alto muro y a la que solo pudimos acceder a través de una pesada verja de hierro que se encontraba cerrada impidiéndonos el paso y que a duras penas pudimos abrir para colarnos. El interior de la casa está intacto y sus propietarios debieron ser personas

acomodadas viendo los muebles que la adornan; lo mejor de todo es que hoy dormiremos en una amplia cama del piso superior, cuesta creerlo. He asegurado la puerta de la habitación poniendo delante un armario y así, pienso, podremos descansar los dos con mayor tranquilidad.

Sigo sin explicarme que ha ocurrido esta mañana.

Justo cuando el sol comenzaba a salir también empezó a sonar una potente sirena que nos despertó al igual que a nuestros cientos, si no ya miles de invitados. Todos, sin excepción, hicimos lo mismo, agudizar el oído a fin de intentar localizar el origen, pero ni Laura ni yo, ayudándonos de los prismáticos, lo encontramos. Desde nuestra posición escudriñamos la ciudad metro a metro, sin lograr atisbar el punto desde el cual aquel estruendoso sonido emergía. Incluso nos guiábamos por los diferentes ríos de infectados que se habían formado en las calles y que parecían confluir en el centro de la ciudad. Nada. Durante varias horas aquella sirena sonó y sonó atrayendo a todos hacia ella como si se trataran de ratas siguiendo el sonido agudo de una flauta mágica. Cuando la plaza a nuestros pies estuvo vacía de amenazas yo mismo tuve la intención de bajar e investigar el origen, pero Laura me lo impidió. Tenía razón, aquello hubiera sido una locura. ¿Y si durante mi avance dejara de sonar y los infectados se vieran nuevamente libres de aquel sonido volviendo a campar alocadamente por la ciudad?, entonces no tendría posibilidad de escapar.

Fue casi cuando el sol llegaba a su cenit que el infierno se desató.

Una explosión ensordecedora, seguida de una luz brillante y una terrible onda expansiva llegaron a tirarnos al suelo y temí que acabara derrumbando el campanario, pero por fortuna no fue así. Cuando pudimos ponernos en pie, el hongo formado por el humo y el polvo de una gran explosión se elevaba justo en el centro de una ciudad ya prácticamente derruida y en llamas. Alguien había sido el causante de aquello, ¿una trampa para los infectados?, ¿habrían usado las sirenas para atraerlos y acabar de esa manera con el mayor número posible de ellos? Decidimos no quedarnos a averiguarlo porque sinceramente tememos que la gente que encontremos pueda ser iguales que aquellos que acabaron con el padre y sus hijas hace pocos días.

Bajamos usando la misma cuerda que usé para subir al campanario; no tuvimos más remedio porque el acceso por el interior quedó completamente bloqueado tras la explosión, y aunque fue duro hacer descender a Laura en su estado para después bajar yo, lo conseguimos sin el mayor problema que las agujetas que tengo en los brazos ahora.

¿Quién habrá sido el artífice de aquella brutal explosión? ¿El ejército, algún grupo de supervivientes? Ahora dudo si no deberíamos habernos quedado a la espera de ellos, pero hay tantas dudas y miedos… Lo único

que sí tengo claro es que desde que oigamos una sirena saldremos del lugar a la carrera porque las explosiones y las balas no discriminan sus objetivos, los tratan a todos por igual.

Tengo la extraña sensación que todo va a empeorar y me mata este sentimiento.

10 de febrero.

A estas horas, y ya noche cerrada, puedo dar gracias de dos cosas, primero estar a refugio dentro de esta vieja furgoneta que nos dejó llevar y segundo, que aquel samaritano desconocido salvara nuestras vidas. No sé si nos estuvo observando cuando entramos en la que dijo era su casa, pero lo que sí sé que vio es como casi una docena de infectados lo hacía y gracias al primer disparo que nos despertó y a su puntería ahora mismo puedo escribirlo.

Cuando la detonación nos arrancó de cuajo el sueño, pude ver por la ventana como aquel nutrido grupo de enloquecidos seres tiraba la verja abajo y luego palidecí viendo una a una sus cabezas reventar tras cada disparo que oíamos. Una bala, un objetivo y no desperdició ninguna. El camino que conducía desde la verja derribada hasta nuestra puerta estaba sembrado de aquellos cuerpos inmóviles y sin vida, pero cuando me di cuenta de lo ocurrido no pude hacer otra cosa más que apartarme de la ventana y tirarme al suelo a la vez que le pedía a Laura que hiciera lo mismo. Vi en su cara un gesto de incertidumbre por mi acto el cual se esfumó de inmediato cuando le dije que quizás fuéramos los siguientes. Aquel certero tirador podría vernos a través de la ventana y confundirnos con un infectado o lo que es peor, simplemente podría acabar con nuestras vidas por el mero hecho de hacerlo o por querer buscar refugio en la casa.

Durante casi treinta minutos estuvimos así hasta que unos reflejos producidos por un espejo empezaron a brillar con movimientos alocados en la pared que teníamos frente a nosotros. Daba la sensación de que quería entablar contacto y con un miedo atroz a que fuera una trampa lentamente miré por la ventana. ¿Qué podía hacer?

A unos trescientos metros de la casa se elevaba una pequeña arboleda y observé como desde la mitad de uno de ellos nacían los reflejos. Prismáticos en mano dirigí la mirada hacia allí y lo vi. Aquel tirador estaba perfectamente camuflado entre sus ramas, pero había dejado a la vista su cabeza rapada y una larga barba negra mientras me observaba por la mira telescópica de su fusil. Cuando vio que le había localizado alzó una hoja de papel con un mensaje escrito. Era claro, en él decía que estábamos en su casa y que debíamos irnos. Su casa. Me quedé de piedra, así que busqué frenéticamente en la mochila de Laura la libreta de bocetos, y aunque sé que ahora debo darle explicaciones a ella por saber

que la llevaba consigo y que he podido ver su interior sin el permiso de ella, cogí una de sus hojas escribiendo que no nos hiciera daño, que no teníamos donde ir y pensábamos que esa casa estaba abandonada. Su respuesta fue clara y sencilla, no le importaba que hubiéramos pasado una noche, pero debíamos irnos en una hora. Cuando le pregunté qué ocurriría si nos quedáramos allí me respondió que solamente tenía que mirar hacia fuera, su respuesta lo dejó todo claro.

Tampoco voy a demonizar a aquel tipo, al fin y al cabo, con total seguridad, salvó nuestras vidas además de entregarnos sin tener que haberlo hecho esta destartalada furgoneta donde ahora descansamos. Sabía que Laura estaba embarazada y así me lo hizo saber, eso y que podíamos llevárnosla. La tenía aparcada en la parte trasera con las llaves puestas y medio depósito de combustible.

Cuando le dije que lo haríamos, vi que asintió con la cabeza y esbozó lo que creía una sonrisa y un suspiro; ahora pienso que puede que no nos hubiera matado y que quizás, presionándole un poco, podríamos habernos quedado allí con él, pero quién puede afirmar eso. Nadie, y yo menos.

Al abrir la puerta de la furgoneta vi sobre el asiento una nota. Un "lo siento" y un "buena suerte" aparecían escritos en ella. Estuvo allí y quizás, incluso por la noche, tal vez también había entrado en la casa donde dormíamos, quién sabe. Ahora mismo podíamos estar muertos, pero él no lo quiso. Me escalofrío cada vez que pienso en las veces que hemos podido morir y que hoy todavía seguimos vivos; es una sensación entre terror y euforia que no se llevar bien del todo pero que no debo mostrar por el bien de los tres.

Haciendo cuentas, hemos avanzado unos treinta y tantos kilómetros, y he aparcado desde que la noche empezó a venirse encima. No quiero conducir con los faros encendidos, el ruido del motor sinceramente no me importa mucho, es difícil de detectar nuestra posición si nos escuchan, pero las luces; con ellas sí nos verían a kilómetros. Mañana, usando la furgoneta como refugio y protección, entraremos en un pequeño pueblo que hemos visto, estamos a un kilómetro de él así que lo mejor será descansar entre los arbustos donde nos hemos camuflado y esperar que no nos moleste nada por la noche.

Lo veo difícil.

11 de febrero.

En este maldito mundo que nos ha tocado vivir la esperanza dura lo que se mantiene encendida una cerilla. No sé el nombre de ese desdichado pueblo y ni tan siquiera me he molestado en averiguarlo. Tampoco sé los de aquellas personas que vi a través de los prismáticos luchando por sus vidas, llorando de desesperación por lo que les iba a pasar, pero lo que sí

sé es que nunca olvidaré las caras de muchos al verse obligados a matar a sus propios hijos, a sus mujeres, a sus amigos, en el vano intento de ahorrarles el sufrimiento que padecerían al caer bajo las garras de esas bestias inmundas en las que nos hemos convertido al infectarnos.

Una vez más la fortuna ha intercedido por nosotros y solo espero que no sea la última vez que ocurra.

Antes del amanecer subimos una pequeña loma a cuyo pie se encontraba la población. Desde ella teníamos una vista perfecta de todo y cuando el sol comenzó a regalarnos su luz también nos entregó una visión que hizo alegrarnos como hacía tiempo no lo hacíamos. Allá abajo había supervivientes. Fortificando casas y cortando calles con altas barricadas, la vida en el núcleo de aquella pequeña urbe parecía discurrir con total normalidad. Vimos centinelas apostados con armas, mujeres y hombres que les llevaban comida, niños que empezaban a corretear en grupo por las calles. Vimos vida, mucha vida, pero ya lo dije, en este mundo la esperanza no dura mucho.

Un disparo, un simple disparo avisó del horror que vendría a continuación y una ola de muerte lo inundó todo. Cientos de infectados, que no habíamos detectado desde las alturas y que menos pudieron hacerlo los centinelas a ras de suelo de lo que creíamos un reducto seguro de esperanza, aparecieron impactando contra sus barricadas como si de olas embravecidas se trataran. Los disparos a discreción convertidos en una lluvia de balas caían sobre aquella turba sedienta de sangre y carne, pero no hacían mella en ellos. Cuando uno caía otro infectado aparecía, ocupando el lugar, usando su cuerpo como escalón para llegar a lo que más ansiaban tener, la vida de aquellos pobres desgraciados. Y lo consiguieron.

No creo que hubiera trascurrido ni diez minutos de lucha cuando los primeros infectados atravesaron las barricadas y el caos que habitaba fuera ahora campaba a sus anchas dentro. Fue horrible, tanto, que Laura dejo de mirar a través de sus prismáticos, pero yo, yo no pude evitarlo. Me impregné de aquella atrocidad, de aquella maldad, de aquel infierno; tenía que verlo. Debía hacerlo mío para saber más sobre como aquellos monstruos asesinaban y evitar que algún día, quizás mañana, lo hagan con nosotros. La última visión que tuve de aquel cementerio sé que perdurará en mi mente durante toda la vida, la imagen de un hombre disparando en las cabezas de una mujer y dos niños pequeños arrodillados, seguro su familia, para luego acabar con su vida disparándose en la sien justo antes de sucumbir al imparable ataque.

¿Sería capaz de hacer yo lo mismo?

Tras la masacre nos hemos alejado hasta que la furgoneta se paró, ¿la razón? estamos sin combustible por una maldita fuga. Esta furgoneta es

tan vieja que cuando abrí el motor lo que me costó fue entender cómo conseguimos llegar hasta aquí. Las tuberías de goma estaban todas cuarteadas y con remiendos, pero por fortuna al menos nos hemos distanciado lo suficiente de aquel infierno.

Laura duerme, yo la protejo, pero ¿y mañana? No tengo ni idea qué responder cuando mañana me pregunte qué haremos.

12 de febrero.

Me preguntó y no supe dar una respuesta coherente. Improvisé diciendo que nos quedaríamos una noche más al refugio de la furgoneta y así descansar para que mañana pudiéramos continuar con más fuerza el camino a pie. No pude hacer otra cosa.

Ayer cuando noté que algo iba mal con este cacharro opté por meternos en una carretera secundaria de tierra, no quería que nos quedáramos tirados en una vía principal y ser objetivo de ojos indiscretos y mentes enfermas. Mentes enfermas, es irónico. ¿Encontraré a alguien sano y que no esté loco? Los asesinos de la familia, el francotirador que aun ayudándonos nos expulsó de un refugio seguro, la explosión de Lisieux y la matanza de ayer; exquisito panorama de salvación el que tenemos ante nuestros ojos. Y seguro que irá a peor. ¿Negativo?, como para no estar negativo, joder. Laura en nada dará a luz, no localizo un lugar que nos proporcione seguridad y París queda todavía lejos, lejos y a pie.

Mañana al despertar continuaremos el viaje, pero lo haremos por senderos o caminos de tierra, tardaremos una eternidad, pero creo que será más seguro. Soy un estúpido. Intento engañarme pensando que hay algo seguro, pero ya no existe esa palabra en este mundo por el que vagamos.

Me pegaría un tiro si no fuera porque mi hijo viene en camino.

13 de febrero.

A medida que nos acercamos más a París, tengo la sensación de que hay más infectados pululando por los alrededores, y no puedo evitar pensar si la ciudad estará libre de ellos o habrá sucumbido como miles en todo el país.

Hoy hemos vuelto a ver algo que nos ha hundido en la más profunda de las miserias, pero una vez más no tuvimos otra opción que salir adelante superando esos sentimientos; volviendo a recordar que la enfermedad no discrimina entre mujeres, ancianos, hombres o niños, y eso fue lo que tanto nos afectó.

Avanzando campo a través observamos un nutrido grupo que con lentitud dirigía sus pasos en dirección opuesta a la nuestra y cuando pudimos apreciar bien quiénes lo componían las lágrimas brotaron por las mejillas de Laura. Casi medio centenar de críos, quizás el mayor no llegara a los quince años, caminaban aletargados arrastrando sus maltrechos cuerpos por aquel campo de trigo que crecía salvajemente. Alguno de los niños apenas llegaba a asomar su cabeza por entre las espigas haciendo surgir aún más si cabía una sensación de tristeza que nos inundaba sin compasión ninguna. Estaban perdidos, solos con ellos mismos, y nacía la necesidad en nosotros de ayudarlos, de acabar al menos con sus vidas y su sufrimiento, pero eso no era una opción factible. Teníamos claro que si lo intentábamos pasaríamos de ser buenos samaritanos para convertirnos en su próxima comida.

Escondidos durante casi una hora los vimos alejarse lentamente y al iniciar otra vez nuestro peregrinaje Laura me hizo una pregunta que me puso la piel de gallina. Si nuestro bebé se infectara, ¿lo matarías?

Si nuestro bebé se infectara ya no sería nuestro hijo sino una de esas cosas y no iba a permitir que viviera convertido en aquello que ya tanto odiamos. Su mirada y abrazo me dieron la confirmación de lo que deberíamos hacer.

Nada va a romper esta familia que está por llegar.

14 de febrero.

Una casa de madera en lo alto de un árbol que encontramos en una granja derruida es nuestro nuevo refugio, por el momento. Es agradable y cómoda así que lo mejor fue que nos quedáramos en ella haciéndola más segura retirando la escalera por la que se accedía. Por desgracia, esta noche no podré dormir en su interior junto a Laura. La vuelta de reconocimiento que decidí dar esta mañana para ver si los alrededores son seguros se alargó demasiado y la noche se me ha echado encima, mala suerte. Contaba con esa opción, así que Laura debería estar prevenida si no aparezco y no preocuparse por mí, ya hemos hablado varias veces que ahora lo único importante es su seguridad y la del bebé.

Por mi parte pasaré la noche también encaramado en lo alto de un árbol sobre una gruesa rama, y ya he anudado alrededor de mi cintura una cuerda para impedir que cuando me duerma pueda caer desde aquí arriba. No será un sueño agradable ni tendré un descanso reparador, pero no he podido optar por otro refugio, hay demasiado movimiento de infectados y como ya he dicho en varias ocasiones, la noche no es ideal para moverse con ellos por ahí.

¿Que cómo ha sido el día de hoy? Pues hablando claro, un poquito mejor que la mierda. La cosa no pinta nada bien y cada vez tengo más claro que

París debe haber caído. ¿Por qué lo digo? Tuve la oportunidad de subir una montaña, no muy alta para ser sinceros, pero desde la cual atisbé con los prismáticos varios núcleos urbanos y lo único que vi fue nada. Nada de nada que no fuera destrucción y vacío. ¿Acaso puede ser posible que no haya visto a nadie normal, aunque fueran asaltantes o asesinos como aquellos malnacidos que todavía perduran en mi memoria?

Mañana desde que amanezca caminaré unos kilómetros en dirección hacia París para después regresar con Laura. Espero poder darle alguna buena noticia sobre lo que vea porque si solo le cuento lo de hoy, no creo que le den muchas ganas de salir de esa cabaña.

Aquí arriba me siento una presa fácil, pero agradezco que al menos esas bestias hayan olvidado como subirse a los árboles.

15 de febrero.

¡París es zona segura!

Sí, la euforia nos invade tanto a Laura como a mí. Parece mentira que esa pequeña radio que encontré en la mochila de un muerto nos haya dado las ganas de seguir avanzando hacia nuestra salvación.

Escribo con la mano temblorosa y creo que nadie podría descifrar estas palabras si las leyera, pero necesitaba plasmar mi alegría en las páginas de este diario. Mañana saldremos hacia la capital con fuerzas renovadas y todo gracias a un muerto, espero que descanse en paz porque viendo el estado en el que encontré ya su raído cuerpo no creo que hubiera tenido un final sosegado.

Cuando por la mañana descendí del árbol, con dolor en cada uno de mis músculos, comencé nuevamente mi andar y lo hice durante unos kilómetros, pocos, es verdad, pero los suficientes para que la fortuna me sonriera y esta vez más que generosamente. Al cruzar un pequeño arroyó distinguí el color azul de una mochila y el cuerpo de su porteador. Presentaba infinidad de pequeñas mordidas de todas las alimañas del bosque que poco a poco fueron alimentándose de él, pero también las desgarradoras señales de las dentelladas de los infectados. Comprobé que tuvo el tiempo suficiente de no sufrir más. Un agujero de bala en la sien hizo que sintiera lástima de aquel pobre diablo, pero también me alegré por el coraje de acabar con su propia vida y no convertirse en aquellos que le sentenciaron. Encontré el arma, un pequeño revolver que dejé allí porque ya el agua y la oxidación había hecho su trabajo, y sin dudar revisé la mochila que llevaba. Unas latas de conserva, un pequeño botiquín y una radio de dinamo me alegraron el día, pero más lo hizo aquel pequeño transistor cuando comencé a girar la manivela para

cargarlo y una voz de mujer sonó.

Estaba claro, París era una ciudad libre de infección. El ejército había creado una punta de lanza en la capital para erradicarla y todos podíamos ir hasta allí y protegernos de este caos. Francia poco a poco se convertiría nuevamente en el país que amábamos.

Grité de alegría hasta que casi quedé afónico y me di cuenta de que si seguía haciéndolo podría atraer a todo infectado a kilómetros a la redonda, y aunque por un segundo no me importó, silencié mi euforia saliendo a la carrera hacia aquella frágil casa del árbol que creía hasta ese momento nuestro refugio y el que ahora se había quedado insignificante frente a la protección que nos iba a dar París. Cuando Laura me oyó llegar pensó que me debían estar siguiendo esas bestias y debía estar loco al permanecer en la base del árbol dándole nuevamente vueltas a la manivela de aquella maravillosa radio. Al escuchar el mensaje solo pudo arrodillarse y llorar.

Hemos cenado con calma, sonriendo, riendo y he abrazado su suave barriga como si abrazara en persona a nuestro hijo. En pocos días estarán los dos a salvo.

16 de febrero.

Nunca pensé que podría haberme reído tanto con Laura como lo he hecho hoy. Creo que no hemos llegado a avanzar ni diez kilómetros, pero es lógico en su estado; el tener que pararnos para descansar un par de veces y otras tantas para pasar inadvertidos de pequeños grupos de infectados y algún que otro solitario impidió que llegáramos más lejos.

Con uno de esos solitarios que vagabundean sin destino Laura probó su puntería con el arco y es mejor de lo que me esperaba. Aquel policía avanzaba tan lento que a una treintena de metros consiguió impactar contra él cinco flechas sin fallar ni una hasta que la última, en pleno corazón, hizo que se derrumbara como un árbol podrido. No portaba nada que pudiéramos rescatar para nuestro beneficio, ni pistola ni munición alguna, así que únicamente sirvió como diana de entrenamiento. Hablamos de cómo habría sido su vida y de qué manera pudo haberle atrapado la enfermedad y al ver que la noche se nos iba a echar encima nos preocupamos de buscar un refugio.

Hoy, nuestro hotel se llama cosechadora. Es enorme y cuando la vimos parecía un gran barco navegando sobre un mar de trigo. Laura dormirá en la cabina mientras que yo lo haré sobre el depósito trasero. La noche no es fría ni oscura, al contrario. Es espectacular ver como las estrellas brillan, parece que nos iluminan y quieran decirnos con su relajada luz

que todo va a ir a mejor, y por fin creo que será así.

La radio lo confirma.

17 de febrero.

Hoy ha sido la primera vez que he matado a un infectado simplemente por caridad.

Escuchamos sus débiles gruñidos y al acercarnos la vimos acostada abrazando el tronco de un árbol al que se encontraba esposada. A sus pies, a escasos metros, un capacho de niño con una pequeña manta de colores grises contenía el cuerpo inerte y en descomposición de un bebe. Ella nos hizo llegar qué había ocurrido.

La madre se sinceraba en aquella carta.

Comenzó a sentirse enferma y supo que el virus había entrado en su cuerpo, aunque no entendía bien cómo ni cuándo. Tomó todas las medidas sanitarias que el gobierno había dicho, pero no sirvieron de nada. Con su marido en el ejército luchando contra la infección, escuchó que París era seguro y partió hacia la capital, pero por desgracia para ambos no logró llegar. El terror de matar a su propio hijo la hizo coger las esposas que encontró en el cadáver de un policía tiempo atrás y ponérselas. Antes, escribió lo sucedido pidiendo que cuidaran de su hijo e implorando que, si ella aún seguía viva, pero infectada, la mataran. Quiso estar junto a él el máximo tiempo posible.

Accedimos a su petición. Fue rápido, limpio y tras hacerlo tomé todas las precauciones posibles para enterrarlos juntos. Tardé casi todo el día en hacerlo, pero sinceramente valió la pena. Yo hubiera deseado que lo hicieran por mí.

La faena nos llevó tanto tiempo que no tuvimos la posibilidad de encontrar un sitio para ocultarnos así que nada más terminar el entierro construí un vivac para nosotros. Esta noche acordamos hacer guardia tanto Laura como yo y así descansar algo. Ella me despertó hace poco y ahora dormirá hasta el amanecer.

Me esperan unas seis horas de vigilia viendo dormir a un ángel.

18 de febrero.

Hemos perdido todo un día, pero por suerte conservamos la vida. Al fin y al cabo, es lo único que importa.

Cuando por la mañana nos disponíamos a salir del vivac, ya la niebla había hecho acto de presencia, pero fue cuando asomé la cabeza que

pude distinguí una sombra a escasos diez metros de nosotros, y luego otra y otra. Estábamos rodeados de infectados y poco a poco fueron apareciendo más y más hasta que conté casi medio centenar que inmóviles se mantenían a nuestro alrededor. El pánico se apoderó de nosotros.

Sigo sin entender cómo no los oí llegar y doy gracias por haber detectado su presencia antes de salir de nuestro refugio; creo que el saber que París está libre de ellos ha hecho que baje la guardia. Nos hemos limitado a observarlos y ha sido lo más parecido a perder el tiempo intentando apreciar el crecimiento de un árbol durante todo un día. Quietos, inmóviles, aletargados con esa respiración tan gutural que llegó a sacarnos de quicio en más de una ocasión obligándonos a tapar nuestros oídos.

Fue desquiciante.

Cuando la tarde avanzó, retirando la espesa niebla, los últimos rayos de sol de la jornada cayeron sobre ellos entre las hojas de los árboles haciendo que empezaran a moverse otra vez y poco a poco nos abandonaron. Nosotros en cambio nos hemos mantenido aquí. Esos monstruos cogieron el mismo camino que íbamos a usar así que hasta mañana no seguiremos, es preferible ser nosotros quienes les veamos la espalda a que sean ellos los que nos sorprendan.

Ha sido un día perdido o quizás realmente, y por fortuna para nosotros, hemos ganado uno más. No lo sé.

19 de febrero.

Recuerdo que en el instituto leí que "El hombre es el lobo del hombre". Con los años ya no recuerdo quién redactó esa frase, pero seguro que si hubiera visto lo que mis ojos vieron la habría cambiado y sería "el perro es el lobo del hombre, no el hombre"; o algo así. No soy que digamos ni buen escritor y menos un filósofo, pero lo que vivimos hoy habría dado al traste con esas palabras.

A unas horas de camino tras salir de nuestro vivac atravesamos un cruce de carreteras y tuvimos fuerzas renovadas, tras el susto de ayer, al leer en un cartel que apenas nos quedan cien kilómetros para llegar a París. Parece mentira como unas palabras escritas pueden dar tantos ánimos a dos personas que, aunque descansen se encuentran siempre agotadas.

Laura calculó que, pese a su estado, si consiguiera avanzar todos los días tan solo diez kilómetros, en semana y media llegaríamos; eso si no contamos con la suerte de encontrar un vehículo que funcionara. Si fuera así, podríamos llegar en apenas un día y esa fue la razón por la que decidimos abandonar aquella carretera secundaría en búsqueda de una

principal o algún pueblo o casa donde encontrar ese ansiado transporte.

Nos arrepentimos de la decisión apenas coronamos una suave colina por donde serpenteábamos para acortar camino.

Comenzamos a oír un acalorado murmullo en la lejanía y a medida que nos acercábamos a la cima, éste pasó a convertirse en un bullicio terminando en gritos de desesperación y lucha. En la falda opuesta de aquel pequeño trono al que habíamos ascendido nos erigimos supervivientes de la matanza que estaba aconteciendo en el pequeño valle de muerte que se extendía a nuestros pies. Una veintena de personas luchaban a degüello contra casi medio centenar de enloquecidos infectados. Cerrados en un círculo y con improvisadas lanzas, machetes y palos intentaban frenar el ataque, pero poco a poco las bajas se iban produciendo en ambos bandos. A mitad de aquella contienda, Laura hizo que dirigiera mi vista a unos cien metros a la derecha de aquel campo de batalla, y la visión sin duda me sorprendió aún más. Todavía ahora, escribiendo lo sucedido, sigo atónito con lo que mis ojos vieron.

Una jauría observaba con curiosidad el atroz espectáculo. Aquella variopinta manada estaba compuesta por una infinidad de razas: pastores alemanes, perros de presa, caza e incluso pequeños caniches; sin duda hacía tiempo que no veíamos nada tan variopinto. Todos, sentados o echados, se mantenían inmóviles, tranquilos, sin apartar la mirada de lo que ocurría frente a ellos ¿Serían las mascotas de los supervivientes que ahora luchaban por sus vidas? y si fuera así ¿por qué no defendían a sus dueños?

Simplemente porque no lo eran.

Cuando entre supervivientes e infectados sumaban apenas menos de una treintena, aquellas que una vez fueron mascotas comenzaron su avance a la carrera y no discriminaron entre los unos o los otros. Todos se convirtieron en sus presas. Las fauces de los que en el pasado ayudaron al hombre y fueron su fiel amigo, ahora eran el arma que acabaría con la vida de los supervivientes y quizás con el suplicio de los infectados. Estábamos atónitos y solo reaccionamos cuando un pequeño perro comenzó a ladrar mirando hacia lo alto de la colina. Nos entró el pavor y salimos a la carrera de allí, ¿estarían infectados esos perros y por eso actuaron así o simplemente es que la naturaleza les hizo volver a su pasado como lobos para poder sobrevivir? Creo que si el virus hubiera crecido en su interior solo habrían atacado a los supervivientes.

Infectados, asesinos psicópatas, sirenas que anteceden explosiones devastadoras y ahora mascotas que no dudan en alimentarse de los que una vez les dieron de comer.

Descansamos en una pequeña casa de pastores abandonada y medio derruida mientras escuchamos como la radio sigue emitiendo el mismo mensaje, París es seguro.

Ya quedan menos kilómetros para nuestra salvación, pero se está volviendo agónico obtenerla.

20 de febrero.

No consigo que Laura despierte y creo que la fiebre va en aumento.

Se desmayó a pocos metros de mí cuando revisábamos un pequeño grupo de coches con los que nos topamos en la carretera y durante segundos me quedé paralizado, no supe que hacer y me limité a gritar como un loco su nombre. Rezo para que el virus no haya entrado en ella y estoy convencido que eso no ha ocurrido. Siempre tomamos todas las precauciones posibles para estar a salvo de la infección, incluso cuando enterramos al bebé junto a su madre no participó, pero ahora no responde a mis súplicas para que despierte.

Tuve que usar el agua de los depósitos de los coches para mojar las compresas de tela que fabriqué rasgando sus sillones, con el fin, de no utilizar nuestra agua potable y poder tenerla disponible para que la bebiera, pero la fiebre no disminuye.

¿Y si la pierdo? ¿Y si la fiebre mata al bebé?

No sé qué ha ocurrido y temo estar haciendo mal las cosas porque sigue sin mejorar. En mi mente ahora mismo solo veo una imagen que me horroriza, en la cual, entierro a las dos únicas personas que amo en esta vida y no creo que pueda soportar sus ausencias. Ahora la veo ahí, indefensa, acostada en el asiento trasero de este coche donde hemos encontrado refugio y sus temblores me parten en alma mientras la oigo murmurar sus alucinaciones.

Estoy bloqueado. La noche se nos echa encima y ella sigue durmiendo sin que haya ningún atisbo de mejora. Yo haré lo mismo porque debo mantenerme fuerte, con Laura en este estado, si nos atacaran, no tendría otra opción más que luchar.

Guardo dos balas para nosotros y rezo para que no esté infectada. No me queda otra opción.

21 de febrero.

Creo que la fiebre ha bajado, pero sin un termómetro a mano para medir su temperatura solo puedo intuirlo tocando su piel. Al menos, los murmullos delirantes desaparecieron y durante todo el día ha dormido plácidamente, pero sigue sin responderme.

Sentado en el asiento delantero me he limitado a observar los alrededores con los prismáticos, quería estar atento a lo que pudiera acercarse a nosotros y entonces aparecieron de la nada llenando de preguntas mi cabeza.

Tres infectados, un hombre, una mujer y un niño que no creo tuviera más de diez años caminaban lentamente en la lejanía. El estado demacrado del cuerpo y sus ropas sucias llenas de jirones daban cuenta del largo tiempo que debían llevar vagando por este mundo con esa forzada nueva condición. Estudiaba sus pasos y la dirección que iban tomando paralela a la nuestra y afortunadamente no se desviaron hacia nosotros, pero ocurrió algo que me llamó la atención. El niño se derrumbó, supongo que, a raíz de un tropiezo con algún obstáculo del terreno, y los dos adultos frenaron su caminar para regresar con aquel tedioso paso hasta el lugar donde él se mantenía boca abajo. Veía como intentaba levantarse a duras penas, pero una y otra vez se desmoronaba contra el suelo bajo la atenta presencia de ellos hasta que finalmente lo consiguió. Tras hacerlo, continuaron su peregrinar sin saber bien el destino, aunque supongo que como hacen todos los infectados irán en busca de comida aliñada con un poco de terror y destrucción. Cuando vi aquella reacción no pude evitar pensar si en el interior de esas bestias todavía se mantiene arraigado algún tipo de sentimiento de paternidad o fidelidad a los suyos, que en sus cabezas sobrevivan recuerdos del pasado, de sus vidas, de sus vivencias. ¿Aquellas tres personas habrían sido una familia y aún infectadas se mantuvieron juntas?

Yo no quiero encontrarme en esa situación, no lo permitiré.

Rezo para que Laura despierte, pero ¿a quién? Desde que empezó esto, dudo que mis súplicas hayan sido escuchadas por alguien.

22 de febrero

Un beso y una sonrisa fueron mi despertador esta mañana. Todavía lo saboreo, sobre todo, por lo grato que es abrir los ojos así y no por algún gruñido o ruido extraño. Laura ha despertado.

No recuerda qué le ocurrió, de hecho, no recuerda nada desde su desmayó, pero la veo mejor que nunca y tenía tanta hambre que comió lo que no había comido en dos días. Creemos que el bebé está bien. Cogió mi mano para posarla sobre su abdomen y noté las patadas que daba y como se movía; un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando sentí la vida

abriéndose paso entre tanta muerte.

Me resulta casi inconcebible creer lo que le ha ocurrido. Ayer pensaba que la perdería y hoy ya me decía sentirse con fuerzas como para llegar hasta París de una sola vez, cuesta entenderlo, pero doy gracias por ello. Aun así, pese a su euforia por seguir la marcha, decidí que lo mejor sería pasar un día más y revisar los coches que no pudimos cuando enfermó.

De los vehículos no pudimos aprovechar mucho: un poco de gasolina, apenas dos litros que guardé en unas botellas de plástico, unas vendas de un botiquín y una pequeña cizalla.

Ahora he salido a escribir con la excusa de echar el último vistazo a los alrededores antes de que la noche se volviera más oscura y en estos momentos la veo dibujar en el asiento trasero bajo la luz tenue de una vela. Recordando el último que hizo, solo espero que el que está pintando ahora la esté haciendo más feliz.

La veo sana, muy recuperada. Ojalá esto solo haya sido un susto.

23 de febrero.

Un nuevo amigo viaja compartiendo nuestro camino, aunque al comienzo sentimos pánico al encontrarnos con él. Cuando vimos a aquel impresionante pastor alemán asomar su imponente cabeza de entre los arbustos no pude evitar sacar del bolsillo de mi cazadora la pistola rezando para que no saltara sobre nosotros. La imagen de la manada que días anteriores atacó salvajemente al grupo de sanos e infectados que luchaban, unos por su vida y otros por su comida, volvieron a mi cabeza.

Gracias a Dios no lo hizo.

Se limitó a sentarse a escasos metros, mirándonos mientras movía alocadamente su rabo y entonces pude apreciar que portaba un arnés de la policía, eso nos tranquilizó. Pensamos que quizás fuera realmente un perro entrenado por ellos huido de su guía, quizás ya muerto, y que ahora solo buscaba compañía o un nuevo dueño, pero cuando intentábamos acercarnos retrocedía y solo paraba cuando nosotros lo hacíamos. Para ganarnos su confianza le dejamos una lata de carne, guardábamos algunas caducadas para casos extremos, y la devoró con tanto gusto que cuando continuamos el camino nos siguió. A casi un kilómetro le dimos otra e hizo lo mismo, para luego volver a seguirnos cuando también dio buena cuenta de ella.

Ha sido curioso. Ya no éramos dos, sino tres los que vagabundeábamos por ese camino y pasado el mediodía comenzó la diversión.

Luke, o creemos que así se llama pues en un lateral del arnés aparece ese nombre, nos ladró sin parar, saltando, moviendo desaforadamente su peludo rabo y si bien al comienzo nos asustamos creyendo que había detectado alguna amenaza realmente todo era más simple y muy diferente. Nos preguntábamos qué le podía pasar y Laura, sin darme cuenta, cogió una piedra y la lanzó lo más fuerte que pudo. Acertó, Luke quería jugar.

Piedra que lanzábamos piedra que recogía, pero no llegaba a acercarla a nosotros. Siempre frenaba a escasos metros para soltarla y volvía a ladrarnos con el fin de tirarle otra y así lo hemos hecho durante varios kilómetros. Este demonio no se cansa.

Ahora está acostado con la cabeza entre sus patas mirando el fuego que hemos prendido pegado a un muro de piedra. La noche es clara, no hace frío y creo que tenemos un nuevo amigo. Laura mirándolo me dijo que iba a dormir tranquila, algo le dice que Luke no se irá si presiente peligro y nos avisará. Me gustaría creerla, pero ¿cómo puedo saber que no desaparecerá tan rápido como vino?

Está inmóvil, a varios metros frente a mí, mirando el fuego que veo reflejado en esos grandes ojos mientras mantiene las orejas erguidas, quizás Laura tenga razón y vele por nosotros esta noche.

24 de febrero.

He pasado de los dulces despertares de Laura a través de sus delicados besos a los babosos y largos lengüetazos de un perro. No me quejo porque fue bastante divertido, sobre todo tras oír las risas de Laura, cómplice silenciosa de la maniobra de acercamiento de Luke mientras dormía.

Tiene el pelaje suave y en sus ojos, mirándolos de cerca, ves la bondad, aunque también cuando observas sus colmillos te das cuenta de que si quisiera se convertiría en una verdadera máquina de matar. Está musculado y es ágil, no creo que tenga muchos años y me encanta ver lo cariñoso que está con Laura, sobre todo en las ocasiones que paramos a descansar y se acerca a olisquearle su redonda barriga. ¿Escuchará los latidos del bebé?

Creo que nos ha guiado por sitios más seguros. Cuando nos acercábamos a algún cruce se obstinaba en seguir un determinado camino y Laura me pedía sin dudarlo que lo hiciéramos. También, en más de una ocasión, simplemente se sentaba y lloraba en un tono casi inaudible que no dejaba de emitir hasta que lo silenciaba y reanudaba su alegre andar. Sin duda nos estaba avisando de algún peligro obligándonos a frenar, pero ¿cuáles? Infectados o no, ya es difícil distinguir las amenazas que podemos

encontrarnos.

Hoy dormiremos en una pequeña estación de servicio pegada a la carretera secundaria. Tenemos un pueblo a un kilómetro escaso y quizás mañana lo explore acompañado de Luke. Necesitamos encontrar comida para nosotros y nuestro nuevo compañero.

Esta noche, una vez más, él velará mientras dormimos.

25 de febrero.

Desde que regresamos, Luke no ha dejado de hacerme compañía. Durante la pandemia he visto infinidad de horrores, pero los que se han grabado en mi retina mientras hacíamos la inspección del pueblo no podré borrarlos en la vida. La desesperación de los habitantes de esa pequeña población y su lucha por la supervivencia debió de ser numantina a raíz de lo que vi.

Cuerpos mutilados en los que la edad no era un signo discriminatorio para su salvación, montañas apiladas de cadáveres carbonizados en los que no podías distinguir infectados o sanos, casas devoradas por el fuego y todo rodeado por barricadas que no sirvieron a su objetivo. Hasta los pocos vehículos que encontré estaban muertos.

Caminar por aquel pueblo fantasma lleno de miseria humana me ha hecho recordar una vez más que la separación entre la vida y la muerte es delgada y parece mentira que uno pueda sufrir más muriendo o viviendo que siendo infectado.

¿Cuantas veces tendré que repetir esta experiencia?

Luke estuvo tranquilo durante la incursión y gracias a él pude encontrar algunas provisiones, casi todo, latas de comida con las que aumentar nuestras reservas. No había vida de ningún tipo, así que fue fácil andar por aquella población de la que no encontré ninguna referencia en carteles, pero creo que la he localizado en el mapa.

La única alegría de hoy es que si realmente es el pueblo que creo haber identificado significaría que París está cerca, muy cerca.

No le he contado nada a Laura de lo visto con Luke, simplemente le dije que está abandonado y que mañana cuando continuemos la marcha lo bordearemos. Le hice creer que no hay nada interesante y que las casas no son seguras para refugiarnos en ellas.

Luke es lo mejor que podíamos haber encontrado en nuestro éxodo.

26 de febrero.

¿Por qué es imposible tener un puto día tranquilo en este infierno?

Por la tarde hemos perdido a Luke, no ha muerto, o eso espero, pero sí puedo decir que ha salvado nuestras vidas, una vez más y por desgracia ha sido la última vez.

Mi estupidez y solo mi estupidez fue la causante de todo. Si pudiera retroceder en el tiempo y verme no dudaría en darme una paliza como castigo por lo que hice. Sigo sin entender por qué. Quizás fuera las ganas de avanzar y creerme más listo que un perro, no sé bien el motivo, pero metí la pata hasta el fondo y Laura, aunque no me ha recriminado nada desde que ocurrió, sigue sin hablar.

La mañana fue tranquila, despertamos con la luz del sol y nuevamente los lengüetazos de Luke me quitaron las legañas. Desayunamos para emprender la marcha por una carretera tranquila y sin vehículos que revisar, pero cuyo paisaje te hacía olvidar todo el mal que nos rodea. Las campiñas francesas son realmente las más bellas del mundo. El sol nos calentaba sutilmente y ya con varios kilómetros andados paramos a comer bajo la frondosa sombra de un árbol pegado a la carretera. Comimos, descansamos y una vez más comenzamos a caminar; nos sentíamos bien, fuertes y seguros con Luke a nuestro lado, hasta que nuevamente se paró en seco mirando el campo de trigo que crecía salvajemente a nuestra derecha.

No había nada, no vi nada o eso es lo que mal creí. Por más que escudriñaba el frondoso campo solo apreciaba las espigas balanceándose sutilmente por la brisa y decidí seguir avanzando. Después, un grito de Laura y un golpe en la espalda acabó con mi cara en el suelo. Noté como algo intentaba despedazar mi mochila y oí los feroces gruñidos de Luke. Temí averiguar que ocurría y cuando el peso sobre mí desapareció me levanté sacando con dificultad el arma del abrigo. Luke arrastraba a un infectado por la carretera tirando de su pierna y no dudé en disparar a bocajarro en la cabeza de aquella mala bestia. Respiramos al ver que la amenaza había terminado, pero desgraciadamente no había acabado ahí. Poco a poco varios de ellos fueron apareciendo en el campo de trigo, habían estado agazapados, somnolientos y mi disparo les había despertado, comenzaron a correr hacia nosotros y solo podía pensar que no tenía balas para tantos, solo para Laura y para mí.

Y Luke volvió a salvarnos.

Salió corriendo hacia donde estaban, atravesando el campo mientras ladraba consiguiendo que le persiguieran, alejándolos de nosotros y no pudimos hacer otra cosa sino huir por la carretera a la vez que Laura gritaba su nombre pidiendo que volviera. Yo le ordenaba que callara una y

otra vez, pero no me hizo caso. Nos estaba dando la oportunidad de vivir un día más, de no ser asesinados, de llegar a París y no podía permitir que ella lo impidiera. Luke no obedeció y se lo agradeceré toda la vida.

Esta noche vamos a dormir en el único vehículo que hemos encontrado, una ambulancia abandonada en el arcén. Tiene una rueda pinchada y no he probado si arranca, pero me da lo mismo. Solo quiero descansar.

Mañana será otro día, el primero sin Luke.

27 de febrero.

Nos ha costado lo nuestro, pero a duras penas hemos conseguido arrancar la ambulancia. El conductor tuvo prisa en marcharse dejando la llave puesta en su huida, pero desgraciadamente la batería estaba casi agotada. No tuvimos otra opción que cambiar la rueda pinchada, aprovechar el pequeño desnivel que mostraba la carretera para arrancarla con el cambio puesto y gracias a Dios ha funcionado.

Hasta ese momento Laura estuvo bastante reticente a mantener una conversación conmigo, la pérdida de Luke todavía está muy presente, aunque cuando el GPS de la ambulancia nos indicó que estábamos apenas a cuarenta minutos de París su estado de ánimo cambió.

El depósito de combustible marca que estamos en reserva, pero estoy convencido que, si no conduzco muy rápido, podremos llegar hasta nuestra ansiada salvación. En breve comenzaremos el que espero sea nuestro último viaje y extrañas sensaciones empiezan a golpear mi pecho haciendo que el corazón me esté latiendo como el galopar de un caballo desbocado. Estoy nervioso y solo pensar que esta mierda de viaje puede llegar a su fin me pone aún más y debería ser lo contrario.

Antes del anochecer, el perfil de nuestra amada París será visible a nuestros ojos.

28 de febrero.

Hemos atravesado un impresionante puesto de control sin el más mínimo problema, sus puertas abiertas de par en par nos daban la bienvenida, pero no estamos contentos, no, ¿por qué? Es una respuesta tan simple. No había nadie para impedir que lo hiciéramos. Ni un militar, ni un policía, ni un civil, no hemos visto ni una mísera rata que nos hiciera frenar la ambulancia, nada de nada.

París está rodeado por dos anillos de altas vallas metálicas que puede estén electrificadas si hacemos caso a los carteles que colgaban de ella, aunque no hemos parado a comprobarlo y nos limitamos a seguir nuestro avance a la vez que íbamos esquivando los cientos de vehículos que hay

abandonados en la carretera. Tuvo que ser una migración brutal y escalofriante. Coches, furgonetas, autobuses llenos de pertenencias en sus interiores y sobre ellos, pero ninguno ocupado, ni tan siquiera por algún cadáver que nos hiciera albergar la idea de lo que había pasado.

Hemos dejado atrás Chambourcy y justo a la salida de los túneles, antes del puente que cruza el Sena, cuando ya París se ve en su esplendor, nos hemos visto obligados a parar. Continuar sobre la ambulancia es absolutamente imposible debido a la brutal aglomeración de coches que hay, así que ahora nos toca caminar una vez más. Esperaremos hasta que amanezca para reanudar la marcha y usaremos los vehículos abandonados para poder descansar en su interior o escondernos si nos encontramos con alguna amenaza.

No perdemos la esperanza de toparnos con un control que realmente nos frene el camino y que alguien nos diga por fin que estamos a salvo.

París anochece y hay algo extraño en su silueta.

29 de febrero.

Laura me lo ha hecho ver. Notaba algo diferente en el horizonte de París y todavía no entiendo como no me di cuenta a la primera, la torre Eiffel no está, ha desaparecido. Un monstruo de más de trescientos metros que se ha esfumado. ¿La habrán desmantelado para utilizar su estructura como material de defensa en algún sitio? Creo que será la primera pregunta que haga cuando encontremos a alguien, a alguien sano, porque por el momento solo hemos visto infectados, no muchos y la mayoría afortunadamente aletargados y fuera de nuestro camino. Cada vez que veíamos alguno vagando sin sentido y demasiado cerca nos escondíamos dentro de un coche a la espera que se fuera para después continuar avanzando. Tengo la sensación de haber caminado hoy más que en ninguna de las jornadas pasadas desde que salimos de Caen.

La mayoría de los edificios de la ciudad, por lo menos los que hemos visto hasta ahora, presentan daños. Algunos han ardido, otros dan la sensación de que sufrieron algún tipo de explosión que ha derrumbado fachadas y miles de impactos de balas adornan las paredes. Es raro no andar sin pisar algún casquillo y aunque hemos encontrado varias armas, ninguna tenía munición, así que opté por no cargarlas; no quiero estar llevando peso de más por la falsa esperanza de encontrar balas que sirvieran para darles uso.

Y una vez más la miseria humana hizo acto de presencia ante nosotros.

Escuchamos disparos, ráfagas de fusiles, y con miedo de saber que probablemente el oír esas detonaciones significaba que habría infectados, también nos estaban diciendo que gente sana estaba luchando por su vida

o algo mejor, que podrían ser aquellos quienes estaban enviando el mensaje que escuchábamos por la radio y buscaban supervivientes. Salimos en la dirección de la que provenían y tras caminar lo más rápido que pudimos encontramos el origen. Parapetados tras una esquina observamos como dos hombres uniformados luchaban por su vida. Fusiles en mano disparaban sin cesar acertando de lleno a la jauría enloquecida de bestias que les atacaban y poco a poco iban cayendo a sus pies. Tenían la situación bajo control hasta que uno de ellos, de pelo entrado en canas, complexión débil y con acento que distinguí sudamericano gritó que no le quedaban balas. Su compañero le entregó un cargador que puso a toda prisa, pero para nuestro asombro no apuntó hacia aquella nueva oleada que se les venía encima, sino que, con sangre fría, disparó en una pierna a su compañero al que luego arrebató el arma. Le oímos decir que no era nada personal, que mejor era que se perdiera la vida de un subordinado a la de un superior y salió corriendo. Aquel hombre no pudo hacer nada. Las bestias ignoraron al bastardo que había salido huyendo, despedazando sin compasión a su malherido compañero. Nosotros hicimos lo mismo, huir.

Definitivamente no podemos fiarnos de nadie. Aquel puto malnacido traicionó a su compañero dándolo como ofrenda para su salvación. Sé, que si lo veo alguna vez en nuestra huida no permitiré que mediemos palabra, simplemente le volaré la cabeza.

Dormimos en el interior de un furgón blindado que encontramos abierto. Descansaremos bien esta noche, esto es una fortaleza con ruedas. Lástima que no arranque.

1 de marzo.

Es irónico pensar que al barrio de la Defensa le haya servido de poco su nombre para no quedar completamente derruido y viéndolo ahora, desde este balcón, siento lástima por los que vivieran en él. Nos hemos refugiado en el ático de una casa del barrio de Puteaux, cerca del río. Un gran número de infectados vagabundeaba por la calle, estaban intranquilos y llegué a temer que nos hubieran detectado así que, pese al peligro que conlleva adentrarnos en un edificio, no tuvimos más remedio que hacerlo asumiendo las consecuencias; por el momento han sido buenas. A medida que ascendíamos por las escaleras vimos que las puertas de todas las plantas estaban abiertas, por lo que preferí seguir hasta localizar una cerrada. Cuando Laura me preguntó el por qué no entrábamos en la primera que habíamos visto le dije que quizás tuviéramos más opciones de encontrar un piso limpio de infectados y en mejores condiciones si dábamos con uno que tuviera la puerta cerrada. El ático fue nuestra opción y creo haber acertado. Con varios golpes pude romper el marco, el cual ya he arreglado, haciendo saltar la cerradura y después, la he asegurado apoyando en ella un pesado armario que había en la entrada. La casa está en perfecto estado y nos hemos llevado una agradable sorpresa cuando al abrir la ducha Laura notó pasar entre sus

dedos el agua caliente; el edificio debe tener paneles solares que mantiene su temperatura y los depósitos aún albergan agua, aunque después del baño que nos hemos dado creo que el nivel habrá bajado bastante. Estamos como nuevos.

La radio sigue repitiendo el mismo mensaje una y otra vez, pero ahora, viendo el anochecer desde la terraza, no vislumbro ninguna luz que pueda guiarnos, al contrario, observando esta ciudad y la inmensidad de su extensión, no tengo nada claro hacia dónde dirigirnos. Tenemos todo apagado y la única luz encendida es una vela en el dormitorio, aunque mantenemos la puerta cerrada porque temo que alguien nos vea. Si todo está apagado puede ser por dos opciones, una es que realmente no haya nadie como nosotros en esta ciudad y la otra, la que más me preocupa, es que sí haya gente, pero se mantienen a oscuras buscando presas fáciles como nosotros.

Laura piensa que quizás esté entrando en una paranoia continua y que debería seguir la teoría de un tal Ockham y su navaja; la opción más sencilla suele ser la verdadera. Ella cree que sí hay gente, pero deben estar fuera de París, en los alrededores y que solo debemos encontrarlos. Quiere que mañana vayamos al centro de la ciudad, que atravesemos la zona de la torre Eiffel, allí seguro encontraremos respuestas. Haremos lo que ella me pide, aunque dudo que vayamos a encontrar nada, sinceramente creo que todos están muertos en esta ciudad y que nuestro viaje no ha servido de nada, pero ¿cómo se lo digo?

Si fuera por mí nos quedaríamos en este ático hasta que se agotaran las provisiones que encontré en su cocina.

2 de marzo.

Escondidos como ratas en este mugriento coche nos vemos obligados a pasar la noche fuera del confort que nos ofrecía el ático. Sabía que lo mejor era habernos quedado, y desde el momento que tuvimos que huir de aquel infectado que dio con nuestro rastro me arrepiento de no haberme impuesto a la decisión de Laura de querer abandonarlo. No fue difícil matarla, ¿qué edad podía tener? ¿Diez años? Creo que no fue infectada hace mucho y pienso, aunque esto no se lo he comentado a Laura, que la cría formara parte de los refugiados que se encontraban en París. Golpeé su cabeza justo antes que saltara sobre mí, esperé el momento justo y esparcí su pequeño cerebro a metros de distancia. Sí, esta vez fue fácil.

Ella sigue con la idea que los supervivientes deben estar a las afueras de la ciudad, lo dudo; cada vez estoy más convencido que París ha caído. Si no fuera así deberían escucharse disparos, o verse helicópteros sobrevolando la zona, o patrullas de rescate como las hubo en muchas

ciudades, pero aquí no hay nada de eso.

Rezo para que ninguna de esas bestias nos detecte; romper estos cristales no les resultaría difícil y menos teniendo en cuenta la rabia que los posee cuando buscan alimento, pero quizás realmente tema algo más, a los no infectados. Recuerdo todavía a aquel malnacido disparando a su propio compañero para salvarse a sí mismo, recuerdo a la bestia que junto con su jauría mataron y ultrajaron al hombre y a sus hijas e incluso recuerdo al francotirador que nos impidió quedarnos en su casa, aunque nos ofreciera su ayuda. Empiezo a temer más a esas personas que están invadidas por el virus de la maldad humana que a los poseídos por el virus de Cotard. Estos últimos no actúan por su propia voluntad, pero los otros...

Deseaba llegar a París y ahora cuento los minutos para abandonar esta ciudad.

3 de marzo.

Hoy he matado a la persona que nos ha salvado la vida, no tuve más remedio. Sé que a la larga nos lo hubiera hecho a nosotros porque lo hizo con su propio compañero y no iba a permitir que nada pusiera en riesgo la vida de Laura o la de nuestro hijo.

Malnacido hijo de puta. Se acercó a nosotros con aquella irónica y falsa sonrisa sabiendo que nos había quitado a todas esas bestias que nos emboscaron. Usé las flechas e iban cayendo antes de que se nos acercaran, pero una a una fueron agotándose, luego las balas y cuando estaban a punto de acabarse también, aquel bastardo terminó con ellos desde la torreta de su vehículo.

Estoy más que convencido que llevaba tiempo viendo como nos debatíamos entre la vida y la muerte y esperó el momento justo para hacerse presente y salvarnos. Las balas nos rozaban mientras acababa con ellos y llegué a pensar que terminaríamos igual pero no fue así, no éramos su objetivo. Aunque él sí iba a ser el mío.

Cuando acabó su tiro al plato salió del blindado y vino hacia nosotros. Llevaba el fusil colgado a la espalda y pude distinguir el escudo en su uniforme, Legión Extranjera. Sonreía y extendió su mano para recibir la mía y a escasos metros yo se la ofrecí, pero acompañada de la pistola. Se quedó paralizado y estoy seguro de que su compañero muerto tuvo el mismo pensamiento cuando él le disparó como a un perro, ¿qué está haciendo este cabrón?

Rápido y limpio, entre las cejas, hasta me sorprendí de mi exactitud.

Lo dejamos para que se alimentaran con su cuerpo, si no los infectados que lo hagan las ratas, y cogimos su vehículo, un todoterreno militar blindado con el depósito lleno, varias latas de gasoil y suministros además de munición, que en estos momentos creo, es el lugar más seguro que hemos tenido desde que empezamos nuestra andadura.

Con él hemos atravesado otra vez el Sena y la hemos encontrado, la torre está ahí, completamente derruida, acostada como una vieja gloria sobre el césped del Campo de Marte. Me produce desazón verla retorcida de esa manera, no sé el motivo por el que volarían sus patas para derribarla, aunque supongo que, tras observarla, Laura ya se habrá dado cuenta que París no es un lugar seguro como la radio sigue diciendo sin parar, ¿no se lo he preguntado?

Duerme relajada en la parte trasera pero mañana nada más despierte pienso salir de esta ciudad sin mirar atrás, creo que iremos hacia la frontera con Alemania, quizás tengamos más suerte. No sé. Yo voy a dormir también, a su lado; aquí dentro estaremos seguros los tres. Creo que las cosas sí van a ir a mejor desde que nos marchemos de aquí.

La muerte nos rodea, pero la vida sigue creciendo aquí dentro. Jodeos.

4 de marzo

Ayer maté a quien nos salvó la vida y hoy otro desconocido ha hecho lo mismo. No dudó en luchar contra esas bestias cuando nos vio atrapados entre los retorcidos hierros de la torre Eiffel donde intentábamos protegernos de sus embates. Fue una temeridad alejarnos del blindado para investigar los alrededores.

Acabé con dos de ellos y ya no pude abrir fuego contra ninguno más.

Cuando apareció en nuestra ayuda, lo primero que hizo fue arrebatarme el arma lanzándola lejos de nosotros mientras repelía los ataques con su escopeta. Cubierto con un traje antidisturbios, las balas que les disparaba impactaban contra sus cuerpos, pero no morían, simplemente caían al suelo retorciéndose y gritando de dolor hasta que parecían perder el conocimiento. Sobre sus pechos vi unos extraños dispositivos. Pequeños arpones se clavaban en su piel dejando colgar, mediante finos hilos de cobre, unas baterías del mismo tamaño que un cartucho de escopeta. Esos proyectiles activaban una carga eléctrica que los dejaba fuera de combate. Mientras protegía a Laura no pude dejar de verle combatir.

No entendía como, con aquella capacidad de destrucción, cada vez que les disparaba todo finalizara dejándolos con vida a conciencia. En su brutalidad podías apreciar que no buscaba acabar con ellos y no lo comprendí hasta que nos llevó a su refugio. Cuando acabó con todos en el suelo se dirigió a nosotros arengándonos a salir corriendo hacia el

blindado, él lo conduciría hacia un lugar seguro, el lugar donde ahora descansamos y a un tiro de piedra de donde nos rescató.

Flotamos en dos grandes barcazas unidas fondeadas en el centro del Sena. Justo enfrente de donde hace años los turistas disfrutaban maravillados de la vista de la torre y desde donde ahora solo podrían deleitarse con el caos. Quien nos ha salvado se llama Lucas. Nos ha dado de comer y un lugar donde descansar, quiere que nos quedemos con él, al menos una temporada. Sabe que Laura no puede continuar así y nos ha dicho que podemos permanecer aquí todo el tiempo que queramos. Nuestra ayuda le vendrá bien y a nosotros la suya. Lucas, aunque parezca mentira por su forma de luchar, es un simple cartero. Durante la cena nos lo ha explicado todo. Cómo cayó París, que hacía él aquí y por qué no se ha ido; entendí muchas cosas. Pretende cazar a todos los que pueda y salvarlos. Para él, los infectados siguen siendo humanos, simplemente están enfermos y cree que podrá curarlos.

La barcaza que tenemos amarrada a la que haremos vida y que antes servía para trasladar carbón en su bodega, ahora guarda decenas de esas alimañas. Cuando las caza, las mete ahí y alimenta mientras intenta conseguir la cura que su antiguo compañero casi descubre, hasta que murió. Lucas sigue las instrucciones y enseñanzas que le mostró, pero nos ha dicho que por ahora lo único que habían descubierto era como conseguir que un infectado no desarrollara el virus y que este se apoderara de él.

Laura y yo dormiremos juntos en una confortable cama de un amplio camarote que nos ha dado. Tras la cena nos duchamos e hicimos el amor. Ahora descansa y cuanto más la miro más la amo. Estamos en un lugar seguro, flotando en el centro de un infierno, pero algo me dice que estaremos bien. Lucas también dormirá toda la noche, me comentó que no me preocupe por el exterior. Todos los accesos a la barcaza se cierran antes de acostarse y nunca han llegado hasta ella, puede ser que el agua no les guste demasiado o hayan olvidado como se nadaba.

Mañana será un nuevo día y presiento que todo cambiará para bien.

Cotard

1

Unos leves golpes, en la puerta del camarote, le arrebataron el sueño que estaba teniendo.

—Es hora de desayunar, pareja. Os espero en el comedor. Café caliente y

unos sándwiches para empezar con fuerza la jornada.

Desperezándose sobre el colchón, André respondió aún dormido a su anfitrión.

—Danos cinco minutos Lucas.

—Tranquilos, la comida se mantendrá caliente hasta que lleguéis— respondió mientras escuchaba sus pasos alejándose por el pasillo.

Suavemente, puso su mano sobre el hombro de Laura y con delicadeza comenzó a moverlo para que se despertara.

—Arriba dormilona— susurraba a su oído — El desayuno está listo.

Laura, con tono mimoso y somnoliento le respondió.

—Cinco minutos más cariño.

André sonrió.

—Le he dicho a Lucas que subiríamos en cinco minutos. Si quieres, después de desayunar, puedes volver a bajar y dormir otra vez.

Poco a poco, consiguieron salir de aquella cama que tanto placer y descanso les había proporcionado esa noche y tras vestirse, salieron del camarote. Un largo pasillo atravesaba la embarcación, el cual, daba acceso a varios camarotes. Se refugiaban en una de aquellas barcazas que transportaban antaño a los turistas por el Sena mientras disfrutaban, de las ahora, extintas maravillas que poseía París. El pasillo finalizaba en el comedor donde Lucas comenzaba a verter un oloroso y humeante café en varias tazas.

—Espero que hayáis dormido bien.

Laura, con los brazos cruzados sobre la rebeca que llevaba puesta, seguía algo dormida y André respondió por ambos.

—Hemos dormido como nunca y queríamos darte nuevamente las gracias por lo de ayer.

Poniendo unos sándwiches desbordantes de queso sobre un plato, Lucas les pidió que se sentaran a su lado.

—No tenéis que darme las gracias. Cualquiera hubiera hecho lo mismo y más viendo el estado de Laura.

André sabía que aquello no era cierto.

—Lo dudo, Lucas.

Lucas lo miró a la vez que observaba como Laura en silencio daba un bocado a uno de aquellos jugosos sándwiches.

—Veo que lo habéis pasado mal.

Esta vez fue Laura quien le respondió.

—Ahí fuera todo es un infierno. Las personas normales son peores que esas malditas bestias.

André puso su mano sobre el antebrazo de Laura, quería que estuviera tranquila, y, además, sabía que Lucas no se sentía muy cómodo con aquella expresión. Antes de irse a dormir, tras haberles rescatado, les explicó varias cosas sobre quienes ellos llamaban bestias y él, solo enfermos. Sabía que era difícil aceptar aquello con todas las penalidades vividas, pero habían sido acogidos por Lucas y André pensaba que lo lógico era respetar su opinión.

Lucas había visto el gesto de André y con naturalidad le sonrió.

—No pasa nada. Entiendo los horrores que habéis sufrido, yo también los he vivido aquí, incluso quizás peores. La batalla de París fue dura, demasiado para muchos que prefirieron suicidarse antes que luchar…

Lucas dejó unos segundos de hablar mientras miraba a través de una de las ventanas de la barcaza. Desde allí podían ver los restos caídos de la torre Eiffel y meramente observando aquella imagen, André y Laura podían hacerse una idea de la locura que allí se desató.

André decidió cambiar el tema y dio un sorbo al café.

—Está delicioso Lucas.

—Colombiano. Encontré un saco enorme de grano en la bodega de la barcaza. Tendremos café para un par de años.

André sonrió, pero su expresión se borró cuando Laura comenzó a desvanecerse a su lado.

— ¡Laura!

Agarrándola de un brazo pudo mantenerla erguida, y cuando Lucas fue en

su ayuda, ya habría recobrado el sentido.

—Me he mareado. Perdón.

Lucas, a su espalda, le pidió que no se disculpara.

—En tu estado es lógico que tengas esos mareos, y más si durante el trayecto hasta aquí no habéis comido bien o descansado. Lo mejor será que vuelvas al camarote y duermas. Te llevaré unos bocadillos, para que cuando despiertes, los comas con tranquilidad. Creo que más que nada, necesitas descansar. Tú y el bebé.

André era de la misma opinión y ayudándola a erguirse la acompañó al camarote.

—Si después quieres— dijo Lucas dirigiéndose a él —, estaré en la popa de la barcaza. En la parte trasera, por si no conoces los términos marineros. Me vendría bien una ayuda.

André sonrió.

—Los conozco. Desde que pueda iré.

Mientras volvía al camarote comprobó que Laura estaba más débil de lo normal. La notaba fría y su andar era torpe, tanto, que le era difícil avanzar.

—Debes descansar todo lo que puedas, cariño. No vamos a irnos de aquí hasta que te mejores, o incluso, hasta que nazca el bebé.

Laura no tenía la fuerza suficiente para hablarle, estaba desganada, se sentía muy débil, y solo atinó a gesticular afirmativamente y soltar un leve murmullo que André dio como un sí. Tras arroparla y cerrar las cortinas de la ventana de su camarote para apaciguar la luz, André salió rumbo a la popa del barco. Caminó en dirección opuesta a la que anduvo anteriormente paseando por la mullida moqueta del pasillo y llegó al final de este. Una puerta acristalada daba acceso a una terraza donde pudo ver varias mesas y sillas y una pequeña barra de bar a su izquierda. Imaginó los paradisíacos paseos que los turistas tuvieron que realizar por aquellas tranquilas aguas observando las maravillas que la antes, ciudad del amor, les ofrecía. Otra barcaza de iguales dimensiones, pero características diferentes, se mantenía amarrada a la suya, y una pequeña pasarela de madera las unía. No vio a Lucas a su alrededor así que supuso que estaría en aquella y no le gustaba mucho la idea de cruzar. La noche anterior le contó que usaba una de las bodegas de la barcaza carbonera para guardar a "sus enfermos". Los atrapaba en las incursiones que iba haciendo por los alrededores para luego confinarlos allí. De pronto, lo atisbó saliendo por

una escotilla cargando un saco de plástico.

Él también se percató de su presencia.

—André, ven — dijo haciéndole señales— Quiero que veas esto.

Con cuidado, André atravesó la pasarela de madera. Era ancha, pero algo inestable y aunque se apreciaba fuerte, no disponía de ninguna barandilla donde poder agarrarse. Cuando la cruzaba comenzó a ladearse un poco, pero manteniendo el equilibrio consiguió llegar al otro lado. Ya cerca de Lucas, un olor a carne descompuesta le golpeó de frente como una bofetada. Después de haber desayunado, aquel olor casi le hace vomitar, pero sin saber bien como, pudo aguantar las ganas.

—No es un olor agradable, ¿verdad?

André negó con la cabeza.

—Les toca comer. Hace unos días se rompió el refrigerador que poseía esta barcaza y la comida comenzó a echarse a perder. Hoy van a comer carne de hipopótamo.

¿Hipopótamo?, pensó André; aquello le sorprendió. ¿De dónde habría sacado Lucas hipopótamo? Sin duda se estaba riendo de él y no pudo evitar preguntarle.

—El zoo. Cuando ocurrió todo esto, muchos de los animales que allí se guardaban escaparon y un par de ellos llegaron hasta el río. Tuve que matar a uno cuando lo cruzaba un día en una lancha, me costó hacerlo. Estos cabrones son muchos más fieros que cualquier otro animal y mucho más territoriales. Todavía quedan algunos por la zona, hay que tener cuidado. Hoy van a comer varios kilos de su carne. Necesito que me ayudes.

Entre ambos cogieron el saco vertiendo su contenido y grandes trozos de carne putrefacta comenzaron a caer, entonces, André pudo verlos.

Medio centenar de aquellos, ya maltrechos, seres humanos, se agolparon en el lugar donde la comida caía. Hombres, mujeres y niños se abalanzaban como pirañas a su presa desgarrando entre sus dientes los pedazos que atrapaban. Los comían con ansia, con fiereza y cuando la carne desapareció, también lo hizo aquella rabia, quedándose nuevamente inmóviles.

—Es horrible.

— ¿El qué? — preguntó Lucas.

André, sin apartar la mirada del fondo de la bodega, respondió.

—Todo esto. Esa gente, lo que les ha ocurrido. Tiemblo cada vez que pienso en la posibilidad que nos ocurra a nosotros.

Lucas dio unos ligeros golpes con la palma de su mano en la espalda de André intentando provocar algo de alivio a su tensión.

—Tranquilo. Aquí estaréis a salvo y ellos no pueden escapar de esta bodega. Ahí abajo siempre están calmados y solo se activan cuando les doy de comer, así que no debes preocuparte. Ahora sígueme, quiero que veas una cosa.

Alcanzando sus pasos, ambos descendieron por la escotilla de la cual Lucas había emergido. Las empinadas escaleras de hierro finalizaban en un pasillo que atravesaba la barcaza por un lateral y avanzando por él, llegaron a una puerta de acero.

—Ahora quiero que hagas lo que yo te diga. No te asustes con lo que veas e intenta mantener la calma, es importante. Dentro te lo explicaré todo.

Si pretendía con aquellas palabras tranquilizar en algo a André, no lo había conseguido. Estupefacto por lo que había dicho y sin tiempo de preguntar qué iba a ver detrás de aquella puerta, Lucas la abrió atravesándola. Cuando André hizo lo mismo, pudo observar que daba acceso a una habitación iluminada por una sola luz que colgaba sobre una camilla de hierro, afianzada en el suelo metálico de la barcaza, y cerca de ella, una mesa de despacho, también metálica, y cubierta de papeles. Rodeando la camilla, varios equipos médicos provistos de monitores mostraban unos datos, de los cuales muchos no llegaban a entender, y solo cuando Lucas se colocó pegado a ella, pudo darse cuenta de que una sábana blanca tapaba lo que creía era un cuerpo. Sintió escalofríos. Lucas, agarrando con ambas manos el borde superior de la sábana, comenzó a retirarla y André vio tendido a un hombre de mediana edad. El pelo de su cabeza y el de la barba eran largos y descuidados y su cuerpo, sucio y desnutrido, se mantenía amarrado a la camilla gracias a grilletes. Parecía relajado, dormido. Llegó a pensar que estaba muerto, pero los electrodos que llevaba en su pecho indicaban en los monitores que tenía pulso, débil, pero lo poseía.

—Hace unos tres días que estoy trabajando con él. Lo atrapé en el mismo lugar donde os rescaté a ti y a Laura. Me costó hacerlo, aguantó bien las descargas y tuve que dispararle varias para tumbarlo. Increíble teniendo en cuenta lo débil que aparenta por su complexión.

André seguía sin apartar la mirada de él.

—Has dicho que estás trabajando en él, ¿cómo? Debes perdonarme, pero estar en la misma habitación con uno de ellos… ¡joder!, estoy temblando.

—Tu reacción es lógica, yo tenía el mismo miedo que tú cuando estaba a su lado, pero debemos combatirlo. Ellos detectan ese miedo al igual que otras muchas sensaciones que tenemos y al hacerlo es cuando salen de su aletargamiento.

André no podía controlar como su cuerpo comenzaba a temblar del nerviosismo que le embargaba y todavía menos después de las palabras de Lucas.

—Pero puedes estar tranquilo, — continuó diciendo—está tan sedado que, aunque te hubieras meado encima del miedo no se despertaría.

— ¿Sedado?

André observó como un suero suministraba gota a gota su contenido en el brazo del infectado.

—Cada vez que atrapo a uno lo estudio y vierto en él todo lo que he podido descubrir con los anteriores. Desgraciadamente, no puedo estar mucho tiempo con cada individuo.

Aquello comenzó a despertar la curiosidad de André.

— ¿Por?

—Porque la sedación que les pongo termina siendo inútil a la semana. Parece que el virus los vuelve inmunes y después de ese tiempo lo debo soltar en la bodega con los demás y buscar a uno nuevo.

Ya, paralelo a la camilla, André lo estudiaba de arriba abajo.

—Parece tan normal—dijo.

—Y si no fuera por el virus lo sería, pero cuando salen del estado casi comatoso que les produzco, él vuelve a poseerlos.

—Entonces, ¿está en coma?

—No, a las puertas. Si entrara en coma moriría porque cuando lo hacen pierden la capacidad de proteger sus vías aéreas, al igual que nosotros. Pierden el reflejo de la tos, de tragar saliva y terminaban ahogándose con sus secreciones o asfixiados por su propia lengua. Teníamos un respirador automático que les proporcionaba oxígeno, pero se nos rompió, y al no

tener otro a mano con el que poder intubarlo, los perdíamos. La segunda opción era tenerlos en este estado, el problema es que el virus termina revirtiéndolo.

—Vaya, ¿y qué has descubierto?

—Todavía poco, ¿qué sabes tú de la enfermedad?

André recordó lo que había leído días atrás.

—Antes de que nos encontraras, ojeé en un periódico un artículo sobre la enfermedad, el virus Cotard.

Lucas suspiró.

—El hombre ha deseado llegar a convertirse siempre en Dios y termina simplemente siendo el diablo. El virus realmente era una buena idea. Un arma con la que podrían inutilizar ejércitos enteros sencillamente haciendo creer a su cerebro que estaban muertos, pero la naturaleza en raras ocasiones se deja doblegar por el ser humano. El virus mutó y para no morir se apoderó de los hombres dándoles esas ansias salvajes de devorarlo todo. Ninguno de ellos está muerto, todos viven, es más como una posesión que les nubla y les obliga a actuar de esa manera.

—Vale, pero ¿qué has descubierto?

Otro suspiro de resignación volvió a surgir del interior de Lucas.

—Poca cosa. No soy médico, ya te lo he dicho. Mi antiguo compañero y quien ideó todo esto, sí lo era. Virólogo, para ser más exacto.

— ¿Y qué le ocurrió?

—Murió cuando uno de ellos se despertó de la sedación. Ahí fue cuando me di cuenta de que al cabo de la semana la rechazaban. No pude evitar que lo destrozara. Desde entonces he estado solo, intentando hacer investigaciones por mi cuenta basándome en sus apuntes, pero poca cosa. Él decía que Cotard había sido creado de un virus que causaba encefalitis, una inflamación del cerebro, y que, al ser diseñado en el laboratorio, habrían conseguido que solo dañara momentáneamente esa parte entre el lóbulo frontal y parietal. Decía que quienes lo hicieron, fueron unos genios, pero que el virus le ganó la partida. Consiguió mutar y no morir cuando debía hacerlo, dejando el cerebro dañado. Llegó a realizar lobotomías en algunos para ver si, seccionando partes del cerebro lesionado, podría hacerlos volver, pero no. Todos acababan muertos o lo que es peor, más salvajes todavía.

—Entonces, ¿Qué haces con ellos?

—Les inyecto antivirales contra las diferentes encefalitis virales que hay y estudio las reacciones. Rubeola, Laurampión, el virus del valle Murray, de la encefalitis japonesa. He terminado siendo un experto y gracias a los pocos retrovirales que nos quedan en el almacén sigo con los experimentos, pero nada. De hecho, cuando os vi, recé para que alguno fuera médico, pero no.

André rio.

—Creo que rezar no te ha ayudado de mucho.

Lucas alegró su cara con una tímida sonrisa.

—El Señor está ahí. No sé por qué querría que algo así ocurriera, pero para toda pregunta siempre hay una respuesta y a la larga la sabremos.

André suspiró. Después de lo que había visto creía que la respuesta era que Dios se había cansado de los hombres y quería darles un escarmiento, pero recordando los niños que vio en la bodega de la barcaza pensó si realmente algún dios podría ser capaz de algo así. Al fin y al cabo, aquel virus que estaba acabando con ellos fue creado por la mano del hombre y nada más.

2

Ya habían transcurrido dos semanas desde que Lucas les encontró y Laura no se recuperaba. Pasaba los días en el camarote, débil, sin fuerzas, pero cuando le tomaba las constantes y la temperatura, estas eran siempre normales. André se sentía preocupado por ella y por el bebé, aunque su nuevo amigo siempre le reconfortaba diciéndole que lo más probable es que su cuerpo siguiera recuperándose después de tan largo y ajetreado viaje. Ella se limitaba a comer, ayudada siempre por André, y a descansar. Pocas veces hablaba con él, y las cortas conversaciones que mantenían, era para que le resumiera qué había hecho durante el día.

Desde la terraza superior del barco, André solía vigilar ambas orillas con unos prismáticos para intentar localizar a algún infectado. Cuando lo lograba se lo comunicaba a Lucas y este, vistiendo aquella armadura de policía antidisturbios, cogía sus armas y embarcando en una pequeña lancha iba en su búsqueda. André observaba la acción desde su segura posición. Veía como Lucas se aproximaba siempre por sus espaldas. Le había dicho que los infectados se ponían en contra del viento para así poder oler mejor a sus presas. Su olfato se había agudizado tanto que llegaban a detectarlas a kilómetros. Una vez cerca de él, prefería utilizar su porra eléctrica antes que la escopeta, así evitaba hacer ruido, y nada más caer al suelo los sedaba, le ponía unos grilletes, un bozal, y lo

arrastraba a la barca. Una vez pegado a la barcaza carbonera, André le ayudaba a subirlo y lo más rápido que podía lo llevaban a la camilla donde lo amarraban y comenzaban las pruebas. En aquellas dos semanas había atrapado a tres sujetos, el último, y con el que trabajaban actualmente, era una chica joven. No debería tener más de veinte años, rubia, ojos azules y vestía ropas militares. Pensaron que quizás fuera un soldado, pero poco importaba ya, ahora no era más que otra infectada y decidieron que con ella ampliarían las dosis. En los apuntes de Jules, así se llamaba el difunto amigo de Lucas, había detallado un cóctel de antivirales que según había escrito, seguía las pautas de otro creado anteriormente con la intención de curar la hepatitis C. Con este último, su excompañero continuaba con la idea de combinar varios fármacos para inhibir el virus. Para ver si funcionaba, Lucas se lo suministraría sin tenerla sedada y así ver, con mayor exactitud, algún posible cambio. André no sabía que medicamentos componía aquel cóctel, tampoco se lo preguntó a Lucas, pero ambos notaron que al poco de inyectárselo, la agresividad que presentaba la maltrecha y joven soldado comenzó a disminuir. Les parecía increíble. Poco a poco, la chica comenzó a mirar con curiosidad el lugar donde se encontraba, las paredes, los equipos médicos, a ellos mismos, se la veía tranquila, incluso su cara mostraba algo parecido a un ínfimo gesto de felicidad, pero cuando sus ojos vieron sus manos y comprobó que estas se encontraban fuertemente asidas a la camilla, comenzó poco a poco a violentarse nuevamente, tanto, que tuvieron que volver a sedarla antes de que lograra zafarse de sus ataduras.

Cuando volvió a dormirse André estaba eufórico por la situación.

— ¿Has visto eso?

Lucas no respondía.

—Me estás oyendo, ¿has visto lo que ocurría? ¡Parecía darse cuenta de todo!

Lucas comenzó a negar con la cabeza.

—No sé lo que parecía, André. Quizás la mierda que le hemos inyectado le haya provocado alucinaciones. No sé.

André tomaba las palabras de Lucas como inauditas, porque aquella, era la reacción más humana que había visto en uno de esos seres en mucho tiempo. Parecía que su esencia humana le había sido devuelta y que solo cambió al verse atada. Quizás, si no lo hubiera estado.

— ¡Estás loco! Si no hubiera estado atada habría acabado con nosotros. No olvides eso. Tengo compasión por ellos, pero siempre recuerdo que podrían matarnos en un abrir y cerrar de ojos, y tú tampoco deberías

olvidarlo.

Lucas tenía razón y André lo sabía, sin embargo, aquel extraño momento y el vano deseo de obtener una cura había nublado momentáneamente su cabeza.

—Lo siento.

—Tranquilo, no te disculpes. Aun así, debemos meterla en la bodega. Ha estado a punto de soltarse de sus ataduras, es fuerte; no quiero arriesgarme a que sigamos con ella aquí y logre soltarse.

Con una cuerda bajo sus hombros, y después de quitarle los grilletes y el bozal con la que la habían trasladado, la bajaron hasta el fondo de la bodega. Si hubiera sido carne, los residentes de aquel sombrío agujero se habrían abalanzado sobre ella, pero todos se mantenían quietos, al fin y al cabo, era uno de los suyos. Cuando llegó al fondo, soltando uno de los cabos, recogieron la cuerda y ella quedo acostada en el frío suelo metálico. André no dejaba de mirarla. Seguía creyendo que las reacciones que había tenido fueron fruto de los medicamentos que le inyectaron, pero cómo saberlo. Él y un cartero jugando a ser médicos, científicos, y guiados por los apuntes de un virólogo muerto. Era de locos.

Aquel día, André se ocupó él solo de darles de comer. Cuando arrojó los grandes trozos de carne al vacío vio nuevamente como aquella jauría se abalanzaba sobre su alimento, excepto ella. La visión de la muchacha mirándole con la cara ladeada sin apartar la vista de él le hizo temblar y tras unos momentos, con paso tranquilo, también fue a comer junto a ellos. André no pudo evitar estudiarla. Caminaba apartando a los que ya estaban comiendo, pero no como los demás infectados. Ellos, siempre iban enfurecidos hacia la comida, dándose empujones como una manada de hienas que intentaran devorar a una presa y ella, en cambio, caminaba lenta y suavemente. Si alguno le impedía el paso lo desplazaba con tranquilidad y seguía avanzando. Le pareció fascinante ver algo de orden entre tanto caos. Cuando consiguió coger un trozo de carne, volvió a mirarle y después lo mordió. Nuevamente sintió un escalofrío y se alejó de la bodega para contárselo a Lucas.

—No sé qué quieres que te responda a eso.

—Pues que quizás, el medicamento que le hemos dado haya reaccionado en ella y esté cambiando.

Lucas lo negó.

—Si hubiera cambiado, si hubiera vuelto a ser lo que era, la habrían

devorado los de ahí abajo.

Quizás Lucas tuviera razón, pero ¿y si ese cambio fuera ínfimo?, casi imperceptible para ella y los infectados que le rodeaban ¿No deberían estudiar su comportamiento?

—André — le respondió —. Si quieres pasar las horas muertas viendo si esa muchacha tiene algún cambio, por mí, no hay problema. Aunque, y no te ofendas, quizás deberías pasar ese tiempo con Laura. No entiendo por qué no mejora.

Y una vez más, Lucas tenía razón.

Laura se encontraba ya en el octavo mes de embarazo, y aunque el trayecto hasta París había sido duro y lleno de penalidades, el tiempo pasado ya con Lucas y las comodidades que la embarcación les otorgaba, deberían haber sido suficientes para haberse recuperado. En cambio, cada día la encontraba más débil. Con cierto remordimiento volvió al camarote para verla y al abrir la puerta, Laura permanecía aparentemente dormida de costado girada hacia ella. Parecía tranquila, relajada. Su respiración pausada y lenta le daba la grata sensación de estar dormida plácidamente y no quiso despertarla para preguntar cómo se encontraba. Con sumo cuidado volvió a cerrar la puerta del camarote y tras hacerlo, la imagen de la soldado volvió a su mente.

— ¡Demonios! — pensó; y no pudo evitar volver a la barcaza nuevamente.

Cuando llegó, miró el interior, la débil luz del día impedía ver con claridad el fondo así que cogió la linterna que tenían preparara en uno de sus lados y tras encenderla apuntó con el foco para examinar el fondo. Se sobresaltó al darse cuenta de que lo primero que había iluminado era la cara de la muchacha. Unos enormes ojos azules iluminados le miraban fijamente y aunque el foco de la linterna debería haberle obligado a cerrarlos, allí seguían. Ladeando lentamente la cabeza, daba la sensación de que intentaba lograr ver más allá de la luz, descubrir quién la alumbraba, averiguar, quizás, quién la había metido allí dentro. La mano de André comenzó a temblar y no pudo hacer otra cosa que apagarla. Un sentimiento de terror comenzó a apoderarse de él mientras su espalda resbalaba por la pared al intentar sentarse en el suelo de la barcaza. Temblaba. Aquellos ojos se le habían clavado en el alma, vio algo terrible en ellos, vio ganas de escapar de su encierro, ganas de matar a quién se lo había provocado y vio sed de sangre. Tenía que volver a decirle a Lucas que algo había ocurrido con aquella muchacha, era diferente a todos los que compartían la bodega con ella porque mientras los demás se mantenían en aquel extraño estado de aletargamiento mientras no encontraban con qué alimentarse, ella se mantenía despierta, dándole la

sensación de que estudiaba la manera de salir de allí.

Levantándose con rapidez corrió buscando a Lucas, debía contarle lo que sentía, lo que había visto. Cruzó la pasarela que unía las dos barcazas y avanzando por el pasillo llegó al comedor, no estaba allí. Un ruido de cacharros le indicó que se encontraba en la cocina. Cuando entró en ella, Lucas esgrimía un enorme cuchillo de cocina, y asustado por el ímpetu de André al entrar se giró hacia él aferrándolo en su mano con fuerza.

— ¡Dios! —gritó cuando se dio cuenta que era André— ¿Cómo se te ocurre entrar de esa manera? Parecías uno de ellos. Casi te atravieso de lado a lado.

Tras recuperar el resuello, André comenzó a contarle lo sucedido. Lucas notó el miedo en las palabras de André e intentó calmarle.

—No sé bien que has visto al alumbrarla, quizás tu imaginación te jugó una mala pasada, André.

— ¡Maldita sea, Lucas! — recriminó— Sé lo que he visto y no es nada bueno. Algo ha cambiado desde que le pusimos aquel medicamento. ¿Qué le suministraste?

—Seguí las instrucciones que había dejado Jules.

— ¿Al pie de la letra?

— Palabra por palabra. Apuntaba todo en su diario, el mismo que sigo usando ahora para hacer las anotaciones sobre lo que observo en ellos.

—Pues creo que deberías apuntar también todo lo que está haciendo esa mujer allí abajo. No es normal Lucas. Debes verlo.

Resignado suspiró.

—Vas a echar a perder la cena que iba a preparar. Vamos a ver a esa iluminada para luego poder cenar con calma.

Ambos anduvieron juntos nuevamente de regresa a la barcaza y cuando Lucas abrió la puerta y le cedió el paso a André para que saliera a la cubierta, este frenó en seco. Lucas, casi golpeándose con él, preguntó qué le ocurría a lo que André solo pudo responderle alzando el brazo, indicando tembloroso en la dirección de la barcaza.

— ¿Pero qué demonios?

Lucas no podía dar crédito a lo que estaban viendo sus ojos.

Sobre un lado de la cubierta, hacia la mitad de la barcaza, la muchacha se mantenía erguida. Parecía estar observando el paisaje. Con lentos movimientos de cabeza parecía estar estudiando su alrededor, lo que veía, como si quisiera empaparse de todo aquello. Y de pronto, los movimientos cesaron. Durante unos segundos se quedó inmóvil y André miró a Lucas.

— ¿Cómo ha podido escapar de la bodega?

Lucas solo pudo alzar los hombros en señal de desconocimiento.

—Eso ahora no importa—respondió mientras apretaba con fuerza el mismo cuchillo con el que estaba preparando la cena y que había traído con él —, tenemos que atraparla.

— ¿Y cómo pretendes hacerlo?

Lucas echó la vista atrás, hacia el pasillo que acababan de recorrer.

—En el comedor tengo una de las escopetas con munición eléctrica. Iré a por ella ahora que parece se ha quedado aletargada. Corriendo no tardaré más de medio minuto en llegar hasta allí y regresar. Luego todo será fácil, la aturdiremos y la llevaremos nuevamente a la mesa para estudiarla.

André veía aquello como una buena opción, aunque no creía hubiera muchas más para esa situación. La muchacha se mantenía quieta, tranquila. Podría funcionar. Notó como Lucas tocaba su mano y le entregaba el cuchillo.

—Cógelo. Solo faltaba que me cayera corriendo y terminara con él clavado.

Lo agarró con fuerza y Lucas le susurró al oído.

— ¿Preparado?

André asintió.

Escuchó a sus espaldas el primer paso a la carrera, pero aterrorizado observó como ella también lo había hecho. Ahora, aquella mirada azul terrorífica se clavó en la suya y se acercaba hacia él. La muchacha había emprendido una carrera salvaje y, poco a poco, aquellos ojos se acercaban más y más.

André solo pudo gritar.

— ¡Lucas, se ha despertado! Corre por al amor de Dios.

Tenía que alejarse de allí, protegerse, pero sus piernas no reaccionaban. Se sentía confuso por el terror y su pensamiento comenzaba a nublarse. Dudaba que Lucas llegara a tiempo y si él moría, Laura también, pero ¿qué podía hacer? Su cuerpo no reaccionaba, estaba paralizado y aquellos ojos cada vez estaban más cerca. Cuando su cuerpo comenzó a tensarse más y más notó por fin algo, el mango del cuchillo que Lucas le había entregado. Con él podría defenderse, pero no era tan bueno como para acabar con una de aquellas enfurecidas bestias tan solo con esa arma. Seguía sin saber qué hacer mientras escuchaba ahora los pasos próximos y alocados de la muchacha y de pronto vio la solución, estaba delante suya.

Aquella inestable pasarela, atada con dos cuerdas en su extremo, podía ser su salvación, y sacando fuerzas consiguió que su cuerpo reaccionara. Aproximándose a ella, y de un tajo, consiguió cercenar una de ellas a la primera; cuando fue a por la segunda, tuvo más problemas. La humedad la había endurecido y comenzó a cortarla con fuerza; parecía que aquel enorme cuchillo, capaz de cortar la carne como si fuera mantequilla, no pudiera ahora con una simple cuerda. Alzó la vista y la muchacha ya había llegado al extremo opuesto de la pasarela. Atónito por lo que veía, observó que ella no lo cruzaba y se mantenía allí erguida, observando qué estaba haciendo a la vez que miraba las inestables maderas. André había parado cuando vio que no cruzaba, pero inmediatamente, sin dejar de mirarla, continuó cortando la cuerda. Exhalando un gruñido aterrador, la muchacha se abalanzó nuevamente hacia él cruzándola y cuando se encontraba en su mitad, André ya había logrado cortar la segunda cuerda. La pasarela, sin nada que la afianzara por aquel extremo, se volvió más inestable y comenzó a tambalearse. André, se sentó, y apoyando con fuerza las piernas comenzó a empujarla. Notó como aquella bestia sabía lo que pretendía hacer, e intentó continuar su desesperada carrera, aunque ya era tarde. Con sus últimas fuerzas, había logrado llevar el extremo de la pasarela hasta el borde y tras caer, la muchacha se precipitó al agua.

A sus espaldas escuchó como Lucas gritaba.

— ¡No! ¿Qué has hecho?

Desesperado y tirando la escopeta a un lado, fue a coger un bichero con el fin de poder atraparla con su gancho antes que se hundiera, pero todo fue en vano. Cuando se asomó por la borda, ella ya no estaba. De rodillas, maldecía lo que André había hecho.

— ¿Cómo has podido? —le recriminó.

— ¿Estás loco? Iba a matarme, y luego, habría hecho lo mismo contigo.

¿Cómo has podido pensar en salvarla?

—Habría llegado a tiempo. Podía haberla derribado sin hacerle daño con una descarga y ahora…ahora está muerta.

Mirando las aguas que poco a poco volvían a su estado de calma habló nuevamente, y aquellas palabras hirieron como ninguna a André.

—Eres peor que ellos. ¡Esas personas están enfermas!, actúan sin conocimiento de causa, solo por instinto. Cuando matan lo hacen para alimentarse, en cambio tú…

André le interrumpió enojado.

—En cambio yo, lo hice para salvar mi vida, la de Laura y es más que probable que la tuya propia.

Lucas le miró enfadado mientras André continuaba hablando.

— ¿Pero acaso no te das cuenta de que podía haber acabado con nosotros? No era igual que las demás. Antes de cruzar la pasarela paró para ver qué estaba haciendo y cuando comprobó que continuaba cortando las cuerdas volvió a correr hacia mí. Ella era diferente, y lo único que lamento es que haya muerto. Sí, créeme, lo lamento. Hubiera deseado con toda mi alma que no hubiera ocurrido y haber podido estudiarla. Quizás, la medicación que le suministramos cambió algo en ella, si no, explícame como daba la sensación de que estudiaba el entorno, me estudiaba a mí, o lo que es peor, explícame como pudo escapar. Tú decías que era imposible y en cambio, lo consiguió.

Lucas volvió a girar la cabeza y esta vez miró hacia la barcaza y la bodega.

—Y es imposible escapar de allí— sentenció.

Levantándose con el bichero en la mano, intentó varias veces engancharlo al borde de la pasarela que se mantenía parcialmente hundida y cuando lo consiguió, ambos la subieron. Tras volver a afianzarla la cruzaron y André no pudo evitar mirar el agua a sus pies mientras lo hacía. Se preguntaba si realmente se habría ahogado y notó un escalofrió al pensar en la remota posibilidad de que hubiera sobrevivido y volviera a por ellos. Cuando llegaron al borde de la bodega e iluminaron su interior descubrieron como había huido y palidecieron.

Todos los infectados estaban degollados y habían sido amontonados contra una de las paredes formando una pirámide humana. Aquel medio centenar de personas que Lucas había conseguido atrapar ahora yacían muertas, una encima de otra. Los había matado a todos uno a uno para

conseguir su objetivo, escapar. Sin duda, ella era diferente.

André estaba atónito.

—Así fue como lo consiguió. Los ha matado y usado a forma de escalera.

Lucas no entendía nada.

— ¿Cómo pudiste no ver esto cuando la alumbraste antes de venir a por mí?

Él tampoco lo entendía. Solo podía creer que ella lo hubiera tramado de tal manera para estar en el primer sitio donde él iluminaría y así desviar la mirada del espanto que había organizado allí abajo, pero aquello era tan improbable.

—Tuvo que tener suerte y cuando encendí la linterna, la casualidad hizo que fuera su cara lo primero que vi— expresó resignado.

Sin mediar palabra, Lucas se alejó hacia el extremo del barco para volver cargando en cada mano dos grandes garrafas. Cuando André le preguntó que iba a hacer Lucas le respondió tajante que debían quemar los cuerpos.

—Debemos hacerlo ya. Cuando empiecen a pudrirse el olor será insoportable y no quiero que podamos caer enfermos. Además, ni tú ni yo, íbamos a bajar ahí para subir uno a uno sus cadáveres. Lo mejor será empaparlos desde aquí y que ardan.

Tenía razón.

Cogiendo una de las garrafas, André comenzó a derramar su contenido sobre los cuerpos, esparciéndolo lo mejor que pudo. El olor de gasolina lo inundaba todo, y tras vaciar varias garrafas más sobre ellos, Lucas dejó caer una bengala encendida. La pira comenzó a arder ya entrada la noche y las llamas que salían por la boca de la bodega iluminaban la barcaza y parcialmente las orillas.

—Las paredes de acero aumentarán el calor en el interior— dijo Lucas— y ayudará a que se consuman completamente. Podemos estar tranquilos, las llamas no saldrán de ahí.

André no se sentía ni intranquilo por el fuego ni tranquilo por las palabras de Lucas. Solo se sentía abatido y cansado. Abatido por los recuerdos de la muchacha y de haber perdido la oportunidad de saber algo más sobre los infectados y cansado de tanto salvajismo, muerte y destrucción. Llegó a pensar si lo mejor no sería acabar con su propia vida infectándose, al menos, ellos parecían tranquilos cuando no tenían una presa cerca.

Deseaba esa tranquilidad, aunque fuera momentánea, no pensar en nada y actuar por instintos cuando simplemente lo necesitara.

Lucas le extrajo de sus pensamientos.

—Lo mejor será ir a comer algo y que veas como está tu mujer.

— ¡Laura! —pensó.

Durante aquel tiempo tras el ataque se había olvidado completamente de ella y ahora debía saber cómo se encontraba, así, que, haciendo caso a las palabras de Lucas, se dirigió hacia el camarote una vez más. Cuando abrió la puerta, ella seguía en la misma postura que la última vez que la había visto. Dormía con una tranquilidad pasmosa, ignorante del infierno que había ocurrido y que ahora ardía en aquella bodega. El olor a gasolina y carne quemada que impregnaba sus ropas le recordaron que necesitaba una buena ducha así que decidió no ir a comer, lavarse y acostarse junto a ella. Mañana sería otro día, otro largo día así que tras pasar la llave a la cerradura del camarote se metió en el baño y ya dentro de la ducha notó el agua sobre su cuerpo.

Sintió como aquel olor a muerte iba desapareciendo y la tranquilidad volvió poco a poco a él.

3

Cuando despertó, besó el hombro de Laura. Estaba frío y eso le asustó.

— ¿Laura?

Ninguna respuesta salió de sus labios, ningún gesto en su cara y apresuradamente se levantó comenzando a zarandearla de los hombros, primero con delicadeza y luego más bruscamente, no respondía. Los gritos diciendo su nombre alertaron a Lucas, que, sin poder abrir la puerta, preguntó qué estaba ocurriendo.

—Es Laura— respondió mientras facilitaba el acceso de Lucas al camarote—, no despierta.

Arrodillándose en la cama, frente a ella, Lucas comprobó si respiraba, y al pegar el oído a su nariz notó una ligera brisa. Era débil y fría, igual de fría que la temperatura de su piel y cuando le abrió los ojos para ver sus pupilas, miró al suelo bajando la cabeza con resignación.

— ¿Qué le ocurre?

Lucas se levantó lentamente, lo que iba a decirle destrozaría a André,

pero quizás…

—Lo siento.

André cada vez estaba más nervioso, y que Lucas no dijera que ocurría le iba a volver loco.

— ¿Sientes el qué?

Lucas suspiró.

—Me temo que está infectada.

Escuchar aquellas terribles palabras le produjo un fuerte dolor de cabeza y sus piernas languidecieron, hasta tal punto, que acabó sentado sin fuerzas en el suelo. Su cuerpo temblaba mientras miraba fijamente la cara de Laura y comenzó a preguntarse por qué y cómo había sido posible. Lucas, se aproximó a ella, e introduciendo los brazos bajo sus axilas, pidió a André que cogiera sus piernas.

—Tenemos que llevarla a la barcaza.

Cuando André escuchó aquello se levantó furioso y empujó con fuerza a Lucas, él y Laura cayeron de lado en la cama.

— ¡No vas a experimentar con ella! ¿Me escuchas?, ¡no te lo permitiré!

Levantándose de la cama, Lucas recriminó la violenta reacción de André.

— ¿Pero qué demonios haces?, ¿estás loco? Solo intento salvarle la vida. No entiendo como no ha despertado ya con un brote de furia para intentar matarnos, o lo que es peor, no sé cómo el bebé no la ha desgarrado para salir de su vientre.

Aquella imagen le horrorizó. Si ella estaba infectada, el bebé también lo estaría, pero lo que Lucas decía era atroz.

—André, por desgracia lo he visto en más de una ocasión. El virus los infecta y los vuelve tan salvajes como a sus madres. Salen de sus vientres, desgarrándolas hasta que mueren, pero quizás todavía estemos a tiempo. Si sigue todavía en este estado puede que tarde en debutar la furia y quizás tengamos tiempo.

— ¿Tiempo para qué?

—Para dormirla, llevarla hasta el coma y así evitar que ambos se hagan

daño. Necesitamos conseguir más tiempo para salvarla.

André no sabía ni qué pensar, ni que hacer. A su mente llegó el recuerdo de las palabras de Lucas diciendo que cuando habían llevado hasta el coma a alguno de los infectados, estos morían ahogados por sus propias secreciones o asfixiados al perder sus reflejos naturales.

—Pero tu dijiste que…

Lucas le interrumpió. Sabía que era lo que iba a decirle y asintió levemente.

—Debes confiar en mí. Ahora tenemos que llevarla a la barcaza. En el laboratorio tenemos todo lo necesario para intentar salvarla, a ella y a tu hijo. El tiempo corre en contra nuestra y lo sabes.

Una vez acabó de hablar, volvió a introducir los brazos bajo sus axilas y André, aunque tardó varios segundos en actuar, pasó los suyos bajo ambas rodillas de ella. Juntos comenzaron a caminar apresuradamente por el pasillo, salieron a la cubierta y con cuidado atravesaron la pasarela. El ambiente seguía oliendo a carne quemada y una ligera humacera gris surgía de la bodega. Cuando bajaron las escaleras de metal, y a pocos metros del laboratorio, un espasmo en el brazo derecho de Laura les alertó que posiblemente en poco tiempo despertaría. Sin mediar palabra aceleraron el paso, y ya dentro de la habitación, la colocaron sobre la fría camilla metálica. Mientras Lucas preparaba un suero y el material necesario para ponerle una vía y suministrarle la medicación, André la amarraba. Hacerlo le hacía sentirse como un cerdo, no había conseguido protegerla y las lágrimas comenzaron a brotar de unos ojos tristes y humedecidos.

—Lo siento—le susurró al oído—. No sé si puedes escucharme cariño, pero lo siento.

—No le pidas perdón todavía— dijo Lucas que, ya a su lado, clavó en la flexura del codo derecho la aguja de la vía y comenzó a suministrarle el suero. Después, con una inyección, introdujo medicamento en él.

—Lo que le he inyectado es pentobarbital, recuerda esa palabra. Producirá que entre en un coma inducido y a la vez protegerá su cerebro.

Después, pegando varios parches en su pecho la monitorizó, observando como el pulso comenzó a bajar hasta que se estabilizó. Con todo terminado, se sentó en una silla respirando profundamente para intentar relajarse. André continuaba pegado a Laura, no podía apartar la mirada de ella. Deseaba que todo fuera un error y rezaba para que en cualquier

momento abriera los ojos y le sonriera.

—Tenemos que darnos prisa. Ahora viene tu parte.

Escuchando a Lucas, André se giró hacia él.

— ¿Qué debo hacer? —preguntó ansioso.

Lucas lo miraba. Lo que le iba a pedir era un suicidio, pero si quería intentar mantener con vida a Laura no le quedaba otro remedio. Tampoco entendía cómo podía haberse infectado, pero ya era tarde para pensar en eso.

—Si pudiera hacerlo yo, te aseguro que lo haría, pero debo quedarme aquí para controlarla y si se ahoga, impedirlo. Tengo material para intubarla y sé hacerlo. Así que, si eso ocurriera, podré mantenerla con vida hasta que llegues con lo que necesitamos.

André gesticuló afirmativamente y apretó la mano de Laura volviéndola a mirar.

—Solo tienes que decirme que es lo que tengo que hacer y lo haré. Se lo debo. Si ella muere…

Nuevamente Lucas le interrumpió.

—Nadie va a morir, escucha. Deberás ir al que creo es el único hospital que todavía pueda haber material médico que sea útil.

La condicionalidad con la que lo dijo no le convenció.

— ¿Y cómo lo sabes?

—Ese es el problema, no lo sé. Por eso he dicho que puede que lo haya. El hospital está en una zona a la que nunca he llegado. Hay demasiados infectados allí para que pudiera ir solo y por eso creo que quizás puedas encontrar lo que necesitamos.

— ¿Y no hay otro hospital que...?

—No—interrumpió— He estado en todos y los que no destruyeron las hordas fueron desmantelados por los supervivientes. Arrasaron con todo lo que pudieron cargar antes de la caída de París.

—Excepto con ese hospital.

—Sí, es el Hospital Americano de París. Era considerado el mejor hospital de la ciudad y tenía la mejor seguridad de todos. Derribaron los edificios a

su alrededor y lo rodearon con un enorme muro de hormigón. Estaba custodiado por la legión extranjera, pero cuando los miles de infectados les rodearon y se quedaron sin munición, solo pudieron guarecerse dentro. Cuando la comida se agotó comenzaron a alimentarse de los que iban muriendo.

— ¡Eso es horrible!

—Todo en este mundo lo es. Muchos intentaron escapar de ese infierno y otros prefirieron suicidarse. Ya no queda nadie allí.

— ¿Y cómo sabes que no queda nadie allí?

—Durante un tiempo estuve hablando por radio con el último superviviente. Gracias a él supe lo que había ocurrido y que allí todavía tenían material médico.

Una risa irónica salió de su boca.

—Es curioso. Recuerdo una conversación con él. Ese día yo tenía un dolor de cabeza horrible y él me dijo que si le llevaba un buen plato de comida me daría un contenedor de aspirinas. Tenía ganas de comer algo que no fuera humano. Cuando escuché aquello sentí un escalofrío y una pena enorme. Tras un silencio en la radio me dio las gracias por haber estado escuchándole durante todo este tiempo, ya estaba cansado de todo aquello. Supongo que se suicidaría o intentó escapar, para el caso, era lo mismo. Pobre Philippe.

— ¿Qué tengo que hacer para llegar hasta allí?

Levantándose nuevamente de la silla, Lucas se dirigió a una estantería que había la sala. En su parte superior se amontonaban una serie de documentos doblados sobre sí varias veces, los cuales cogió y revisándolos cuidadosamente seleccionó uno de ellos. Después, extendiéndolo cuidadosamente sobre la mesa donde siempre amontonaba papeles, buscó el destino de André y le pidió que fuera a su lado.

—Acércate. Como ves, no te será difícil llegar a los alrededores, podrás hacerlo desde el río. El problema radica cuando tengas que desembarcar y acercarte al hospital. Navegarás con la lancha, siempre pegado al margen derecho de la orilla para poder distinguir bien la zona de atraque que está a varios kilómetros. Como ya te dije, el trayecto por río debería ser tranquilo, la última vez que lo hice no había obstáculos que pudieran impedirte la navegación. Algunos puentes están derruidos, —dijo señalándolos con su dedo índice sobre el mapa— pero al estar separados por islas intermedias no tendrás problema para continuar. Cuando los militares los tiraron abajo, solo derrumbaron los del margen izquierdo para poder acceder a ellas ya que las oleadas de infectados solían llegar

desde el otro margen. Cuando llegues aquí, a la isla de la Grande Jatte —volvió a indicar en el mapa—, cogerás una vez más por el margen derecho. Pasarás bajo dos puentes, el primero era para peatones y el segundo para el tráfico. Cuando rebases ese, atraca donde puedas, no lo demores.

— ¿Y cómo sabré que estoy en el sitio correcto? Aunque me lleve el mapa quizás pueda equivocarme.

Lucas negó con la cabeza.

—Como te dije antes, las manzanas alrededor del hospital fueron derruidas, ni tan siquiera dejaron los árboles o jardines. Un enorme descampado sin obstáculos lo rodea, además del alto muro de hormigón. Para eludirlo te llevarás un gancho de escalada y una cuerda de diez metros, con nudos a lo largo, para que te ayuden a subir. El muro mide unos siete u ocho metros así que debes engancharlo en el borde de este, asegurarte que está afianzado y escalarlo. ¿Podrás?

La mirada que André recibió por parte de Lucas hacía presagiar que la subida sería dura, muy dura, pero por mucho que lo fuera debía hacerlo, así que solo pudo gesticular afirmativamente.

—Y los infectados, ¿Cómo hago con ellos?

—Te llevarás un saco de plástico cargado de carne, la más apestosa que tengamos y la abrirás por la zona. Ten en cuenta de hacerlo lejos de la lancha, si no, podrían impedirte acceder a ella cuando consigas lo que necesitamos y deberías volver andando. Dudo que lo consiguieras, así que cuidado al elegir donde dejas su comida. Desde que la huelan, aunque sea uno solo quien lo haga, todos irán a ese lugar y entonces será el momento para que te acerques al muro y lo escales.

André miraba el plano y solo pensaba en la locura de aquello. Un fallo, un simple fallo, un mínimo error, una leve brisa que le delatara antes de poner la comida podría significar su fin y lo que es peor, el de Laura y el bebé.

— ¿Dudas?

—Cientos de ellas… ¿Qué me esperará dentro?

Lucas suspiró.

—Ni idea. No creo que encuentres ningún infectado, eso significaría que hay una brecha en el muro y entonces sí que lo tendrías difícil. Si al llegar ves que la puerta está abierta, ni lo intentes, aunque como te digo, creo que estará todo tranquilo. Phillippe fue el último que estuvo dentro con

vida, y si al pobre desgraciado no se le pasó por la cabeza abrirlas para suicidarse, el plan debería ir bien.

André intentaba convencerse de que así sería, solo le faltaba saber dónde dirigirse una vez consiguiera acceder saltando el muro.

—Debería estar todo indicado por carteles. Lo idóneo es que vayas a la puerta principal y una vez allí busques como se llega a la UCI y al almacén de farmacia. En la UCI debes encontrar un respirador artificial, con el aparato nos basta, en la barcaza tenemos suficientes botellas de oxígeno medicinal para suministrárselo en caso necesario a Laura; nos darán para una larga temporada. La medicación es igual o más importante todavía. Te dejaré una nota con los nombres que debes traerme, sobre todo antivirales y barbitúricos, pero no te preocupes, solo tendrás que leer los nombres y cogerlos. Carga todos los que puedas transportar y regresa por donde viniste, sin mirar atrás, una vez regreses a la lancha estarás a salvo.

Tras eso, solo faltaba iniciar los preparativos. Colocando la lancha en un lado de la barcaza, entre ambos bajaron un saco en cuyo interior, dentro de una gran bolsa, habían puesto los pedazos más grandes y en peor estado que pudieron encontrar en el almacén donde los guardaban. No pudieron evitar vomitar y las arcadas aún estaban presentes cuando André bajó las escaleras para despedirse de Laura. Mirándola, agarró su fría mano, y escorándose comenzó a susurrarle al oído.

— ¿Sabes?, te amé desde el primer momento en que te vi. Recuerdo nuestra primera cita, nuestro primer beso y la primera vez que te dije que te amaba. Recuerdo cada segundo de mi vida a tu lado, lo feliz que he sido junto a ti y te juro que nada va a cambiar. Voy a conseguir traer todo lo necesario para que te recuperes, aunque tenga que arrancarle la vida a quien me lo intente impedir. Pero necesito que resistas, ¿me escuchas? Debes aguantar, tú y el bebé.

Poco a poco bajó hacia el vientre de Laura.

—Pequeño, no sé si me escuchas. Tú madre, siempre me decía que sí, que te hablara, que tú lo oías todo. Bueno, quiero que oigas esto entonces. Resiste como lo va a hacer tu madre, ¿me oyes? Resiste. Pronto estaremos juntos los tres y esto no será más que un mal sueño. Sé que lo harás por mí, por tu papi. No dañes a mamá.

La mano de Lucas se posó en su hombro.

—Ya es la hora. No te preocupes por ellos. No me separaré de su lado hasta que regreses, pero hazlo.

Juntos volvieron a subir a cubierta y una vez André estuvo en el interior de la lancha, Lucas le extendió el brazo, en su mano empuñaba una pistola.

—Está cargada con munición real, y en la mochila que llevas a la espalda, te he metido tres cargadores más. Es la única munición que quedaba en el barco.

André la cogió y tras mirarla unos segundos la introdujo en la mochila.

—Sabes que es más que probable que la use.

Lucas asintió.

—Nunca estaré de acuerdo en matarlos, pero entiendo que esta vez la muerte de alguno de ellos será necesaria. Además, también sé que la usarás con cabeza. No eres un asesino, solo un superviviente.

André sonrió y girando el puño del motor de la lancha se separó lentamente de la barcaza. Mientras de alejaba pensaba en aquellas últimas palabras. En estos tiempos, la diferencia entre ser un asesino y un superviviente no existía, al contrario, era necesario que se sumaran las dos para no morir. Él lo había tenido que hacer muchas veces durante su viaje hacia París y por desgracia, le había funcionado. Recordaba cada uno de los infectados que había matado, sus caras, incluso muchas de las que vio cuando hubo aquella gran explosión de la que casi no escapan con vida, y sabía que, gracias a eso, seguía vivo.

A medida que avanzaba por el río vio la desolación de París y comprobó que no todos los puentes que le había dicho Lucas habían sido destruidos, de hecho, ellos cruzaron varios para llegar hasta la torre, y ahora él, una vez más, lo volvía a hacer, aunque esta vez por debajo. Después de eso, rezaba para que no toda la información que le facilitó fuera igual de errónea. Desde la seguridad que le daba la lancha veía como muchos infectados se mantenían inmóviles en ambas orillas del Sena, el ruido del motor no les arrancaba de su letargo; para ellos, el olor a gasolina no era tan atrayente como el de la carne. Por su mente pasó, durante un instante, la imagen infectada de Laura en una de esas orillas, portando en brazos a su hijo, devorándolo por culpa de aquella maldita enfermedad y no pudo hacer otra cosa más que dar un nuevo giro al puño del motor y acelerar nuevamente la lancha. Quería apartarse de aquella irreal y terrorífica visión aún a sabiendas que si no conseguía lo que Lucas necesitaba podría convertirse en realidad. En más de una ocasión la lancha golpeó los cuerpos ahogados de muchos de ellos y se preguntó si el virus les había hecho, no solo olvidar su humanidad, sino también el saber nadar. Quizás por ello no habían abordado la barcaza y en ese momento se dio cuenta que no le había hecho nunca esa pregunta a Lucas, ni esa ni otras muchas. Sintió miedo porque quizás no habría

dejado a Laura en buenas manos. ¿Por qué no había venido Lucas? El conocía mejor la ciudad, el terreno del hospital. ¿Acaso sería todo mentira? ¿Querría quedarse solo con ella para estudiarla sin su presencia? Durante un segundo el temor sobre lo que le podría estar ocurriendo a Laura, sola con él, dominó su cuerpo y estuvo a punto de cambiar el rumbo y regresar, pero se dio cuenta que solo era eso, temor. Lucas era la persona ideal para estar con ella en ese momento. Era el único que podría ayudarla si su estado empeoraba, si hubiera sido al contario, él no podría.

Una vez más revisó el mapa y comprobó que estaba llegando a la isla que le había indicado. Entró por la bifurcación de la derecha y como también había dicho, sobre su cabeza pasó primero el puente para peatones y varios cientos de metros después, el que soportaba la carretera. Varios barcos de pequeño calado y barcazas se encontraban atracadas en su margen y buscó un hueco entre ellas donde poder hacerlo también. Cuando localizó el que creía sería el lugar perfecto lo hizo y amarró la lancha a una gruesa argolla metálica afianzada al muelle. Una vez hecho comenzó a temblar; estaba aterrorizado. Al subir hacia la carretera, cargando con el saco de carne, comprobó que la información de Lucas referente al hospital era cierta. Alrededor de él no existía ningún edificio, solo un enorme descampado en el que costaba distinguir alguna huella de edificaciones antiguas y supo el porqué del solar. Habían creado en él un enorme campo de minas que rodeaba, hasta donde podía ver desde su posición, el hospital. Cientos de cuerpos desmembrados, putrefactos y descompuestos atestiguaban el hecho. Rodeándolo, una alambrada de espinos señalaba su perímetro, y muchos de los infectados que esperaba fueran a por él nada más detectarlo se mantenían aletargados enganchados entre sus púas de acero cortantes; inmóviles, desnutridos y casi muertos.

—Cuando abra la bolsa y huelan la carne van a volverse locos ahí atrapados— pensó.

La única manera de poder acceder con total seguridad era a través de una carretera que llegaba hasta la puerta principal, tan alta como el muro y de metal. Tras revisar que el único riesgo de la zona eran los que estaban atrapados en la alambrada a modo de moscas en una telaraña, dudó si era necesario usar el contenido de la bolsa. El olor no solo los volvería locos a ellos, aunque no pudieran hacer nada allí atrapados, sino que probablemente atraería a muchos más; así que la dejó cerrada donde se encontraba y sacando la pistola de su mochila comenzó a caminar hacia la puerta. Lo hacía despacio y con cada paso comprobaba, casi sin darse cuenta, la dirección del viento. Tenía suerte, le daba de espaldas y frente a él solo estaba aquella carretera vacía y la puerta. Cuando llegó guardó la pistola y desenrolló la cuerda que Lucas le había suministrado.

Los intentos por engancharla llegaron a agotarle poniéndole de mal humor. Si aquel gancho tuviera familia, estaría acordándose de ella en ese momento y le pareció gracioso ese pensamiento.

—No me creo que esté insultando a un cacho de hierro y una cuerda. Esta mierda va a volverme loco— dijo mientras volvía a mirar el borde superior de la puerta — ¿Pero por qué cojones no consigo engancharlo?

Una vez más comenzó a balancearlo mientras lo elevaba sobre su cabeza en círculos. Lo aceleró soltándolo con fuerza y lo dejó volar; como las veces anteriores, el gancho la superó.

—Ahora súbelo despacio, André, con paciencia— murmuró.

Lentamente fue tirando de la cuerda. De vez en cuando notaba alguna presión en ella al arrastrarla, pero eran los nudos que tenía para ayudarle a subir al pasar por la parte superior de la puerta. Hasta que, sin creérselo, se dio cuenta que la cuerda no cedía más. Probó a tirar con fuerza de ella, sin brusquedad, para ver si por fin aquel endemoniado gancho había logrado su objetivo, y así fue. La cuerda no cedió ni un centímetro más.

La alegría le desbordó. Hubiera gritado, pero prefería no convertir su euforia en un reclamo para algún no muy deseado visitante que paLaura por allí o le oyera. Afianzándose con los pies en los nudos comenzó a subir. El ascenso fue duro, nunca había hecho algo así, pero poco a poco logró llegar hasta el borde superior de la puerta. Una vez allí, consiguió soltar el gancho y subiéndolo lo enganchó nuevamente. La idea sería dejarlo ya allí, bajar por la cuerda y tenerla preparada para cuando volviera. Sin duda, después de aquel obstáculo, ya todo sería más fácil. Cuando volvió a poner los pies en el suelo se dio cuenta que, aunque el hospital no aparentaba estar dañado, sí parecía que los saqueadores hubieran pasado por allí. Cientos de cajas vacías, algunas de medicamentos, otras de comidas e incluso muchas de munición, estaban esparcidas por los alrededores. Desde donde se hallaba, divisó la entrada principal y puso rumbo a ella, allí deberían estar los carteles que Lucas dijo le conducirían hacia el lugar donde se hallaba lo que buscaba, el remedio para conseguir salvar a Laura; pero algo no iba bien, sentía como si le observara. Volvió a sacar el arma de la mochila y la montó. Mejor que estuviera preparada por si aquella sensación se volvía real.

—Como me encuentre al amigo de Lucas me va a dar algo. A él o a cualquier otro. Tranquilo, es imposible. Ese pobre desgraciado está muerto, se suicidó, así que…

Un ruido hizo que se volteara con rapidez. Estaba en el borde de la escalinata que accedía al hall del hospital y una ligera brisa había hecho

caer varias cajas vacías.

— ¡Joder! Me va a dar un ataque.

Cuando volvió a girarse, para seguir subiendo los peldaños, solo tuvo tiempo para ver como un puño iba directo a su cara. Luego, dolor y oscuridad.

4

Despertó con la cara entumecida, sintiendo un terrible dolor de cabeza y con un gusto salobre inundándole la boca del cual pensó, que probablemente, fuera por su sangre. Intentó abrir los ojos, pero carecía de fuerzas hasta para realizar ese leve gesto, aunque sí percibía gruñidos, alguno de los cuales, pasaron a convertirse en gemidos lastimeros y eso no le gustó. No atinaba a entender qué había ocurrido y por un instante recordó la imagen de un puño abalanzándose hacia él para luego haber despertado con aquel dolor y sabor acompañándole. Estaba sentado, pero no podía moverse, sus piernas y brazos estaban afirmados con fuerza a lo que debía ser una silla, su cabeza, relajada, casi reposaba contra el pecho y tras hacer otro esfuerzo consiguió entreabrir los ojos. Confirmó que sus extremidades estaban amarradas con cinta a una silla de despacho y cuando poco a poco fue elevando la cabeza vio aquel lugar en el que se encontraba.

Una larga cristalera apareció ante sus ojos y desde su silla observó a lo lejos algunos edificios que distinguió cuando se acercaba al hospital. Giró poco a poco la cabeza para comprobar que estaba en una amplia habitación iluminada por la luz que entraba de aquella pared acristalada, pero también había algo más, el origen de los gruñidos. A su derecha, paralelo a él y a lo largo, una hilera de cuatro sillas ancladas al suelo mantenía fijas a otras personas y al fijarse bien en ellas comprobó que eran infectados, fuertemente amarrados y amordazados. Sus ojos se mantenían tapados con una tela ocultándoles la visión y entonces, una voz le susurró al oído sobresaltándole.

—Buenos días princesa— escuchó con tono irónico— Pensaba que no iba a despertar nunca.

El dolor que continuaba teniendo le impedía que sus movimientos no fueran todo lo rápido que él quisiera. Lentamente terció la cabeza hacia su izquierda y vio como el torso desnudo de un hombre avanzaba poco a poco hasta pararse frente a él. Descalzo, solo con un pantalón verde militar, vestía su cuerpo con infinidad de tatuajes que cubrían su pecho y ambos brazos. Intentó alzar más la mirada para verle la cara, pero todavía se sentía sin fuerzas, él se dio cuenta y tomando su barbilla alzó su cabeza. Pudo ver en su muñeca, cerca de su pulgar, unas tijeras abiertas tatuadas en negro, y aunque no podía mover su cuerpo al tenerlo

afianzado a la silla, el terror al verle la cara también se lo hubiera impedido. Delante de él se alzaba aquél maldito ser al que tiempo atrás vio cometer la atrocidad hacia las dos muchachas y su padre. El miedo desapareció cuando el recuerdo de lo sucedido hizo renacer nuevamente el odio hacia aquel hombre y su acto. Lamentaba no tener una mano libre y la pistola que Lucas le había dado porque si hubiera tenido esa posibilidad le habría vaciado el cargador en su cabeza. Por desgracia, aquella pistola lucía ahora en su vientre asegurada con la cintura del pantalón.

—Veo que la reconoces— dijo soltándole la cara a la vez que su cabeza volvió a caer nuevamente fruto del agotamiento.

Alejándose de él, fue avanzando hasta las primeras sillas. La brutalidad de sus rasgos faciales y la cabeza afeitada entonaban con los tatuajes que adornaban su cuerpo.

—Es de muy mal gusto traer armas a casas ajenas. Ya se han perdido los modales y es algo que no debería pasar, aunque todo se haya ido a la mierda… en fin. Ahora me gustaría saber una cosa, ¿qué te ha traído hasta aquí? A mi hogar.

Escupiendo la sangre que aún le quedaba en la boca, respondió.

—Una lancha.

Su descamisado anfitrión sonrió.

—Vaya — dijo mientras se acercaba al primer de los infectados—, tenemos un cómico con nosotros. El problema— continuó diciendo mientras sacaba del bolsillo una navaja de barbero para abrirla con la misma mano— es que no me gustan los chistosos.

Tras acabar de hablar, apoyó la hoja sobre el cuello del infectado y lentamente empezó a cortarlo. La sangre brotó lentamente mientras André escuchaba los agónicos gemidos ahogados en ella impidiéndole respirar. Cuando terminó de rebanar su cuello, limpió la hoja con la andrajosa camisa que vestía el ya muerto y se acercó al segundo de los infectados. Colocándola sobre su cuello miró a André y comprobó que él hacía lo mismo observándolo detenidamente.

— ¿Por qué piensas que matándolo te contaré qué hago aquí?

— ¿Y qué te hace pensar que si no me dices la verdad no haré lo mismo contigo cuando acabe con ellos? Este amiguito de aquí es tu segunda oportunidad, entonces, ¿qué tal si te sinceras? ¿Dime qué haces aquí?

—Buscaba un sitio seguro.

La navaja nuevamente hizo su recorrido macabro y la sangre volvió a surgir provocando gemidos de dolor que una vez más se ahogaron en su garganta.

—Respuesta equivocada, y ya van dos.

André no pudo evitar desviar la mirada. Aunque estuviera rebanando los cuellos de aquellas infectadas bestias le parecía una depravación la manera como estaba haciéndolo, se comportaba como un animal, igual que ellos.

—Bastardo— murmuró mientras escuchaba como sus pasos avanzaban una vez más.

—Primero entras en mi casa sin permiso, con un arma, y ahora me faltas al respeto insultándome; debería saltarme a estos dos y pasar directamente a ti. ¿Qué haces aquí? — terminó gritando enfurecido.

André sabía que hablaba en serio y pensó que lo mejor sería darle lo que pedía, aunque solo fuera a medias.

—Vine buscando medicamentos—contestó mientras giraba nuevamente la cara para verle — Por eso estoy aquí.

Una sonrisa se dibujó en su cara mientras seguía su camino a paso lento hasta el siguiente infectado. Se colocó a su lado y con una cuerda, que colgaba de la parte trasera de la silla, afianzó la cabeza de este al respaldo, tanto, que apenas podía moverla. Luego, colocó la hoja de la navaja en su mejilla y con delicadeza comenzó a afeitarle la abundante barba que tenía. La brutalidad que lució momentos atrás al degollar a aquellas dos personas, discernía mucho del trato delicado y suave que ahora mostraba.

— ¿Sabes? —dijo— Desde pequeño siempre quise ser barbero. Recuerdo ir con mi padre a la barbería que había en el pueblo, se afeitaba un día sí y otro no. Me parecía maravilloso la sensibilidad que tenía aquel hombre cuando afeitaba su cara, nunca le cortó, ni un pequeño rasguño, y cuando terminaba, su tez estaba tan lisa y suave como la de una escultura, o quizás más. Pero siempre me rondaba una duda que en unas ocasiones me provocaba terror y en otras, una extraña sensación de poder. ¿Y si alguna vez aquella persona enloquecía y le cortaba el cuello? Se lo pregunté a mi padre. ¿Sabes qué me respondió? —preguntó alzando la vista para después seguir afeitándole— "Hijo, el miedo a lo que pudiera pasar no es motivo suficiente para dejar de disfrutar de un buen afeitado. A lo largo de tu vida, muchos hombres te pondrán una navaja al cuello y

solo por eso no vas a dejar de disfrutar de ella”

Cuando terminó de hablar, justo había finalizado de afeitarle ese lado, y antes de continuar, volvió a mirarle.

—Las medicaciones, ¿para quién son? ¿Para el hombre que quedó en la barcaza o para la mujer?

Aquello no le gustó nada. Si sabía de ellos significaba que les habían espiado y tembló al recordar nuevamente lo ocurrido con aquellas niñas y su padre y que algo así le pudiera estar ocurriendo en ese momento a Laura.

—No sé a quién te refieres.

La respuesta no le gustó y lo notó por el corte que lentamente comenzó a hacerle en la zona del bigote que había comenzado a afeitar.

—No me gustan los mentirosos ni las mentiras. Hacen que me ponga nervioso y después ocurren cosas como estas. Pero bueno, afortunadamente no me lo va a reclamar, ¿verdad? Creo que lo mejor sería llevarnos bien y que no me mintieras, aquí no tienes nada que temer.

Pero André lo dudaba.

—Acabas de rebanar el cuello a dos infelices, quizás vayas a por el tercero, me tienes atado a esta silla después de haberme golpeado y dices que no tengo nada que temer. Irónico.

— ¿Infelices? ¿Dices que estos seres son unos infelices? Son bestias, y puede que quizás, en su vida pasada antes de ser infectados, sus actos fueran igual de deplorables que los que cometieron una vez enfermos. No me digas que no has tenido nunca que matar a ninguno…

André no le respondió.

—Lo suponía— continuó diciendo para después seguir afeitando aquel bigote ahora ensangrentado— Es condición humana quejarse de las acciones de los demás sin mirar las propias; y te entiendo, yo era igual hasta que cambié. Siempre culpando a otros de mis errores, de mis acciones, de mis males, hasta que aparecieron ellos. Estos bastardos me hicieron darme cuenta de lo fútil de los problemas. Ellos consiguieron que por fin viera lo realmente importante en mi vida y ellos… ellos fueron también quienes me lo quitaron.

—Bueno, todos hemos perdido algo o a alguien, pero…

— ¿Crees que me puede importar lo que hayan perdido los demás? O incluso —siguió diciendo mientas agarraba con fuerza el sucio y largo pelo de la cabeza de su ahora improvisado cliente—, ¿crees que me puede importar en algo las pérdidas que pudo tener este? Si terminó así fue por su debilidad, y su debilidad es la que hace que nosotros debamos ser más fuertes que ellos.

Tras terminar de hablar el silencio se hizo en la sala y solo aquel gélido ambiente era roto por los gruñidos de los dos seres que aún se mantenían con vida.

—Los medicamentos son para mi mujer.

— ¿La embarazada? — preguntó mientras reiniciaba el afeitado.

—Sí— afirmó a su pesar pues con aquel dato estaba ya más que confirmado que sabían más de ellos de lo que hubiera deseado.

—No debe ser nada bueno lo que tiene si te la has jugado viniendo hasta aquí. Eso y que la debes de amar mucho, debe ser muy especial.

Tenía razón. Iría hasta el fin del mundo si fuera necesario para conseguir salvarla. Vinieron hasta París desde Caen solo para que tuviera alguna posibilidad, ella y el bebé, y sabía que estando allí, atrapado, atado a aquella silla, poco a poco su estado empeoraría.

—Sí, lo es. Pero el virus se ha apoderado de ella.

Una vez más paró en seco la navaja y se irguió.

— ¿Estás diciéndome que has arriesgado tu vida por una muerta? Vaya, por un momento pensé que eras un tipo inteligente, pero…

André cercenó de un tajo sus palabras.

—Ella no está muerta.

—Bueno, todo es cuestión de tiempo, de hecho, es lo que tiene que estar sintiendo ahora. Justo antes de perder su conciencia, estos malnacidos piensan que están muertos, sus miserables cerebros le ganan la partida, y cuando lo hacen, el virus se hace definitivamente con ellos.

—Por eso vine hasta aquí. En busca de un aparato que la mantenga con vida y dormida.

Aquella aseveración de André despertó su interés y avanzó hacia él.

—Vaya, interesante. Creo que hemos empezado con mal pie, e incluso quiero disculparme, no por el golpe, ya que eras un intruso que se había colado en mi casa, sino porque siendo el anfitrión no me he presentado. Mi nombre es Xavier, y disculpa que no te de la mano en condiciones, prefiero por ahora que mantengas las tuyas amarradas, por lo menos hasta que nos conozcamos mejor.

Ya frente a él, André le miraba sin responderle, simplemente alzó la cabeza y clavó los ojos en los suyos.

—Sigo pensando que te faltan modales— le dijo— Lo normal en estos casos es presentarse también, ¿no crees?

André soltó un abrupto suspiro irónico y le dijo como se llamaba.

—Encantado André. ¿Y tu mujer?

André le sonrió.

—Como has dicho antes, a medida que nos conozcamos mejor, lo sabrás— respondió.

Xavier rio estruendosamente.

— ¡Me gustas André!, Sí, me gustas. Ahora, qué tal si continúo afeitando a mi amigo mientras tú me vas contando cosas sobre ti. En estos momentos me parece que no tienes nada mejor que hacer, ¿verdad?

— ¿Cuánto tiempo llevaba inconsciente? —preguntó.

—Puede que unas tres o cuatro horas. No llevo reloj nunca y ahora el tiempo tampoco es que importe mucho, ¿verdad?

Retomando nuevamente el afeitado continuó haciendo preguntas con el propósito de conocer más sobre aquel loco que había entrado en su casa en el vano intento de salvar a su mujer. —Salvar a una muerta—pensaba. Si él no pudo conseguirlo como podría aquel estúpido lograrlo.

— ¿Desde dónde vienes André? Y no hablo de la barcaza. Dudo que seas de París.

—Salimos de Caen. Una grabación de radio decía que París era zona segura. La ciudad había caído y no tuvimos otra opción. Era eso o ir hacia la costa, pero muchos que lo intentaron no consiguieron ningún barco al

que poder subirse y murieron.

—Sí—en ese instante, el tono de Xavier comenzó a sonar melancólico— Yo intenté en su momento subir a uno de esos barcos que intentaban evacuar a las personas. Vi como muchos se hundían, algunos por sobrepeso y otros al ser atacados por aquellos a los que no dejaron abordarlos. También vi como otros habían dejado entrar pasajeros sin confirmar que estaban sanos; en estos momentos flotan a la deriva muchos de esos barcos llenos de infectados, malditos estúpidos…—Tras una pequeña pausa, continuó hablando ya con un tono normal, como si los recuerdos de las anteriores palabras ya hubieran desaparecido— Así que decidí venir a la capital, al fin y al cabo, era lógico que el gobierno de la nación hubiera perdurado aquí. Hasta la Batalla de París, donde todo se fue a la mierda.

— ¿Y la emisión por radio? ¿Por qué no la pararon?

—La antena que usaron para emitirla era la situada en la torre Eiffel, pero cuando los infectados la ocuparon, la única posibilidad que había para parar la emisión era tirar la torre abajo. Pusieron cargas en la base, aunque cada intento fue una masacre, y cuando finalmente lo lograron y consiguieron hacerlo, vieron que no valió para nada. El mensaje seguía emitiéndose.

— ¿Cómo es posible?

—Probablemente porque haya otra antena activa con una emisora y la grabación puesta en bucle, ni idea. Aunque a estas alturas, ya qué importa.

—Podía haberme ahorrado el camino hasta este infierno.

Xavier sonrió.

—Todos los caminos conducen al infierno, amigo.

Tras decirlo, dio una palmada en la ya afeitada cara del infectado.

— ¡Voilà !, Suave como el culito de un bebé. Da gusto tener clientes así. Tranquilos, que no se mueven ni se quejan. ¿Está contento el señor?

Tras la pregunta, el infectado gruñó.

— ¿Eso es un sí? —preguntó para girarse después a André— ¿Crees que es un sí? Yo creo que sí. Cliente contento, barbero feliz.

Con un rápido y fuerte movimiento del brazo que portaba la navaja, cortó el cuello de aquel infeliz y la sangre salió a borbotones provocando que

también se asfixiara con ella.

André no pudo evitar apartar la mirada.

— ¡Dios! —murmuró.

—Dios no existe amigo mío. Y si existe se ha olvidado de nosotros. Ya te dije que no debes sentir lástima por estas bestias. Lo arrasan todo, se llevan lo que más quieres sin pedir permiso, se han llevado a tu mujer.

André giró nuevamente la cara hacia él y se fijó en su pecho.

—A ellas, ¿también se las llevaron?

Xavier lo miró extrañado por sus palabras.

— ¿A quiénes?

Con un gesto de cabeza, y mirando su pecho, le indicó a que se refería. Dos nombres de mujer se mostraban tatuados a lo largo de su pecho, uno sobre el otro, con diferentes letras y separados por escasos centímetros. Xavier bajó la mirada y sonrió. Tras hacerlo, sin perder aquella tenebrosa sonrisa, se dirigió hacia el último de los infectados.

—Emma y Michelle, ¿Quiénes eran? Tu madre, tu mujer, tu…

—Mis hijas— respondió mientras afianzaba la cabeza de su nuevo cliente.

Le parecía increíble que aquel monstruo sanguinario pudiera haber tenido en algún momento de su vida dos hijas. Había matado a las de aquel padre sin ningún tipo de compasión, había dejado que las violaran y luego las entregó a las insaciables fauces de los infectados. En su momento pensó qué le podía estar pasando por la cabeza a ese ser humano o que le podía haber ocurrido para cometer un acto así, y ahora, con él delante suya, esas preguntas continuaban latentes en su mente.

— ¿Dónde fue? ¿Cuándo intentaste embarcar o durante la huida?

Xavier, tras comprobar que había apretado con fuerza la cabeza a la silla, volvió a extender la navaja y una vez más la pegó a la fría mejilla comenzando a afeitarlo.

—Ya habíamos huido. Saqué a mi mujer y a las niñas de los muelles y nos adentramos tierra adentro. A los pocos kilómetros, encontramos un pequeño pueblo, ni siquiera recuerdo el nombre. Estaba intacto, parecía que el caos nunca había paseado por sus calles, pero no había nadie, estaba deshabitado. Nos metimos en una pequeña casa, solo tuve que forzar apenas la puerta para entrar y nos refugiamos allí. Era confortable.

Los propietarios habían almacenado bastante comida y bebida, pero por lo visto pensaron que era mejor huir que quedarse allí y se marcharon. Durante unos días estuvimos tranquilos en aquel refugio. Nos entreteníamos jugando a juegos de mesa y leyendo los libros que había, hasta que el frío comenzó a arreciar y la madera que nos calentaba se agotó. No tuve más remedio que salir a buscar más…

En ese instante, a la vez que dejo de pasar la navaja, también dejo de hablar. Su mirada se mantenía perdida, como buscando el lugar o el momento exacto en el que estaba viviendo lo que ahora contaba, y André quiso saber más.

— ¿Y?

Manteniéndose como estaba, siguió contándole lo sucedido.

—Cuando llegué, habían derribado la puerta. La casa estaba arrasada pero no había nadie. Ni ella ni las niñas estaban así que salí en su búsqueda. Calle abajo encontré a mi mujer. Su cuerpo, desgarrado y devorado era casi irreconocible. Me volví loco al darme cuenta de que las había perdido hasta que pude ver que, sin saber cómo, consiguió escribir con su propia sangre en el suelo la palabra "viven". En su agonía, bajo el ataque de estas malditas bestias, logró hallar las fuerzas para decirme que nuestras hijas todavía estaban vivas y volví a la casa a buscarlas, pero nada. Estuve dando vueltas por todo el pueblo durante dos días. Revisé todas las casas, cobertizos, huecos hasta que cuando casi lo daba todo por perdido escuché a una de ellas llorar. Seguí aquellos lloros hasta que hallé su origen, la misma casa en la que nos habíamos quedado. Subí al segundo piso y descubrí que había una pequeña puerta en el techo, daba acceso a una buhardilla. Cuando la abrí, una escalera se desplegó y al subir, las hallé. La mayor lloraba mientras mantenía en sus brazos a la más pequeña, respiraba, no se movía. Cuando me acerqué vi que estaba infectada y a punto de despertar, así que cogí a la mayor, la dejé en una habitación y volví a subir para ahorrarle sufrimientos y dolor a mi hija.

—La mataste.

—Le ahorré sufrimientos.

—Una manera poética de decirlo.

André no sabía bien por qué le estaba hablando de aquella manera. Quizás estuviera intentando ponerle nervioso y que cometiera algún fallo para poder escapar. Durante la conversación con Xavier había conseguido dejar holgadas las ataduras de sus manos y pensaba que quizás, con un último esfuerzo, podría deshacerse de ellas, atacarlo y escapar. Pero también, algo dentro de él, le estaba diciendo que todo aquello era una

locura.

—No deberías hablarme de esa manera. ¿Qué habrías hecho tú? Espera, ya lo sé. Habrías asaltado un hospital abandonado en busca de unos medicamentos que no valen para nada. Claro, muy lógico.

—No, yo busco esperanza, no la abandono. Y si hay una pequeña opción la cual me permitiera salvar a alguien querido lo haría, lucharía por ella. No le ahorraría sufrimientos.

Aquellas palabras enfurecieron a Xavier. Sus ojos llenos de odio, inyectados en sangre y su cara enrojecida no le pronosticaban nada bueno a André. Temía que aquello se le hubiera ido de las manos, aquellas manos que aún no había conseguido soltar definitivamente. Arrojándose sobre él, apoyó la navaja sobre su cuello mientras notaba el vaho caliente de su respiración en la oreja. André temblaba de pavor.

—Si simplemente te hiciera un corte con esta navaja, un pequeño corte, adiós. Tus sueños de convertirte en un héroe se irían al garete. Sería digno de verte infectado, convirtiéndote en uno de ellos y quién sabe si pidiéndome que, por favor, te ahorrara el sufrimiento. Sería divertido, ¿no lo crees?

André no respondió. Sentía tan apretada la hoja en su cuello que temía que, si tan siquiera respiraba, le cortaría. Alejándola de su garganta, le preguntó.

— ¿Y cómo lo harías? Explícamelo. ¿Cuál es la cura para salvar a tu mujer?

—Todavía no la tengo.

— ¿Entonces? —continuó gritando— ¿Qué demonios haces aquí?

André decidió que lo mejor sería contárselo todo y así obtener más tiempo.

—Te lo contaré cuando me digas que le ocurrió a tu otra hija. La mayor.

Xavier no daba crédito a aquellas palabras.

—Creo que estás loco. Completamente loco. O quizás el loco debo ser yo porque no entiendo por qué todavía te mantengo con vida. Te hago una pregunta y me vienes con que te siga contando mi vida.

—Tómalo como un último deseo. Una petición antes de morir.

— ¿Morir? ¿Quién te ha dicho que vas a morir?

André rio nerviosamente.

—No soy estúpido, para ti esto no es más que un juego macabro. ¿Acaso crees que no sé que cuando dejes de divertirte con ese, terminaras haciéndolo conmigo? Quizás parezca un loco, pero no soy un estúpido.

Xavier sencillamente no le respondió en el momento. Solo se limitó a girarse para luego dirigirse nuevamente a continuar el afeitado que había dejado atrás, y cuando lo reinició, también comenzó una vez más a hablar.

—Salí de aquel maldito pueblo con ella y con la intención de protegerla. Nadie me quitaría lo único que me quedaba, nadie, pero me equivoqué. También la perdí.

—Se infectó también.

—No. Ella estaba sana, lo estuvo hasta el día de su muerte, y por desgracia, ninguna de estas alimañas tuvo que ver con ella.

André sintió curiosidad.

—Cuando peregrinábamos en busca de un lugar seguro nos encontramos con dos hombres, personas sencillas que buscaban lo mismo que nosotros, un refugio. Al comienzo no me fiaba, pensaba que lo mejor sería que viajáramos solos para evitar cualquier problema, pero también sabía que cuantos más fuéramos en nuestro éxodo, más posibilidades tendríamos de protegernos y salvarnos, fui un imbécil. Pensaba que el peligro eran los infectados, pero en este nuevo mundo todo es peligroso, y los de nuestra especie, aquellas personas sanas, son las peores, incluso más que este y sus amigos —dijo refiriéndose al infectado— Esa misma noche, al acampar, recibí un fuerte golpe y cuando desperté ya era de día. Mi cabeza esta ensangrentada y ni ella ni aquellos dos hombres estaban en el campamento. Cuando logré levantarme a duras penas y comencé a buscarlos lo primero que encontré fue el cuerpo inerte de mi pequeña. Aquellos salvajes la…—no pudo continuar hablando y durante varios segundos se mantuvo en silencio— Tras enterrarla los busqué. Tardé en encontrarlos y cuando lo hice, una noche, los ataqué, pero no acabé con sus insignificantes vidas. Los amarré a un árbol y les hice sufrir. Nunca pensé que fuera capaz de algo así, pero lo hice. ¿Sabes la cantidad de daño que puedes infligir a un ser humano sin que muera? Puede llegar a ser infinito. Me suplicaban entre lágrimas que acabara con sus vidas, pero cuando les preguntaba si habían visto las lágrimas de mi niña, no me respondían, solo pedían perdón; pero yo no soy un cura para perdonar, así que cuando me cansé de hacerles sufrir, les di lo que querían, pero a mi manera. Encontré a un infectado, estaba famélico y débil; fue fácil

atraparlo y llevarlo hasta ellos. Una vez allí, solo tuve que soltarlo encima de ellos. Los fue devorando poco a poco, y disfruté viendo como la vida se les iba bocado a bocado hasta que murieron.

Por un momento, André se arrepintió de haber seguido con aquello. Ahora sabía los motivos de su locura, pero todo aquello no justificaba la demencia de sus actos, el que él vio con sus propios ojos o los que habría cometido y que no conocía.

—Bueno—continuó dirigiéndose a él—, ahora te toca a ti. Ya me has dicho que no hay cura, entonces, si no la hay, ¿qué haces aquí?

André le miró.

—Buscaba la medicación necesaria para mantenerla en coma.

— ¿En coma? —preguntó extrañado—No entiendo. ¿Cuál es el motivo para tener a una muerta en coma?

André le interrumpió con voz tajante.

—No está muerta, solo infectada. Antes de que el virus los despierte, los infectados entran en un letargo. Si se les mantiene en coma el virus no los domina y podemos obtener tiempo para conseguir una cura.

Xavier no pudo contener las risas.

—Confirmado, estás como una cabra. No hay cura para esta epidemia. El único remedio es mantenerse alejado de ellos y matarlos hasta que desaparezcan todos.

—Tú no te mantienes muy alejado, que digamos. ¡Joder! Acabas de rebanarle el cuello a tres de ellos. Lo que no comprendo es como todavía no has acabado de la misma manera, infectado, deambulando sin sentido, buscando la manera de destruir más vidas inocentes.

Xavier gesticuló alzando las cejas extrañado por aquellas palabras.

— ¿Inocentes? ¿Estás diciéndome que estas bestias —continuó diciendo mientas agarraba con fuerza la cabeza del único infectado que todavía se mantenía con vida— son inocentes de algo?

—Ellos no actúan con conciencia de lo que hacen, la han perdido. El virus les posee, destruye sus cerebros y los maneja a su gusto y conveniencia, los usa para sobrevivir, pero ¿y tú?

—Sobrevivo haciendo lo que tengo que hacer y lo que todos deberían

haber hecho hace mucho tiempo.

André clavó los ojos en él.

— ¿Matar a inocentes?

—Otra vez con lo mismo. Estos seres no son inocentes de nada, son débiles, se dejaron infectar y por eso estamos ahora como estamos, por eso muchas personas han muerto, familias destruidas, sueños destrozados, futuros inacabados.

— ¿Cómo los de un padre que asesinan junto a sus dos hijas?

—Mis hijas murieron, pero su padre continúa con vida para que su muerte no sea en vano.

—No hablo de ti Xavier. Hablo de un padre asesinado a sangre fría y de dos pobres crías violadas a las que arrojaron infectados encima para que terminaran su labor. Hablo de esa mirada tuya mientras tus secuaces hacían el trabajo que tú no fuiste capaz de hacer. Hablo de un ser peor que estos desgraciados a los que has degollado. Hablo de ti, ¡hijo de puta! Disfrutabas con lo que estaba ocurriendo, ¿verdad? Al igual que has disfrutado ahora matándolos.

Xavier se separó del infectado blandiendo la navaja y le señaló con ella alzando la mano con lentitud.

— ¿Estabas allí?

André no respondió, pero solo mirada era un gesto afirmativo hacia aquella pregunta.

—Me viste, lo recuerdo. Sentí algo, como si me observaran, y fíjate, eras tú. Escondido como una rata no fuiste capaz de hacer nada ¿Desde dónde me espiabas, ratita?

—Vi todo lo que hacías desde la tubería que atravesaba la carretera.

Xavier rio estruendosamente mientras alzaba los brazos girando sobre sí.

—Al igual que una rata cobarde mirabas todo sin hacer nada. Y pensar que estuve a punto de acercarme a esa alcantarilla y que no lo hice al ver que había una reja en su entrada. Pensaba que no podría haber nadie allí, pero las ratas consiguen siempre colarse por cualquier rendija.

—Me llamas rata, irónico. Tú me llamas rata a mí. Eres un puto asesino, mataste a aquella familia sin compasión, les entregaste esas niñas indefensas a tus sanguinarios hombres, las mataste de una manera cruel

y depravada, y no quiero saber qué atrocidades más has cometido, y tienes el valor de llamarme rata. Eres igual que esos dos tipos que mataron y seguro violaron a tu hija, no te diferencias en nada. Dejaste morir a tu mujer, las abandonaste a su suerte, ¡tú fuiste quien las mató! — gritó ¿Me escuchas? ¡Solo tú maldito bastardo!

Gritando enfurecido y blandiendo la navaja, Xavier se abalanzó hacia André. Iba a matarlo. Cortaría su carne lentamente y se la iría dando a las bestias manteniéndolo con vida. Quería verle morir sufriendo, como sufrieron sus hijas. Él no había sido el culpable de sus muertes, no. Él las había amado, protegido, y aquellos engendros acabaron con sus vidas y la suya propia. Lo mataría de tal manera que su sufrimiento fuera infinito, y después haría lo mismo con su mujer y el bebé que decía esperaban. Ya a pocos centímetros de él, André le cogió por sorpresa. Mientras le hacía enfurecer, consiguió aflojar aún más las ligaduras y cuando lo vio próximo, se levantó, y juntando los puños en uno solo, golpeó su cara haciendo que cayera al suelo. Después, viéndose atado por los pies todavía a la silla, sencillamente dejo caer todo el peso de su cuerpo y de esta sobre él, provocando que el golpe le dejara sin aliento. Viéndolo sin fuerzas, golpeó su cabeza repetidas veces hasta que notó que había perdido el sentido y paró. No podía morir, todavía no.

Ayudándose de la navaja que pocos segundos antes casi acaba con su vida, cortó las ataduras de sus pies y levantando el cuerpo inerte de Xavier, lo sentó en la silla que antes ocupaba a la vez que le quitaba el arma que Lucas le había dado y que aún mantenía en su cintura. Agradeció que no la hubiera usado y que se decidiera por atacarle con la navaja, eso le había salvado. Encontró un rollo de la misma cinta que había usado para atarle en una esquina de la habitación, junto a su maleta, y le ató de la misma manera que había hecho con él, pero no escatimó en cinta y hasta que la agotó no dejó de enrollársela. Cuando terminó buscó agua y encontró varias botellas en una habitación adyacente, salió con precaución, empuñando la pistola, temiendo encontrarse alguno de sus esbirros, pero no había nadie. Cuando regresó, cerro nuevamente la puerta con llave y vació el contenido de una de las botellas sobre su cabeza, quería que despertara, necesitaba que lo hiciera lo antes posible. Tenía preguntas que hacerle y el tiempo corría en su contra. Casi cuando la botella se agotaba, Xavier recobró el conocimiento.

5

—La rata sabe pelear— fue lo primero que dijo.

André sonrió halagado.

—Y la rata te ha dejado con vida— respondió— Ahora, quiero que me contestes a un par de preguntas. Si lo haces, no te haré daño. Me iré por

donde he venido sin más.

Xavier escupió al suelo la sangre que tenía en su boca y volvió a dirigirse a él.

— ¿Y yo debería de confiar en ti después de haberte querido matar?

André asintió.

—Ya te he dicho que no soy como tú. Colabora y lo verás. Solo quiero que me digas el lugar donde están guardadas las medicaciones y los aparatos médicos. Cogeré lo que necesito y me iré, no volverás a verme.

Nuevamente Xavier esbozó una sonrisa.

—Claro, te irás dejándome vivo sabiendo que podría ir a por ti en cualquier momento y matarte. Muy lógico de tu parte.

—Sé que no lo harás, no soy tan importante para ti. Únicamente quiero vivir en paz, sobreviviendo cada día y conseguir que mi mujer se recupere. Podría matarte ahora mismo y después dedicarme a buscar lo que necesito; somos las únicas personas que hay en el edificio, y, además, ahora voy armado— dijo dando unas ligeras palmadas a la pistola que ahora ceñía en su cintura— En el fondo sabes que lo que digo es verdad; yo te perdono la vida y tú haces lo mismo con la mía y todos en paz. No creo que sea un mal trato para ambos.

André se quedó mirándole, esperando una respuesta, rezaba para que fuera la que quería oír y Xavier se la dio.

—Planta baja. Pegado a los ascensores hay un pasillo y al final de él encontrarás una puerta, detrás está el almacén. Allí se guardaba todo el material médico, aparatos e incluso comida. Coge lo que necesites, luego vuelve, suéltame y lárgate de aquí antes de que cambie de opinión.

André suspiró aliviado.

Con la mochila ya a la espalda revisó nuevamente las ataduras de Xavier, no quería llevarse ninguna sorpresa cuando regreLaura.

—Has hecho un buen trabajo, ratita. No me soltaré.

André no le respondió, solo le miró a la cara y pudo ver, una vez más, aquella sonrisa malévola surgiendo en su cara. Comprobó las ataduras de sus pies y salió de la habitación dándole la espalda. Bajó las escaleras con calma, ya estaba todo hecho y no era momento de torcerse un tobillo o caer rodando por un tropiezo, además, se encontraba débil después de su encuentro con Xavier y la breve pelea. Sabía que tuvo suerte, mucha

suerte, quizás nunca había tenido tanta y lo agradeció. Xavier era más corpulento y fuerte que él, y si consiguió derribarle solo fue debido a que la furia le cegó y la fortuna estuvo de su lado. Cuando llegó a la planta baja se dirigió a los ascensores y allí estaba el pasillo del que le había hablado. Avanzó por él con tranquilidad. Mientras bajaba por las escaleras había agudizado el oído con el fin de intentar escuchar si había alguien más con él, pero no escuchó nada, y eso le tranquilizó. Tanto, que ni tan siquiera había sacado el arma de su cintura. Cuando llegó al final del pasillo abrió la puerta, y quedó paralizado. Tres hombres con vestimentas militares y que estaban jugando a las cartas se mantenían sentados mirándolo tan sorprendidos como él. ¿Qué hacía allí? Debía estar con Xavier o muerto, pero no ahí, frente a ellos; y en un segundo, se desató el infierno. Los tres saltaron de sus sillas en busca de los fusiles que apoyaban sus cañones contra la mesa, pero una vez más, la fortuna estuvo del lado de André. Fue más rápido que ellos y consiguió sacar su arma antes de que aquellos infelices consiguieran usar las suyas, acribillándolos. Solo cuando el cargador se vació, él paró; observando la escena de lo ocurrido. Los tres hombres yacían en el suelo, sangrando, muertos todos excepto uno que todavía respiraba con dificultad entre estertores de dolor. Se arrodilló a su lado y con ambas manos afianzó el cuello de la camisola zarandeándolo con fuerza.

— ¿Cuántos sois?

Casi sin fuerzas, le respondió.

— ¿Qué has hecho con Xavier?

—Tu jefe no molestará más, ahora respóndeme, ¿cuántos sois?

—Muérete— murmuró.

—Antes lo harás tú, pero de mí puede depender de que sufras mientras lo haces o que mueras en paz.

Tras acabar de decirlo introdujo el cañón caliente en el orificio creado por una de las balas y cuando comenzó a gritar de dolor le tapó la boca.

—Es fácil. Habla y el dolor desaparecerá.

Con un gesto de su cabeza y volviendo a murmurar, obligó a acercar el oído a sus labios.

—He dicho que te mueras—repitió.

La ira se apoderó de André. Nuevamente introdujo el cañón del arma por otro orificio hurgando en la herida. Los gritos fueron una vez más amortiguados por su mano tapándole la boca, podía distinguir sus

súplicas, las peticiones para que dejara de hacerlo, hasta que sucumbió al dolor.

— ¡Lo haré, lo haré! Para y te diré todo lo que quieras saber, pero por lo que más quieras, para.

Al verlo sollozar como un niño, André accedió a su súplica y comenzó a interrogarle sobre lo que quería saber.

— ¿Cuántos quedáis en el edificio?

—Solo nosotros tres.

—Mientes— dijo mientras hacía el ademán de volver a introducirle el arma.

— ¡Por favor, más no! — suplicó— No te miento. Xavier mandó a los demás para que mataran a la mujer del barco y al tipo que estaba contigo, salieron después de que entraras aquí.

Esas palabras le horrorizaron, pero debía saber más si quería salvarlos.

— ¿Y cómo pudisteis dar con nosotros?

—Joder, encendisteis una hoguera gigantesca, el humo se veía a kilómetros. Solo tuvimos que seguirla y os encontramos.

— ¿Y por qué ahora y no cuando nos encontrasteis?

—Porque ahora solo hay una persona que puede hacernos frente, y nosotros tenemos más armas.

André se irguió, se sacó la mochila de su espalda y buscó el papel que Lucas le había escrito. Uno a uno fue buscando los medicamentos que en ella había, no dejó ni uno e incluso metió algunos más de otro tipo: vitaminas, pastillas para los dolores de cabeza, musculares. Cuando acabó, encontró en una esquina varios aparatos y dio con el que necesitaba, un respirador automático de color naranja y con la pintura algo descascarillada. Parecía anticuado, no sabía si funcionaría, pero era el único que había en toda la estancia, su única opción, así que lo introdujo junto a los medicamentos y volvió a cargar la mochila a su espalda. Cuando iba a salir del almacén esquivando los cadáveres, el único que todavía seguía agonizando habló a duras penas.

—Eres un estúpido. Xavier hizo que bajaras aquí para ver si lográbamos matarte, y en lugar de irte, te has quedado rebuscando entre las

estanterías cogiendo cosas que no le valdrían a un muerto para nada.

André se arrodilló.

—No estoy muerto, sigo vivo.

—No hablo de ti, sino de la mujer y el hombre que dejaste atrás, a estas horas ya estarán muertos. Si hubieras ido en su búsqueda cuando escapaste quizás habrían tenido una oportunidad o al menos, habrías muerto junto a ellos, pero no. Ahora estarán flotando por el Sena, sirviendo de comida a los peces.

André no le respondió. Aquel malnacido quizás tuviera razón, pero también sabía que era difícil abordar las barcazas que siempre se mantenían en el centro del río, alejados de amenazas. Además, aunque Lucas no tuviera munición mortal en ellas, la que usaba para abatir a los infectados le valdría para defenderse, a él y a Laura. Tenían una oportunidad, pero esa oportunidad no valdría de nada si conseguían salvarse y él volviera sin la medicación que Lucas necesitaba. Mirándole con frialdad tapó con la palma de la mano su boca y nariz. Asfixiándose, abrió los ojos buscando clemencia, buscando vivir, intentando con sus débiles brazos soltarse en el vano intento de inhalar vida, pero la fuerza que André le imponía, lleno de furia, se lo impedía.

—No estoy muerto, ellos no están muertos, pero tú sí lo estarás.

Su piel comenzó a coger un tono morado y los ojos daban la sensación de salirse de sus órbitas mientras su cuerpo parecía reaccionar con ligeras convulsiones en el vano intento de escapar de aquello, hasta que todo acabó. Levantándose lo miró, aquel cuerpo sin vida, que ahora solo albergaba muerte, parecía insignificante a sus pies. No sabía nada de él; si alguna vez fue una buena persona o siempre había sido un maldito animal asesino y se dio cuenta que sí sabía algo, algo de sí mismo, que ahora él también se había vuelto un animal. Intentó auto convencerse que realmente sus actos eran necesarios, que solo lo hacía para conseguir que él y los suyos sobrevivieran, que era una buena persona, que no era como ellos, pero se dio cuenta que no le importaba. No le importaba ya lo que pudieran pensar de él y de sus acciones, ni tan siquiera le importaba lo que pensaba de sí mismo. En aquel mundo en el que le había tocado sobrevivir ya nadie podía pensar en los demás, solo en lo suyo, y eso no era egoísmo, era supervivencia. Simplemente se limitaría a no dañar a quien no le dañara, pero eliminaría a cualquier persona que intentara acabar con lo poco que le quedaba.

Salió del almacén y subió las escaleras, tenía una cuenta pendiente con alguien.

Cuando abrió la puerta allí seguían ambos, el infectado y Xavier. Cuando giró la cabeza al oír la puerta abrirse, su cara cambió mostrando un gesto de decepción.

— ¿Desilusionado?

Xavier no respondió y se limitó a seguir los pasos de André que poco a poco fue colocándose junto al infectado. Ya a su lado, sacó la navaja de afeitar que había guardado en el bolsillo y le hizo un pequeño corte, embadurnando después la hoja en su sangre.

— ¿Qué crees que te hace diferente de él? —preguntó a Xavier.

—Yo no soy un infectado, no soy como ellos.

— ¿Y por qué no eres como ellos?, ¿Solo porque el virus no corre por tu sangre? Eso tiene solución.

Ya a su lado apoyó la hoja ensangrentada en su mejilla e hizo fuerza.

—Si hiciera deslizar la hoja haciéndote un leve corte, uno pequeño, ínfimo, estaría todo solucionado, ¿no crees? ¿Pero sabes qué? Eso sería lo más fácil. Claro no que eres igual que ellos, — esas palabras tranquilizaron a Xavier, pero su satisfacción duró un segundo— eres peor que ellos. Ya te lo dije, tú actúas consciente de lo que haces, no como estos pobres diablos que solo actúan por instintos, ¿o realmente haces lo mismo? ¿También actúas por instintos Xavier? ¿Instintos asesinos que te obligan a ser como eres?

Con un rápido gesto se puso de rodillas y cortó la atadura que mantenía asida una de las del infectado a la silla.

— ¿Qué demonios estás haciendo? — preguntó nerviosos Xavier al ver aquello.

—Tengo una duda y me gustaría resolverla. — Siguió diciendo mientras cortaba la otra ligadura— Si lo soltara, ¿te atacaría? ¿O simplemente te dejaría en paz porque detectaría en ti que eres como él? Un pobre diablo enfermo que se ha visto así sin quererlo, sin pedirlo, sin voluntad para evitarlo.

—No hagas eso.

— ¿Por qué?

—Porque si me matas no habrá nadie que pueda impedir que maten a los

tuyos.

—Y tú eres esa persona, la que podría impedirlo.

—Lo soy y lo sabes.

André sonrió.

— ¿De qué te ríes, estúpido? Si muero nadie podrá parar a mis hombres. Son buenos, muy buenos. Acabarán el trabajo si no se los impido.

—Si no lo han hecho ya.

—No. Lo harán cuando anochezca. No son estúpidos. Nadie podía llegar hasta las barcazas o atacarles en pleno día sin que los vieran llegar, por eso el ataque se hará por la noche. Suéltame, iré contigo, pararé el ataque y no volverás a vernos. Quedaremos en paz.

André se mantuvo en silencio observándole. Sentía su miedo, ahora era él quien lo imponía y esa sensación le hacía sentir bien, seguro. Seguro de poder proteger a los suyos, seguro de intentar cambiar las cosas por el bien de Laura y el bebé, seguro de muchas cosas.

— ¿Quedar en paz? Intentaste matarme aquí, me mandaste al almacén para que los tuyos acabaran conmigo y ahora quieres acompañarme y que quedemos en paz. La paz no se consigue así.

Avanzó hacia él y agarró con fuerza su cuello apretándolo contra la silla.

—La paz se consigue eliminando los demonios que están dentro de uno, dentro de mí, dentro de mi cabeza. Cuando te vi matar a aquella familia entraste en ella y te quedaste dentro. He intentado sacarte, todos los días, pero me causaste tanto terror viendo lo que hicisteis, viendo la maldad que emanabas, viendo la brutalidad de tus actos, que juré te mataría cuando te viera. Temía que hicieras lo mismo conmigo y Laura, pero adivina, no lo vas a conseguir. Acabaré con cada uno de tus perros, se los daré de comer y no podrás evitarlo.

Soltándole el cuello se alejó unos pasos mientras que Xavier comenzaba a reírse mientras recobraba el aliento. Aquella risa se volvió demencial, alocada e iba acompañada de bruscos movimientos en el vano intento de soltarse.

— ¡Puto estúpido! Sin mí solo vas a conseguir que los maten. Disfrutaré con su muerte, ¡joder!, ya lo estoy disfrutando. Ojalá sea lenta, agónica, y lo será, porque así lo quise. Van a hacerles sufrir, tú mujercita sufrirá. Lo que le ocurrió a aquellas putitas y a su padre no será ni una décima parte

de lo que sentirá ella. ¡Suéltame o morirá!, ¿me oyes? ¡Morirá!

André, que había comenzado a caminar hacia el infectado mientras Xavier hablaba ya se había colocado a su lado.

—No Xavier, no morirán, pero tú sí—murmuró.

Cortándole las ataduras de las manos, lo sacó de la silla. Seguía con los ojos tapados y estaba débil, tanto que cayó de rodillas nada más tirar de él.

— ¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo? —gritó sin recibir respuesta de André.

A duras penas, arrastrándolo, apoyó el pecho del infectado en las piernas de Xavier y bajo su aterrorizada mirada le quitó la venda soltándolo.

Los gritos de Xavier volvieron a llenar la estancia.

— ¡No hagas esto! ¡No lo hagas! ¡Soy el único que puede salvarla! ¡Sin mí, morirá!

Pero los gritos solo hicieron que en él despertara sus ganas de comer, sus ganas de vida, de vida ajena, y se lanzó a morder el pecho desnudo de Xavier.

—No eres el único que puede salvarla.

Tras propinarle un segundo bocado, André salió corriendo de la habitación dejando a sus espaldas los suplicantes gritos aterrados de Xavier pidiendo auxilio, pero nadie se lo daría. Iba a morir como seguro habían muerto muchas de sus víctimas, sin compasión, sin misericordia, y entonces, André noto como el diablo había salido de su cabeza y se sintió aliviado, feliz.

Cuando llegó a la puerta de hierro por la que accedió al hospital, la cuerda seguía colgada. No le hubiese importado que no lo estuviera, la hubiera abierto, pero quizás era mejor mantenerlas cerrada. Si tuviera que volver solo tendría que enfrentarse al infectado que ahora se estaba dando un festín con Xavier, pero si las dejara abiertas, podría tener que luchar contra muchos más, y no era una opción que le atrajera.

Cuando llegó a lo alto de la puerta y observó el exterior no vio a nadie, solo los mismos infelices que seguían atrapados en la alambrada, pero por lo demás, todo estaba desierto. Eso era buena señal, no tendría dificultad para llegar hasta la lancha y regresar con Laura y el medicamento. Descendió con cuidado y siguió a la inversa los mismos pasos que hizo cuando llegó, pero esta vez, al contrario de lo que hizo antes, sí dejaría la

bolsa abierta. Quería que el olor atrajera hacia allí a cuantos más mejor, quizás, podría alejarlos de los alrededores de la barcaza y así tendría un problema menos que del que preocuparse en el instante que tuviera que acabar con los esbirros de Xavier, y así lo hizo. Casi vomita al abrir la bolsa y estuvo con arcadas hasta que subió a la lancha, donde, tras refrescarse con el agua del río, arrancó el motor e inició la travesía.

Antes de girar el puño del motor a todo lo que daba, volvió a cargar su pistola y el fusil que había recogido tras volver al almacén una vez más, justo antes de salir del hospital. Llevaba consigo también bastante munición, que, sumada a la potencia de aquella arma, le iba a ser de gran ayuda. Era un AK, desconocía el modelo, pero sí de su eficacia. En Caen las vio usar a un grupo de supervivientes para poder salir de la ciudad, y lo lograron. Mortales, efectivas, y ahora tenía una. No tenía nada claro que iba a hacer al llegar, ni siquiera sabía realmente si lo que le dijo Xavier podría ser cierto. Quizás le hubiera mentido para conseguir salvarse o quizás fueran ciertas sus palabras, no lo sabría a ciencia cierta hasta que llegara a las barcazas, y todavía así, sabiendo que llegaría antes del anochecer, cuando le vieran acercarse lo más probable fuera que dispararan sobre él. Al menos, los disparos alertarían a Lucas y no le cogerían a traición. Cuando afrontó la última curva del río, vio a lo lejos las dos barcazas en el centro de este. Rogaba para que no fuera tarde a la vez que cogía con la mano libre el fusil y sus súplicas fueron escuchadas; sonaron disparos y varios impactaron dieron contra la lancha que comenzó a deshincharse. Mientras ponía rumbo a la orilla distinguió al tirador y disparó. Escondido tras un pequeño muro abría fuego contra él, pero los disparos que realizó André fueron igual de efectivos impactando cerca de su posición y obligando a que se escondiera. Ese breve instante fue suficiente para que alcanzara la orilla, desgraciadamente la misma en la que se encontraba el tirador, pero debía subir hasta la carretera que bordeaba el río y desde allí, acabar con él. Mientras lo hacía, no dejaba de disparar sobre su posición, tiro a tiro, ahorrando munición para no tener que cargar, dándose propia cobertura, y lo logró. Cuando llegó hasta el pequeño muro lo saltó y cerca de él, a apenas unos metros, el tirador se mantenía refugiado esperando que André agotara aquel interminable cargador, esperando la oportunidad para abrir fuego, no la tuvo. André disparó sobre él bajo su mirada de sorpresa.

—Uno menos— dijo mientras rebuscaba entre sus ropas y una pequeña mochila a la búsqueda de munición. Cuando halló su botín, media docena de cargadores llenos hasta arriba, levantó la vista sobre el muro con la confianza de poder localizar a alguno más tras su sonado recibimiento y tuvo suerte. No solo vio como Lucas se asomaba, escopeta en mano tras escuchar los disparos, sino que, además, en el lado opuesto, otro tirador le estaba apuntando. Con rapidez hizo lo mismo. Apoyó el fusil sobre el muro, respiró con calma y disparó, pero el proyectil no acertó en su objetivo y produjo una reacción nada deseada por él, que aquel hombre cambiara de objetivo y que ahora le convirtiera en el suyo. Notó como la

bala pasó a pocos centímetros sobre su cabeza, pero no se amilanó, no podía perderle de vista o la próxima vez que se asomara lo que podría perder sería la vida, y disparó. La bala impactó en el muro donde también su oponente se refugiaba, había sido un tiro demasiado bajo, pero no tanto como el siguiente que recibió, a pocos centímetros de su cara y que hizo que varias lascas de piedra golpearan en su cara, había estado cerca. Respiró, no apresuró su siguiente disparo y comprobó que aquel hombre estaba haciendo lo mismo, no le disparaba, solo le apuntaba, después del último tiro solo tendría que apuntar un poco más a la derecha y estaría muerto, así como sus ilusiones de salvar a Laura. Una vez escuchó que el único disparo que una persona no oye es el que va contra su cabeza, esa vez sí lo escuchó, pero su oponente no. Vio como la sangré salía expulsada en todas direcciones al reventarla, estaba muerto, y por fin respiró.

—Si aquel cabrón no me mintió, ya solo quedan dos, pero ¿dónde? — pensó.

Un grito y unos gruñidos le hicieron girarse con rapidez. Detrás de sí, a una veintena de metros, un hombre armado y tirado en el suelo luchaba por su vida mientras un perro le atacaba con fiereza. André no podía creerlo.

— ¿Luke? Pero qué demonios, ¡es Luke!

Levantándose con rapidez salió corriendo hacia ellos. Luke mordía una de las piernas, tiraba de él arrastrándolo por el asfalto, y justo un segundo antes de que pudiera utilizar su arma para librarse de las fauces del can, André volvió a usar la suya. El impacto seco de las balas en su cuerpo y el ruido de las detonaciones tan cercanas asustó a Luke, que soltó a su presa y se alejó de ellos.

— ¡No, Luke, para, para! ¡Ven amigo, ven!

Frenándose, el perro giró la cabeza y vio como André, de rodillas, le pedía que volviera y lo hizo.

— ¡Eres tú! —rio mientras Luke lamía alegre su cara— No puedo creerlo. Pensaba que te había perdido. Es la segunda vez que me salvas la vida, pero ahora tenemos trabajo. Luego te lo agradeceré como nadie lo ha hecho nunca, cuando Laura te vea se pondrá muy feliz. Dios, que alegría le vas a dar pequeño cabrón. Ahora tenemos que salir de aquí, todavía falta uno Luke, tenemos que buscarlo.

Luke le ladró y André le pidió que no lo hiciera.

—Calla amigo, aunque los disparos nos hayan podido delatar no quiero

que también tus ladridos ayuden a ese cabrón.

Pero Luke no le hizo caso, al contrario, siguió ladrando, alejándose poco a poco de él, como si le estuviera pidiendo algo.

— ¿Qué pasa Luke? ¿Qué quieres?

Luke no cambiaba su actitud, al contrario, cuanto más le hablaba André, más ladraba y correteaba.

— ¿Quieres que te siga amigo? ¿Es eso lo que quieres? Adelante entonces, ¿qué quieres enseñarme?

Al oír aquellas palabras, Luke salió a la carrera seguido por André.

—No tan rápido, me vas a descubrir.

Pero Luke no le hizo caso y a la carrera dobló una esquina.

—Voy a perderte, no tan rápido.

Cuando André también la dobló, frenó en seco y no pudo evitar sonreír. Allí, frente a él, yacía el cuerpo sin vida del cuarto hombre de Xavier. Le faltaba un enorme trozo de su cuello, se había desangrado y Luke, sentado a su lado, había sido el culpable.

—Era esto lo que querías enseñarme, gracias amigo—dijo acariciándolo con fuerza en el lomo— Nunca olvidaré lo que has hecho por mí, ahora vamos a un lugar seguro, te va a encantar.

6

Sentados en el comedor de la barcaza, André disfrutaba de una taza de café mientras Luke devoraba un plato de comida que Lucas le había dado. Tuvieron que llegar remando en una destartalada barca de madera que encontraron y nada más poner un pie a bordo bajaron a la bodega con Laura. Lucas le suministró la medicación y la intubó. Solo cuando le colocaron el respirador y vieron que todo funcionaba correctamente André pudo sentarse y sin saber bien el motivo, se echó a llorar. Luke por un lado lamiendo sus lágrimas y Lucas acariciando su cabeza intentaron hacerle saber que todo iba a ir bien y tras unos minutos subieron a descansar.

—Así que— dijo Lucas— este es el famoso perro del que me hablaste

aquella vez.

André sonrió afirmando con la cabeza mientras daba otro sorbo a la taza a la vez que observaba como Lucas lo acariciaba con cariño.

—Me gustan los perros, siempre me han gustado, aunque nunca tuve uno. En fin, querido amigo, bienvenido a tu nueva casa. Toda ayuda es poca en estos tiempos, ¿no es así?

Siguió acariciándolo y tras unos instantes volvió a dirigirse a André.

—Por lo que ha pasado ahí fuera, no creo que las cosas fueran fáciles en el hospital.

—No lo fueron, no.

— ¿Quiénes eran? ¿Estaba Philippe?

André negó con la cabeza.

—Eran otras personas. Un grupo de salvajes del que ya no tenemos que preocuparnos.

— ¿Estás seguro?

—Sí, y hablando de todo esto. Aunque uses esa munición eléctrica para no dañar a los infectados, a partir de ahora saldremos también con la munición y las armas que he traído, y si encontramos más en algún lugar, también la traeremos.

Lucas respondió afirmando también con un simple gesto de cabeza. Lo suyo era ser un buen samaritano, pero solo por no querer dañar, por ser bueno, por ser un cordero, no iba a evitar que el lobo le devorara, y ahora había demasiados lobos, muchos más que inocentes corderos. Mirando a Luke pensó que por lo menos contaban con un buen perro pastor y no pudo evitar soltar una pequeña carcajada.

Los siguientes días fueron tranquilos, apacibles. No bajaron a tierra y lo más que André se acercó fue cuando regresó a buscar la agujereada lancha y el motor, todo bajo la protección de Lucas y las nuevas armas. Quizás no pudieran repararla, pero el motor estaba intacto y valdría para la barca que ahora usarían, sería mejor que estar braceando con los remos cada vez que necesitaran llegar hasta la orilla. Laura mantenía sus constantes y todo indicaba que inducirle el coma había sido la mejor opción, no habían surgido cambios físicos en ella, pero André, que todos los días pasaba horas junto a ella leyéndole las hojas de una novela que Lucas le había dado, temía solo una cosa, el avanzado embarazo y el

estado del bebé.

—Tranquilo, su corazón late con normalidad. Acércate y podrás escucharlo— le dijo apoyando una especie de pequeña trompetilla en la barriga de Laura.

Cuando André distinguió los latidos del bebé sintió como todo el vello de su piel se erizaba. Nunca había escuchado nada parecido y era maravillosos, pero había un problema. El embarazo llegaba a su fin.

—Laura está a punto de dar a luz, prácticamente está de nueve meses.

— ¿Y?, alégrate, dentro de nada podrás arropar a tu hijo entre tus brazos.

Pero André estaba preocupado.

—Y si algo va mal, si se complica el embarazo o no lo hacemos bien durante el parto…o peor…y si está infectado.

Lucas, en silencio, le miraba. Entendía los miedos que sentía André, pero únicamente le pudo decir que debía tener esperanza en que todo fuera bien.

—Tener esperanza dices ¿De qué vale tener esperanza en un mundo en el que esa palabra no tiene sentido ninguno?

—Eso no es así André. Tú albergaste esperanza dentro de ti cuando partiste en busca de un mejor lugar para ella y el bebé, y mira, ahora estás aquí, conmigo. Si no hubieras mantenido la esperanza, probablemente Laura ya habría muerto. La esperanza es lo que te ha hecho fuerte para llegar hasta aquí, la esperanza es lo que te permitió salir con vida del hospital y acabar con quienes intentaban acabar con tu vida, la esperanza…

André le interrumpió.

—Eso no es esperanza Lucas, sino supervivencia.

—Te equivocas amigo, la esperanza por conseguir algo mejor para ti y los tuyos es lo que te ha permitido sobrevivir. La esperanza es lo último que se pierde, incluso, en nuestro lecho de muerte, tenemos esperanza por seguir viviendo, y por eso has logrado mantenerte con vida hasta ahora. Tienes que tener esperanza, todo irá bien, ya verás.

Las palabras de Lucas, sin saber bien cómo lo conseguía, siempre le reconfortaban. Era bueno tener cerca a una persona que pudiera emanar esos sentimientos, ver el lado positivo de las cosas, que el vaso estuviera

medio lleno, que los infectados siguieran manteniendo dentro de sí la condición humana, pero André no creía que pudiera ser como él. Sí, veía el lado positivo, pero cada día que pasaba todo se tornaba más oscuro, y ahora, con el inminente parto de Laura, solo veía que esa oscuridad lo abarcaba todo poco a poco.

Y los días pasaban tranquila y lentamente.

André seguía su rutina diaria. Al despertarse, revisaba desde el barco ambas orillas con los prismáticos. Tener a Luke con ellos les era de gran utilidad, podían dormir tranquilos porque Luke les protegía por la noche. Solamente se despertaban y controlaban la situación si ladraba, y siempre era debido a algún infectado que paseaba por alguno de los márgenes próximos a ellos. Después de la comprobación tomaba café, y luego, iba con Laura llevándole uno a Lucas. Él había decidido que pasaría las noches junto a ella, atento a los aparatos y a la medicación, y que André vigilara las constantes durante el día y no le pareció mal. Luego, se sentaba a su lado y le leía las páginas de una novela que había encontrado, hasta que un día, las hojas de aquella llegaron a su fin.

—No ha estado mal, ¿verdad cariño? — preguntó deseando obtener una respuesta que sabía no obtendría y la miró con ternura mientras acariciaba su pelo. — ¿Sabes?, recuerdo cuando te sentabas frente al ventanal del salón y te ponías a leer, devorabas todos los libros que te traía. La imagen de ver llover tras los cristales, y a ti leyendo, me evocaba siempre una gran ternura. Se me ponían los pelos de punta cuando sabías que te estaba observando y de refilón me mirabas sonriendo.

Un nudo en su garganta le impidió seguir hablando, y era lo mejor. Si continuaba, probablemente lloraría, y no era eso lo que quería. No deseaba que le escuchara sollozar, ni que notara su tristeza. La tristeza es como una enfermedad, se contagia, y ella ya estaba padeciendo suficientes penurias.

—Bueno, pues a rey muerto, rey puesto. ¿Qué podríamos seguir leyendo?

Observando la sala no atisbó ningún libro en la estantería, solo las cajas de medicamentos, y echando el ojo a la mesa de despacho que había en ella pensó que quizás hubiera algo en alguno de sus cajones.

—Haremos una cosa, vamos a buscar por aquí, y si no encontramos nada, subiré a buscar algo interesante. ¿Qué os parece?

Guiñándole un ojo a Luke se levantó de la silla y fue hacia el escritorio. La mesa metálica poseía dos cajones del mismo material, pero al intentar abrirlos comprobó que estaban cerrados. Vio que una cerradura impedía su apertura, y aquello le extrañó. No había nada bajo llave en la barcaza, incluso el camarote de Lucas siempre se mantenía con la puerta abierta,

por eso aquello le pareció curioso.

—Quizás esté rota la cerradura y por eso no se pueden abrir— murmuro mientras alzaba la cabeza con el fin de buscar algo que le sirviera de palanca.

Revisando la sala no veía nada que le pudiera ser de utilidad, hasta que dio con una pequeña varilla plana de hierro, de unos treinta centímetros de largo, que encontró cerca de la puerta de acceso.

—No sé qué demonios haces aquí, pero me vas a venir de maravilla.

Empuñándola, la introdujo en el pequeño hueco existente entre la mesa y el cajón, y tras ejercer una fuerte presión sobre ella, consiguió que la cerradura diera de si abriéndose con estruendo.

—Ya está. A ver si encontramos algo que nos sirva.

De su interior sacó tres carpetas de color marrón en cuyo interior pudo ver que contenían papeles. Pensó que debían ser los documentos del compañero de Lucas, aquel médico virólogo, que los estudiaba en busca de una cura, y en ese momento se percató que nunca le había hecho muchas preguntas sobre él. La portada de la primera carpeta dibujaba un sello en rojo cuya leyenda decía, "Secreto. Síndrome de Cotard" y una frase en letras negras que lo dejaban claro, "Solo para lectura por personal autorizado"

—Luke, — dijo mirándole mientras sonreía— creo que nos vamos a meter en un lío. Es probable que vengan a detenernos en cualquier momento.

Pero su sonrisa se desvaneció en el acto cuando abrió la carpeta. Sobre las hojas, agarrado con un clip, descansaba una tarjeta identificativa. Pertenecía al Ministerio de Defensa, y reconoció a la persona dueña de aquella tarjeta, su cara estaba en ella. Una foto de medio cuerpo de Lucas vestido con uniforme militar parecía mirarle, pero el nombre escrito era otro.

—Pero qué demonios.

Dejándolas sobre la mesa empezó a revisarlo todo con detenimiento.

— Coronel Médico Jules Ferre, jefe de la División Bacteriológica. Esto tiene que ser una broma.

Pero por desgracia, ese no era el caso. A medida que André leía los documentos que contenían aquellas carpetas, más desorientado se sentía. Aquello no podía ser verdad, pero eran papeles oficiales y solo pudo

levantarse lleno de cólera para salir corriendo, llevándoselas consigo.

—No te muevas de aquí, cuida de Laura— ordenó a Luke antes de salir de la habitación.

Subió las escaleras y sin dejar de correr atravesó la barcaza, la pasarela que las unía y el pasillo de acceso al comedor. Cuando entró precipitadamente en él, lo vio. Lucas, sentado frente a una de las mesas, fijó la mirada sorprendido por su manera de entrar.

— ¿Qué sucede, André? ¿Es Laura? ¿Le pasa algo?

André no respondió, solo avanzó, y cuando estaba próximo arrojó las carpetas sobre la mesa. Lucas no se había percatado de ellas hasta que resbalaron sobre la madera hasta él y cuando se dio cuenta de lo que ocurría solo pudo recostarse sobre la silla.

—Has abierto los cajones.

André estaba furioso.

—Ahí pone que…

Lucas le interrumpió.

—Sé lo que pone.

Aquella respuesta le enfureció todavía más si podía caber, y sin poder evitarlo, golpeó con furia la mesa.

— ¡Que sabes lo que pone! — gritó con ganas de arrojarse sobre él y golpearlo tan fuerte como había hecho con la propia mesa— ¡Esa es tu respuesta! Ahí pone que eres el culpable de todo esto, creaste este maldito virus. Tú y solo tú has matado a millones de personas.

Lucas se levantó y gritando reprochó las palabras de André.

— ¡No! ¿Me oyes?, eso no es así. Yo solo cumplía órdenes, ¿me escuchas? ¿Entiendes lo que te digo?, cumplía órdenes, es lo que hacen los militares… Siempre fui un buen militar y fueron los políticos quienes pidieron tener un arma con la que acabar de una vez con nuestros problemas de terrorismos, con los conflictos bélicos que Francia tenía en muchos lugares del planeta, y obedecimos. Les di lo que me pidieron, un arma para vencer sin matar, un arma para luchar sin que se disparara una sola bala, sin un solo muerto. Y lo conseguimos.

—Creaste ese virus, ese monstruo, ¿quién pensabas que eras, Dios?

—No André, solo un patriota, y me equivoqué.

Ya más calmado, André se sentó en una silla frente a él.

—Me mentiste, no te llamas Lucas, no eres cartero y ahora resulta que eres ese médico que decías había muerto. Me has engañado todo ese tiempo.

Lucas suspiró.

—Sí, mi verdadero nombre es Jules Ferrer, aunque Lucas existió realmente. Era un hombre que rescaté cuando estaba siendo atacado, como hice con vosotros y sí, era cartero. Estuvimos juntos un tiempo, nos hicimos grandes amigos, él conocía la verdad sobre mí, yo se la conté y no le importó, entendió mi situación, no me juzgó, al contrario. Todos los días salíamos juntos para atrapar infectados y traerlos aquí, él fue quien me dio la idea de usar balas eléctricas y munición no letal para apresar cuantos más mejor, estudiar el virus en ellos e intentar encontrar una cura. Tenía la convicción que aquellas personas, que una vez fueron humanos, seguían dentro de aquellos cuerpos y nuestra obligación hacia ellos era traerlos de vuelta, arreglar el error, expiar mi culpa. Era increíble oírle hablar.

— ¿Y qué le ocurrió?

Durante unos segundos, Jules mantuvo el silencio.

—Murió, pero no como te dije. Un día preparamos una emboscada en un callejón, usamos carne para atraer a algún infectado, poca, solo queríamos que cayera uno o como mucho dos, pero aparecieron en manada y nos vimos desbordados. Cayeron sobre nosotros y agotamos la munición que teníamos, cuando conseguimos salir corriendo solo escuché mis pasos, lo habían atrapado y no pude hacer nada para salvarlo. Creo que se sacrificó para que no me cogieran a mí. Siempre me decía que debía cuidarme, que yo era más importante que él, que era la única oportunidad que les quedaba para volver a la normalidad, irónico. Salvado por alguien a quien pude matar sin tan siquiera saberlo ni haberlo conocido. Estuve sin salir un mes, me volví loco, había perdido a la única persona que no me había juzgado, que estaba intentando ayudarme a cambiar todo el mal que sin querer cometí, y decidí matar a Jules. Tomé la identidad de Lucas, sus ideas, y continué mi trabajo en soledad hasta que os encontré.

André cogió otra de las carpetas y la abrió. Una lista interminable con nombres como “Paciente 034” o “Paciente John nadie” fue la primera hoja

que vio y solo se le ocurrió una pregunta.

—Dime la verdad, por una vez. ¿Has conseguido algo hasta ahora?

Jules suspiró nuevamente.

—Nada…Los nombres que ves ahí son pacientes fallecidos, no he conseguido nada. Algún nuevo dato, pero el virus siempre gana.

El silencio volvió a reinar en el comedor hasta que Jules volvió a romperlo.

—Nunca imaginé que esto fuera a ocurrir. Cuando conseguí crear lo que me pidieron me alegré, créeme; como nunca. Pensé que quizás aquel pequeño engendro, que ni tan siquiera era un ser vivo, podría cambiar a mejor la vida de todos los seres vivos de este planeta que con tanta vanidad nos autodefinimos como humanos, pero realmente, nos convirtió en lo que probablemente siempre hemos sido, animales. Desde el primer brote me he estado torturando, luchando contra él, pero una y otra vez ha vencido en todas las batallas en la que nos hemos enfrentado.

André empezaba a sentir empatía por aquel cabrón mentiroso y aunque seguía enfadado, también recordó que le había salvado la vida y que Laura seguía estable gracias a él.

—Perder una batalla no implica que vayamos a perder la guerra.

Jules sonrió.

—Recuerdo— continuó diciendo André— que mi padre, cuando era pequeño cantaba una canción inglesa que decía algo como "Por un clavo se perdió una herradura, por una herradura, se perdió un caballo, por un caballo se perdió una batalla, por una batalla, se perdió el Reino. Y todo por un clavo de una herradura." Quizás lo que debamos hacer es intentar no perder ese clavo para no perder el Reino.

Esta vez, Jules pasó de la sonrisa a reírse.

—Eres un buen hombre André y lamento que…

Los repentinos ladridos de Luke alertaron a ambos que sin mediar más palabras corrieron atropelladamente en su búsqueda. Probablemente, habría detectado a algún infectado cerca, pero esta vez los ladridos sonaban diferentes, no eran amenazadores, sino nerviosos. Cuando salieron a la cubierta de la barcaza lo vieron y cuando Luke se dio cuenta de ello bajó corriendo las escaleras nuevamente.

—Debe ocurrirle algo a Laura.

André, asustado por la actitud de Luke, cruzó la pasarela tras decirlo mientras era seguido de cerca por Jules; les estaba avisando de algo. Quizás hubiera despertado, o pudiera ser que su estado hubiera ido a peor y lo había detectado, fuera lo que fuera, algo ocurría.

Al entrar en el laboratorio observaron que la bata que vestía a Laura lucia en su entrepierna una gran mancha y un líquido transparente goteaba por la camilla. Luke, sentado a su lado, gemía con lastimeros sollozos mirándolos y Jules se dio cuenta de lo que ocurría.

—André, Laura ha roto aguas.

Observando los aparatos vio como sus parámetros, la frecuencia cardiaca, la tensión, su propia temperatura, estaban subiendo.

— ¿Qué ocurre Jules?, ¿por qué están pitando las alarmas?

Jules, que una a una fue desactivándolas, estaba más atento a los aparatos que a la solicitud de André por saber que ocurría.

— ¡Jules! ¡Qué ocurre!

—Nada bueno. Laura va a dar a luz, pero en su estado tendremos que hacerle una cesárea para sacar al bebé.

— ¿Una cesárea? Bueno, eres médico.

—Soy virólogo, no ginecólogo.

André ya sabía eso, pero como médico sabría qué hacer, y se lo dijo.

—Sí, sé lo que tengo que hacer, pero debes saber que quizás…quizás no sobrevivan. ¡Joder André!, esto es nuevo, incluso aunque fuera ginecólogo sería nuevo para mí. Voy a tener que hacerle una cesárea a una mujer infectada con el virus, cuyo hijo también lo tiene, y es más que probable que cuando todo termine, si no voy con cuidado, yo también me infecte. Maldita sea, no me pongas más nervioso.

Quedándose quieto y dejando la mente en blanco, Jules intentó reiniciar su cabeza, debía tener cuidado. Claro que sabía que aquel momento iba a llegar y por supuesto que había vuelto a recordar como se tenía que asistir un parto e incluso realizar una cesárea, pero todo aquello era nuevo. Cuando cortara el vientre de Laura, el mínimo error o una falta de asepsia por su parte podría acabar convirtiéndole en uno de aquellos que antaño protegía en la bodega de la barcaza, y aquella era una visión que no le agradaba en absoluto. Tenía que protegerse todo lo que pudiera, así

que comenzó a darle instrucciones a André para que supiera lo que tenía que hacer.

—Debemos protegernos y cuanto más mejor. Nos pondremos varios guantes y dos batas cada uno. Hay unas caretas médicas en la estantería de las medicinas, también tenemos que usarlas y, sobre todo, tienes que hacer todo lo que yo te diga.

André, solo asintió.

—En la estantería también hay un kit quirúrgico para cesáreas, jamás pensé que tuviera que usarlo alguna vez, ni tan siquiera cuando os traje a la barcaza viendo que Laura estaba embarazada. Tienes que tener presente una cosa, va a haber sangre, mucha, y está infectada. Podríamos contagiarnos si tenemos un contacto muy directo, si nos salpica donde no debe, o si al quitarnos la ropa, tocamos alguna parte manchada. Por eso, cuando saque a tu hijo, lo primero que harás es lavarlo, bien lavado, su piel debe quedar limpia, pero uLauras esa solución que tengo preparada de lejía con agua. Está muy concentrada, casi al diez por ciento. Realmente no es un remedio, pero si con un seis por ciento se podía matar al virus del ébola, quizás podamos eliminar el virus de su piel, no por él, sino por nosotros. Después de haberlo hecho, volverás a bañarlo con agua y lo taparás con una manta para que no se enfríe. Por último, nos desnudaremos con cuidado y tiraremos la ropa por la borda. Espero que haya quedado claro, pero si no es así, dímelo. No podemos cometer ningún fallo André, es muy importante que todo salga a la perfección.

André temblaba nervioso, recordando cada una de las palabras de Jules, memorizando cada paso para no cometer fallos, y finalmente asintió.

—Bien. Una última cosa, llévate a Luke de aquí. Enciérralo en uno de los camarotes, podría mancharse con sangre y no queremos más problemas.

Obedeciendo sus palabras cogió a Luke y lo llevó a su camarote. Se arrodilló delante de él recibiendo un húmedo lengüetazo en la cara y sonrió.

—Quédate aquí amigo, en un momento volveré a por ti.

Tras otro lengüetazo, André lo abrazó y luego, cerrando la puerta, volvió al laboratorio. Cuando entró, Jules ya estaba completamente protegido y vestido con las batas. Con una mano afianzaba un bisturí mientras con la otra palpaba el bajo vientre de Laura. Esperó a que André se protegiera y cuando terminó de hacerlo, respiró profundamente apoyando el bisturí sobre la pálida piel de Laura.

Decidió que iniciaría la cesárea con un corte horizontal, y lo realizó como lo habían enseñado en la facultad, justo por encima del hueso púbico, a la

altura del nacimiento de su vello. La sangre comenzó a brotar, no era mucha, pero pidió a André que fuera limpiándola con gasas para que no le estorbara y le dejara ver, sabía que tendría que seguir cortando para llegar hasta el bebé. Primero la piel, luego grasa y al pasar esta llegó a los músculos y los movió a un lado. Pasada esa barrera, notó el útero, y haciendo una incisión en él y en la bolsa amniótica, comenzó a drenar su líquido hasta vaciarlo por completo. Después, lentamente, metió la mano y la notó, aquella pequeña y blanda cabeza que le produjo un escalofrío por todo su cuerpo. Se ayudó haciendo presión con la otra mano sobre la parte superior de la barriga de Laura para que pudiera salir el resto con facilidad. Cuando todo aquel pequeño, débil y arrugado cuerpito estuvo fuera, cortó el cordón umbilical anudándolo y luego, tras exhalar su primer lloro en este mundo, se la entregó a su padre, era una niña. Rápidamente la envolvió en una sábana, colocándola sobre la mesa del despacho y comenzó a limpiarla.

Aquello le pareció increíble, después de tanta muerte, había traído una vida a este mundo, aunque la verdad le devolvió a la realidad; aquel bebé también moriría por el virus y viendo la delicadeza con la que André lavaba a su bebé, comenzó a embargarle un profundo sentimiento de tristeza. Recapacitaba con todo aquello mientras terminaba de atender a Laura, extrayendo los restos de placenta y suturándola, intentando pensar qué podía hacer para cambiar aquella situación, aquel terrible destino; pero la esperanza que le pedía tener a André, no la tenía para él mismo.

Cuando André terminó de limpiarla y tras arroparla, ambos se desnudaron, lanzaron la ropa al Sena, se restregaron también con la solución que Jules había preparado, y luego se ducharon. Una vez vestidos con ropas limpias, regresaron al laboratorio. Las constantes de Laura se mantenían estables y el bebé dormía plácidamente en una cuna improvisada hecha con una caja de madera.

—Se la ve sana — dijo André con tono cariñoso mientras acariciaba su cabeza. Aquellas palabras se le clavaron en el pecho a Jules rompiéndole el alma.

—André, sabes que…

—Lo sé, — interrumpió suavemente— pero nunca está de más soñar. ¿Qué me queda si no?

Tenía razón y Jules le entendía, así que prefirió dejarlos solos. Aquel momento debía ser familiar y André quería presentarle su hija a Laura. Le pidió que se quedara, pero agradeciéndole la invitación contestó que prefería irse a descansar, mentía. Aquel no era el lugar ni el momento para que él estuviera, no. Ese era el tiempo para que André estuviera con su familia, una familia que perdería al igual que él perdió la suya sin poderlo evitar. Al salir del laboratorio e ir ascendiendo a la cubierta un

nudo en la garganta comenzó a impedirle respirar. Los recuerdos de su vida pasada, que creía ya olvidados, resurgieron y no pudo evitar echarse a llorar hincando las rodillas en la cubierta. En la lejanía creyó ver a su mujer y su hijo, le miraban, sonreían, pero poco a poco, su piel comenzó a difuminarse con la brisa como si de polvo se tratara; disolviéndose como lo hizo su vida. Intentó salvarlos, Dios sabe que hizo todo lo que pudo y más, pero fueron de los primeros en enfermar; muriendo bajo el fuego de sus propios hombres a los que dio la orden de disparar cuando la contención se hizo imposible, les falló.

A pocos metros de él, André colocaba sobre el pecho de Laura a su bebé. Quería que notara su cuerpo, su calor, que ambas sintieran el latido de sus corazones.

—Felicidades Mamá, esta es tu hija. Si cariño, hemos tenido una niña, y es preciosa. Ojalá pudieras verla, pero sé que la verás, vas a recuperarte. Te lo prometo. Ahora debes descansar, me llevaré al bebé para que duerma, pero lo traeré más tarde para que esté con su madre.

Ya en su camarote, Luke miraba con curiosidad a la recién llegada bajo la atenta mirada de André.

—Está aquí en parte gracias a ti, amigo. Nos protegiste durante nuestro camino, me salvaste la vida cuando regresaba con los medicamentos para Laura. Ahora tienes a alguien más a quien proteger, tu nueva hermanita. No sé cómo voy a agradecerte todo lo que has hecho por nosotros, creo que eres el mejor amigo que hemos tenido nunca.

Escuchando a André, Luke ladeó la cabeza alzando las orejas y ese gesto produjo que se riera.

—Mientras más conozco a los hombres, más quiero a mi perro— con aquella frase, Jules entró en el camarote llevando un biberón en su mano.

—No sabía que además de médico eras escritor.

Jules sonrió.

—Me gustaría apropiarme del mérito, pero la frase pertenece a otro hombre y a otro tiempo; un filósofo griego. Aunque sinceramente, la han usado tantas personas a lo largo de los años que es imposible conocer su verdadero origen. Toma— alargando el brazo le entregó el biberón para sentarse después en una silla que había en el camarote—, está templado, no le quemará. Cuando traje todas aquellas latas de leche para bebés, te juro que jamás pensé que fuera a usarla con uno. Las cogí con el único afán de almacenar comida para mí y fíjate ahora.

André cogió al bebé entre sus brazos y con cuidado le empezó a dar el biberón. Lo recibió con ganas, absorbía con fuerza y poco a poco fue vaciándolo.

—Ha llegado a este mundo con apetito.

—Sí— respondió orgulloso André, y tras una pausa, se dirigió a él nuevamente— Mira, quisiera darte las gracias y pedirte perdón.

—No tienes que hacer ninguna de las dos cosas.

—Debo hacerlo. No tuve que haberte dicho alguna de aquellas cosas. Entiéndeme, sigo enfadado contigo, y mucho, pero me pasé. Cumplías con tu deber, hiciste lo que te ordenaron y sería de hipócrita no reconocer que la intención era buena. Si el virus no hubiera mutado probablemente todos viviríamos felices, sin el temor que teníamos antes a los terroristas o a que enviaran a nuestros seres queridos a cualquier lugar del mundo para luchar por unos ideales que ni compartimos, pero lo fácil es no reconocer la parte buena y sí criticar cuando algo ha ido mal. Lo siento, aun así, sigo enfadado contigo. ¿Cartero? Debí darme cuenta desde la primera vez que te vi que un cartero no podía luchar como tú lo haces.

Ambos rieron, y aquella mirada que surgió entre ellos y la bebé fue toda una nueva declaración de intenciones; intenciones por hacer todo lo posible por ella y por Laura. Sería difícil, casi imposible, pero donde hay luz hay esperanza, y aquella pequeña, era esa nueva luz por la que debían guiarse.

— ¿Has pensado un nombre para ella? —preguntó Jules.

—Sí. Laura y yo teníamos pensado uno por si tuviéramos una niña.

— ¿Puedo saberlo?

—Claro, esta pequeñita va a llamarse Chloé.

—Bonito nombre, Chloé. Y le viene de maravilla.

— ¿Sí?

—Su significado hace referencia a los nacimientos de los brotes de la hierba, esos pequeños brotes verdes, delicados, tan delicados como ella.

— ¡Vaya!, eres una caja de sorpresas.

—No te creas, he tenido mucho tiempo para leer a lo largo de mi vida, y

ya no te digo durante estos últimos años.

—Me lo imagino.

Otra pausa en la conversación, y la cara de Jules cambiando el semblante, hizo sentir a André que nada bueno venía en camino.

—Tenemos que estar muy pendiente de ella. Quiero sacarle sangre, hacerle alguna pequeña prueba y comprobar como de avanzado está el virus, afortunadamente no presenta por ahora los síntomas, pero no sé por cuánto tiempo se mantendrá inactivo.

Verla enferma, a sabiendas que era lo más probable, le destrozaba el alma.

—Haz todo lo que creas oportuno, solo quiero que viva.

—Y yo, aunque ya sabes que…

—Podría morir.

—Eso no ocurrirá, pero puede que debamos dormirla como a la madre, y es lo que me preocupa, es tan pequeña. Quizás debas volver a salir ahí fuera, regresar al hospital o registrar toda esta maldita ciudad en busca de un respirador para ella…O rezar para que el virus no despierte en su interior, aunque esto último, muy a mi pesar, no creo que funcione.

Nuevamente el silencio se adueñó del camarote y de los que en él había, un silencio incómodo creado por una realidad próxima, aplastante, pero que era la única verdad existente y a la que tenían por desgracia que aferrarse para poder continuar. Un fuerte olor les hizo una vez más mirarse y sonreírse.

—Vaya, la niña comerá flores, pero…Te toca ejercer de padre.

André soltó una carcajada.

—Bueno, en teoría tú podrías ser su tío, así que no estaría de más que…

— ¡Ah, no amigo! De eso nada. Lo mejor será que vaya a ver como está Laura y me lleve a Luke conmigo. Por como está oliendo eso, este pobre perro tiene que estar pasándolo fatal con su olfato. Además, tío Jules se merece un descanso, demasiadas emociones por hoy.

Y tenía razón. Viéndole salir de la habitación con Luke reconoció que habían sido demasiadas para un solo día, aunque también sabía que con aquella pequeña ahora entre ellos, seguro que irían en aumento. Cogiéndola entre sus brazos la miró, dormía plácidamente, ajena a todo lo

que ocurría dentro y fuera de ella. Distante del caos y el salvaje mundo que le rodeaba y solo sintiendo el agradable y cálido abrazo de alguien que le amaba.

—Que envidia me das, Chloé.

7

André pasó la noche junto a Laura y Chloé. Creyó ver dibujarse una sonrisa en la cara de ella cuando le dijo que finalmente la llamarían así y luego pensó en la imposibilidad de aquella estupidez. Cuando Chloé se intranquilizaba o comenzaba a llorar, la apoyaba sobre el pecho de su madre y rápidamente todo volvía a la normalidad, reconocía a la persona que durante todos esos meses y aquel largo viaje la había protegido. Ya amaneciendo, Jules, seguido de Luke, entró en el laboratorio portando una taza y el olor a café lo inundó todo.

—Buenos días André, ¿Qué tal ha pasado la noche? Te he preparado un buen desayuno, te está esperando, pero nada de café, ni este ni arriba, necesitas dormir.

André le sonrió.

—Ha estado todo tranquilo, a veces pensaba que demasiado. Cuando lloraba simplemente con acercarla a su madre conseguía que sus lloros se calmaran, es increíble la manera en la que un ser tan pequeño puede reconocer a la persona quien le dio la vida.

—La naturaleza es maravillosa, y dormir también. Así que lo mejor es que te vayas a descansar y cuando lo hayas hecho vuelvas con tu hija.

André asintió, pero antes de irse quería saber qué iba a hacer Jules. Ayer le dijo que debía hacerle unas pruebas a la niña para saber tanto su estado como el de la infección y eso le intranquilizaba un poco.

—No te preocupes. Voy a sacarle unas gotas de sangre, será un pequeño pinchazo. Eso me bastará como muestra para estudiarla bajo el microscopio, quizás así, consigamos ver el tiempo que le queda antes de que el virus tome las riendas de su cuerpo y podamos estar preparados. Ahora eso es lo único que me preocupa, el tiempo. Yo la veo saludable, puede que tarden en aparecer los síntomas…sinceramente, no sé la razón que no aparecieran a la vez que lo hicieron con Laura.

André meditó sobre las palabras de Jules.

— ¿Puedo hacerte una pregunta?, me gustaría que fueras sincero.

—Adelante, pregunta.

— ¿Pensaste alguna vez que lo lograría, que llegaría con vida al parto?

Un breve silencio le otorgó una ligera respuesta a su pregunta, aunque al momento resolvió su duda.

—Si lo que quieres saber es si alguna vez pensé que vería a tu hija durmiendo tan apaciblemente, como si no paLaura nada, no. Mi visión por desgracia era que una de las dos no iba a sobrevivir, y temía tener que elegir a quién salvar.

—No te entiendo, ¿por qué ibas a tener que elegir?

Jules se sentó tras beber de la taza y miró a Laura.

—Una vez, ya había pasado un año desde que empezó todo, un hombre trajo a su mujer embarazada al refugio donde yo estaba destinado. Teníamos a varios enfermos, todos en cuarentena, y si no fuera porque estaba embarazada sería una persona más. En aquellos momentos no podía entender las razones para que alguien pudiera traer una nueva vida a este mundo, y cuando los vi llegar, reconozco que me enfadé con ellos No les dije nada, bastante tenían, pero estaba furioso por aquello. La mujer entró débil, sin fuerzas, a punto de sucumbir al virus, y así fue. Cuando cayó desvanecida la sentamos en una silla de contención a la espera que despertara, pero algo despertó antes que ella, su bebé. Ya te dije que esas cosas pasaban. Aquella pequeña criatura la desgarró desde el interior, fue capaz de destrozarla y conseguir salir como si la estuvieran pariendo. No pudimos hacer nada por salvarla, ni a ella ni al bebé. El padre, que estaba allí con nosotros robó la pistola de un soldado y disparó contra ambas para luego pegarse un tiro, fue horrible. Por eso cuando os vi empecé a temerme lo peor y pensé que lo mejor, en caso de que cayera enferma, era inducirle el coma. Quizás así, el bebé se mantendría tan inerte como la madre. De ahí las prisas.

—Y funcionó.

—Sí, gracias a Dios funcionó.

André levantándose puso su mano sobre el hombro de Jules y lo apretó cariñosamente.

—Dios no tuvo nada que ver en esto. Fuiste tú Jules, y solo tú quien obró el milagro.

Jules mirándole no pudo evitar suspirar.

—Vete a desayunar y descansa. Lo necesitas. Y llévate a Luke, se ha pasado la noche en vela vigilando las barcazas. También se merece descansar.

Cuando entraron en el salón, el aroma de la comida que le había preparado abrió su apetito, y aunque Jules le dijo que no tomara café para así poder descansar, el olor que emanaba era dulce y sabroso, así que no pudo evitar llenarse una taza. Estaba tan cansado que aún bebiéndose la cafetera entera dormiría horas de un tirón, y así ocurrió. Tras terminar de comer, marchó a su camarote junto a Luke y acostándose en la mullida cama cayó en un profundo sueño. Deseaba soñar con aquellos tiempos en los que vivía feliz con Laura en aquel apartamento, en los días en que la vida era normal, en la sencillez de salir a la calle a pasear sin tener que huir corriendo, perseguido por aquel mal que se había apoderado de todo para salvar sus vidas, deseaba despertar y darse cuenta de que todo había sido una terrible pesadilla.

Jules, en el laboratorio, valoraba el estado de Chloé. Con cuidado alzó una de las pequeñas y rechonchas piernas e hizo una pequeña punción en el talón. Cuando una gota de sangre brotó, la frotó contra una platina de vidrio que colocó en el microscopio y antes de observarla, curó con mimo aquella pequeña herida que le había producido. Chloé ni se quejó, ni tan siquiera hizo ademán de apartar la pierna al recibir el pequeño pinchazo que le produjo.

—Eres una niña fuerte— le dijo— Sigue así un poco más, tu padre necesita disfrutar de ti un tiempo, aunque sea corto.

Volvió a arroparla, con mimo, acariciando con suavidad su cabeza, pensando en la fragilidad de aquella pequeña criatura mientras recordaba a André contándole el largo éxodo que tuvieron que hacer hasta llegar a la seguridad de su barcaza. Seguridad…, pensaban que allí encontrarían seguridad y desde que llegaron solo habían hallado problemas y miserias. Laura enferma y a punto de morir si la cesárea hubiera fallado por su inexperiencia, André golpeado y casi degollado por un loco y sanguinario barbero sin conciencia y Chloé, aquella pobre recién nacida infectada; si hubieran sabido aquello, dudaba que se les hubiera ocurrido haber decidido ir a París.

Apoyando ambos ojos en el microscopio, comenzó a regular la visión sobre la pletina; aquella gota de sangre le permitiría ver como el virus avanzaba sobre ella, pero no conseguía distinguir bien lo que estaba buscando. Una y otra vez seguía intentando enfocar con precisión hasta lograr su objetivo, pero por mucho que lo intentaba solo aparecía lo que él no estaba buscando, sangre sana. Aquello era imposible, quizás, no había recogido suficiente sangre así que una vez más repitió la maniobra, pero

esta vez, con una jeringuilla extrajo una muestra mayor de sangre. Las esparció sobre varias platinas y nuevamente buscó lo que debería estar allí, pero nada, su sangre estaba limpia.

Era inaudito. Chloé había estado en el interior de Laura, compartía su sangre, los nutrientes que ella le había aportado durante el embarazo. Todas las mujeres encintas habían infectado a sus hijos, pero allí estaba aquel pequeño bebé sin un ápice de infección en su sangre. Sentado sobre la silla del despacho solo podía mirarla, a ella y a Laura y entonces pensó que quizás se habría equivocado. Podría ser que Laura no estuviera infectada, que hubiera confundido los síntomas y la había dormido innecesariamente. Extrajo también sangre de la madre, una buena cantidad, y la estudió en el microscopio, allí estaba. El virus flotando en su sangre, con total impunidad; entonces, si Laura lo tenía, ¿cómo era posible que su hija no?

Solo pudo hacer una cosa, lo único que haría un virólogo, intentar saber qué demonios ocurría. En una pletina limpia vertió una gota de sangre del bebé y, a continuación, derramó sobre ella otra de Laura. Enfocó rápidamente y no dio crédito. La sangre de la pequeña interactuaba contra la de Laura. El sistema inmunológico presente en la sangre de Chloé funcionaba, reconocía las proteínas presentes en la superficie del virus y tomaban medidas contra él, sin saber cómo, había creado anticuerpos; el virus no conseguía disfrazarse, pasar inadvertido y al infectar una célula, este era destruido. Jules no podía creerlo, por primera vez en todo este tiempo, había visto con sus propios ojos una victoria contra aquel monstruo; Chloé había creado anticuerpos y combatía la infección.

Cuando André abrió los ojos lo primero que vio fue a Luke moviendo el rabo mientras le observaba. Sentándose en la cama, su peludo compañero reposó la cabeza en su regazo y no pudo hacer otra cosa más que acariciarle.

—Hacía tiempo que no dormíamos tanto, ¿qué hora será?

Mirando el reloj del camarote se percató que casi había dormido doce horas y por el pequeño ojo de buey comprobó que era noche cerrada en el exterior y casi sobresaltado se levantó, demasiado tiempo sin saber de Laura ni de su hija. No sabía las incontables veces que había recorrido ya el camino desde su camarote hasta el laboratorio, sin duda podría hacerlo con los ojos cerrados, incluso, podría bajar así aquellas empinadas escaleras que le daban acceso. Cuando una vez más las descendió, vio a través de la puerta como Jules pululaba acelerado de un lado a otro. Varios porta probetas repletos de tubos de ensayos descansaban en la mesa del despacho junto al microscopio al igual que otros tantos aparatos que nunca había visto; uno de ellos, hacía girar también varios tubos de ensayo a gran velocidad. En su ajetreo, Jules no se había percatado de su

presencia.

— ¿Todo va bien? —preguntó.

Sobresaltado por la inesperada presencia de André, le sonrió y riendo marchó hacia él para darle un efusivo abrazo.

— ¡Esto es maravilloso André! No entiendo como ha sido posible pero simplemente es maravilloso.

Le apretó tan fuerte que casi le costaba respirar, pero lo que le dijo a continuación si le cortó definitivamente la respiración.

—Tu hija, no tiene el virus.

Esas palabras le dejaron tan desubicado que sólo pudo pedir una explicación con el gesto estupefacto de su cara.

—Sí amigo, Chloé está sana.

— Pero ¿cómo? Tú mismo me dijiste que…

Riendo nuevamente se despegó de su lado y cogió rumbo hacia la mesa.

—Lo sé— le interrumpió—, y no me preguntes como es posible porque eso sí que no lo sé. ¿Un milagro?, ni idea. Pero tu hija está sana, y no solo eso, tiene la solución a todos nuestros males, los nuestros y los de todos esos infelices.

Siguiendo sus pasos, André solo quería una explicación y cuando vio la improvisada cuna fue a ver a su hija.

—Entonces—preguntó cogiéndola entre sus brazos mientras la miraba—, ¿es verdad que está sana?

Jules afirmó con la cabeza y las piernas de André temblaron tanto que perdieron fuerza cayendo de rodillas sumido en un profundo y doloroso llanto. No podía creer aquellas palabras y abrazaba a su hija temeroso que dejaran de ser ciertas en cualquier momento. Arrodillándose a su lado, Jules pasó un brazo sobre sus hombros reconfortándole.

—Ya solo estamos a la mitad del camino, André. Llevo horas intentando sintetizar una vacuna y ya está prácticamente acabada; ven, quiero que veas algo.

Ayudado por Jules, se levantó con Chloé en brazos y le acompaño hasta la mesa del despacho. Papeles con fórmulas escritas, además de los tubos

de ensayo y aparatos eléctricos ocupaban toda su superficie.

— No sé si sabes cómo funciona una vacuna.

—Al inyectar el medicamento, mata al virus— respondió André provocando una sonrisa en Jules.

—Bueno, teóricamente sí. En cierto sentido, lo que hacen las vacunas es eso, matar, por así decirlo, al virus. Tradicionalmente se usaba una versión muerta o muy débil del virus para inyectarla sobre pacientes sanos y así conseguíamos que el cuerpo generara defensas contra ese invasor para que, cuando tuviera que enfrentarse a él, ya estuviera preparado, lo reconociera y lo eliminara. El problema es que en pacientes que ya han sido infectados este método era muy limitado, no tan efectivo. Por eso, gente como nosotros creamos los antivirales, para que las personas que fueran infectadas por algún virus sin haberse vacunado con anterioridad pudieran salvar su vida.

André miró una vez más todas las muestras sobre la mesa y observó que también había varias jeringuillas con líquido en su interior a las que sobre una pequeña etiqueta había escrito la palabra "Esperanza".

— ¿Y has logrado esa vacuna? — preguntó efusivamente.

—En teoría sí, pero en la práctica no lo sé.

Mirándole sin entender aquello le pidió que se explicara.

—A ver. Las células de Chloé conseguían, no me peguntes cómo, que el virus no pudiera fusionarse con ellas y, por tanto, le era imposible liberar lo que llamamos el genoma viral en su interior. Para que te sea más simple, al virus le era imposible invadir la célula y poseerla. Es como si sus células uLauran una proteína similar a las que posee el virus y este no puede adueñarse de los receptores que tienen en las membranas celulares. Luego, al pegarse a ellas, simplemente los devora y más tarde excreta los residuos quedando sanas y el virus muerto. Por ahora, he conseguido que células de Laura recuperen la normalidad. Tarda varias horas, pero al suministrarles el antivirus que he creado, parece que poco a poco despiertan y combaten el virus de la misma manera, se comen todo lo que tenga que ver con él y luego lo eliminan.

—Pero eso es fantástico. Entonces no entiendo cuál es el problema.

—Que, en casos como estos, con una investigación tan precaria y realmente con tan pocos datos, no sé si funcionaría con todas las personas o si el antiviral pudiera eliminar el virus de todo el cuerpo y no solo de unas pocas células sobre una pletina. Además, hay otro problema.

— ¿Cuál?

—Es probable que, aunque eliminemos el virus, el cerebro siguiera dañado tras su ataque y a pesar de estar libres de la infección, las personas a quienes les inoculemos el antiviral sigan enfermos con el síndrome. Seguirían pensando que están muertos.

—Entonces, ¡para qué demonios sirve! —gritó André enfadado sabiendo que aquella solución no serviría para Laura.

—Al menos, esa ansia asesina desaparecería y podríamos tratarlos después del síndrome sin la necesidad de estar preocupados por nuestras vidas. Quizás, ese sea el primer paso para luego avanzar en los daños cerebrales; es una pequeña luz al final del camino y deberíamos seguirla.

Suspiró tras aquellas palabras, Jules tenía razón. Cualquier luz que vieran deberían aprovecharla, mimarla, alimentarla para que pudiera crecer e iluminarlos a todos, pero no sabía bien los pasos.

— ¿Y qué vas a hacer ahora?

—Probar con un espécimen la vacuna.

— ¿Laura? —André temblaba esperando la respuesta.

— Nunca se me ocurriría, ella es la destinataria final de todo esto. Tendremos que salir y atrapar a un infectado, a alguno que esté en buenas condiciones, si eso es posible. Le inocularemos la vacuna y estudiaremos su avance. Si funciona la primera parte, la eliminación del virus, veríamos después como podemos recuperar los daños en el cerebro. Solo entonces, intentaríamos lo mismo con Laura.

André daba las gracias por aquello. En su mente ya corría la posibilidad de experimentar la vacuna con Laura, pero Jules prefería arriesgar su vida atrapando a un infectado que usar a su mujer y la seguridad de tener a un, como llamó, espécimen, ya con ellos.

—En unas horas amanecerá. Cuando lo haga, saldremos con la barca hasta la orilla de la torre, allí siempre hay infectados. Iremos protegidos con el equipo antidisturbios, un escudo, dos escopetas con munición eléctrica y dos tazer. Nada más encontrar un objetivo que sea factible, lo reduciremos y lo traemos para empezar a trabajar con él. Tenemos que bajar una mesa para ponerlo sobre ella.

Tras hacerlo, fueron a equiparse. No era la primera vez que André la vestía, y aquella armadura policial le daba seguridad para enfrentarse a lo

que vendría en breve. Colocándose el casco, salió al comedor y allí le estaba esperando Jules, vestido de la misma guisa y con todas las armas preparadas.

—Tu escopeta y el tazer, cógelas. Yo llevaré el escudo, nos servirá para detener algún ataque sobre nosotros a la vez que nos protegemos detrás de él cuando abramos fuego. Además, está preparado para suministrar también cargas eléctricas. Si alguno salta sobre él lo aturdirá y ahorraremos en munición.

André, en silencio, le mostró su pistola asida al ceñidor. Iba cargada con fuego real y cuando Jules la vio no puso objeciones, al contrario. Sonriendo señaló también el suyo y la pistola que él también portaba.

—No nos enfrentamos solo a ellos, ¿verdad?

André asintió.

Se ayudaron para subir a la barca y arrancando el motor fueron aproximándose a la orilla. No pondrían cebo de carne, el problema de hacerlo es que podrían atraer la atención de más de uno, y eso complicaría las cosas. Luke les observaba desde la cubierta del barco, en silencio, atento a sus movimientos. André, una vez más, le había pedido que protegiera a Chloé y a Laura, y allí estaba, vigilante, observándolo todo, aunque también sabía que, si los viera en apuros, aquel perro no dudaría en lanzarse al agua y nadar hasta la orilla en su auxilio.

—Si detecta a alguno desde el barco—dijo Jules— nos avisará.

—Sí, ese animal es increíble.

—Lo es, y somos afortunados teniéndolo con nosotros.

Cuando la barca llegó al pequeño muelle que había en uno de los accesos al paseo, la amarraron y comenzaron a ascender. Ninguno de los dos estaba nervioso, al contrario, se sentían fuertes, repletos de adrenalina, como un cazador busca de su presa. Jules iniciaba la marcha esgrimiendo el escudo y André le seguía cubriendo en todas direcciones con su escopeta. Se adentraron en la plaza donde antes se erguía poderosa la Torre Eiffel y ahora solo mantenía en pie dos de sus patas mientras el resto de la estructura descansaba a lo largo del Campo de Marte.

—Cuando la derribaron parecía que un terremoto asolaba París, fue terrible verla caer. Muchos no estuvimos de acuerdo con que lo hicieran. Querían usar su hierro para apuntalar las fortificaciones existentes y crear otras, pero sabíamos que, si la torre caía, París iría detrás. Hay veces que si derribas los símbolos de un pueblo consigues acabar con el pueblo en sí, y aquí sucedió lo mismo. Desde que la tiraron abajo todo fue de mal en

peor.

Intentó imaginar aquello. De crío estudió que la torre pesaba más de siete mil toneladas y solo pensar en aquella visión le dejaba anonadado. Muchos de los edificios cercanos a la torre se habían fracturado por la presión y mostraban en sus fachadas grandes grietas recorriéndolas; daba la sensación de que en cualquier momento podrían colapsarse y caer al igual que la torre. Aunque avanzaban por el centro del Campo de Marte, la alta vegetación por la inexistencia de mantenimiento durante todo ese tiempo y los frondosos jardines que les rodeaban, convertían todo aquello en una peligrosa trampa. La brisa, que comenzó a levantarse empeoraba la situación ya que el ruido de las hojas y la hierba les dificultaba la posibilidad de escuchar si se les acercaba algún infectado, y aunque la visión a su alrededor no era del todo mala, carecer de un sentido para detectarlos podría ser un grave problema, y no se equivocaban.

Un fuerte golpe por la espalda acabó con André en el suelo boca abajo y la presión que algo ejercía sobre él le impedía darse la vuelta. Escuchó como Jules le pedía que aguantara y después de varias detonaciones, la presión se fue aliviando hasta que desapareció. Girándose en el suelo sobre sí mismo, vio como Jules seguía disparando contra un infectado, parecía una montaña, alto, fuerte. Los impactos descargaban toda su potencia sobre él, pero solo le hacían retroceder; parecía que era inocuo a los efectos de las descargas y André, cogiendo también su escopeta, vació los cartuchos sobre su cuerpo. Cuando ambos hombres habían agotado la munición de ellas usaron sus tazer y solo entonces tuvieron éxito. Aquella mole cayó redondo al suelo y ambos suspiraron aliviados; lo siguiente hubiera sido usar las pistolas y eso habría acabado con su muerte. Tras inmovilizarle brazos y piernas, y tapar su cabeza con un pequeño saco de tela, colocaron el cuerpo sobre una manta que habían traído para usarla como camilla, y arrastrándola, comenzaron el camino de regreso. Cuando lo arrojaron sobre la barca estuvieron a punto de zozobrar y con mucho cuidado se acercaron a la barcaza. Les costó subir a la cubierta el cuerpo inerte de aquel hombre, era pesado, y una vez más estuvieron a punto de perderlo en las aguas del Sena, pero con esfuerzo lo lograron. Cuando lo tuvieron amarrado a la mesa en el laboratorio, entonces y solo entonces, pudieron descansar. Seguía con la cabeza tapada pero ya había despertado del aturdimiento eléctrico, justo a tiempo.

— ¿Y ahora? —preguntó André.

—Ahora es su turno— respondió señalando a su gran conejillo de indias.

Ya sin su coraza policial, Jules comenzó a extraerle sangre mientras le daba indicaciones a André sobre lo que debía hacer. En varias pletinas de cristal fueron colocando cuidadosamente diferentes cantidades de sangre infectada y a continuación vertían sobre ellas también diferentes cantidades del antiviral que Jules había creado, después tocaba esperar.

Cada diez minutos iban revisando las muestras, observando los cambios que se producían, pero el tiempo pasaba y nada ocurría. Los minutos se convirtieron en una hora, dos, tres y cuando ya rebasaron las doce horas André se comenzó a impacientar.

—Esto no funciona.

—Debemos tener paciencia.

— ¿Paciencia? Ya han pasado más de doce horas y tu remedio no funciona.

—Sé que el antiviral funcionará. Debe estar tardando porque llevaba mucho tiempo infectado y las células se están tomando su tiempo para reaccionar.

— ¿Y cómo puedes estar tan seguro de eso? Es el primero con el que estás experimentando.

Jules le respondió.

—No es el primero André. La primera sangre infectada con la que experimenté fue la de Laura y funcionó; el virus desapareció completamente de las muestras. Ya te lo dije, no quería cometer fallos con ella y también te recalqué una cosa; aunque sanara, es probable que…

—Siguiera pensando que está muerta— interrumpió.

—Sí. Las muestras están estables, no hay cambios, así que voy a disparar ya el último cartucho. Le inyectaremos el antiviral, pero lo haremos en la base del cráneo, intentaremos llegar lo más profundo posible sin dañarle y luego seguiremos esperando. Dentro de unas horas le sacaremos sangre y veremos si ha funcionado en algo.

André comenzaba a dudarlo, aun así, le reconfortaba recordar que había funcionado con la sangre de Laura. Aunque no pudiera usarlo con ella hasta que tuviera un remedio contra el daño cerebral, si fallara el respirador, podrían inyectárselo para que despertara pese a que se creyera muerta y eso dentro de lo malo, era una solución.

Afianzando con fuerza la cabeza del infectado, la elevó ligeramente para que Jules le introdujera la aguja donde había dicho mientras escuchaban los leves gruñidos de su prisionero. Cuando vació completamente su contenido se sentaron de nuevo, mirándolo, sin mediar palabra, solo observando si aquel cuerpo sobre la mesa iba a ser capaz de resistir y darles lo que querían. Las horas pasaron, y sin darse cuenta, ambos se quedaron profundamente dormidos por el cansancio y la agitación de

aquel día.

Y André comenzó a soñar. Soñó con Laura y Chloé caminando por el mismo parque donde en el día de ayer habían atrapado al infeliz que ahora habían convertido en su conejillo de indias. Y en su sueño lo vio otra vez, ahora sentado en uno de los bancos que adornaban sus senderos, llorando, tapándose la cara con ambas manos mientras pedía perdón.

—Perdóname Dios, perdóname— le escuchaba repetir sin descanso entre sollozos, hasta que sus sollozos le despertaron.

—Perdona Dios, por favor, perdóname— volvió a escuchar, pero esta vez ya no estaba soñando.

8

Se llama Carlos, español, madrileño, quedó atrapado en París cuando la epidemia empezó, y lo recuerda todo. Todavía en estado de Shock, Jules y André dudaron en despojarle de las ataduras que le mantenían asido a la mesa, aunque él nunca les pidió que lo hicieran. Solo lloraba y pedía perdón, pero no les pedía perdón a ellos, no, pedía perdón por las atrocidades que había cometido sin querer hacerlas, sumiso a una voluntad que no era la suya como si de un simple espectador se tratara. Cuando poco a poco fue tranquilizándose, lo soltaron, aunque ambos tenían a mano sus pistolas cargadas; nunca se sabía, y, al fin y al cabo, aunque en el último análisis de sangre que le hicieron el virus no daba señales de vida, quién sabe si podría resurgir.

Jules sorprendido por las palabras de Carlos no daba crédito a ellas.

—Espera, ¿me estás diciendo que en todo momento eras consiente de lo que te ocurría?

Muy a su pesar no pudo responder otra cosa.

—Sí, ¿cómo explicarlo? Era lo más parecido a estar sentado y ver lo que ocurría en primera persona. Recuerdo cuando desperté, recuerdo ir en grupo buscando como alimentarme y por Dios, recuerdo…recuerdo matar hasta que la bestia saciaba su hambre.

Nuevamente rompió en un llanto inconsolable mientras André, incrédulo, pensaba en todo aquello. Jules, con su ansia investigativa, no cesaba de hacerle preguntas.

—Carlos, entiendo lo que estás pasando, es duro, pero necesitamos saber más cosas. Te hemos salvado a ti y queremos salvar a todos. ¿Cuándo te infectaste?

Limpiándose las lágrimas respondió.

—Hace más de un año, creo que fue al sacarme de encima a uno de ellos. Cuando intentó matarme, su saliva cayó sobre mi cara y ahí me infecté. Conseguí acabar con su vida, y luego, cuando desperté enfermo, comenzaron los arrepentimientos sobre mis actos.

—Te viste como ellos. Atrapado dentro de ti, en tu propia cárcel.

—Sí. Y pensaba en todos a los que había matado. Ellos me vieron hacerlo, sin poder impedirlo. Seguro que me gritaban que no lo hiciera, que parara, que ellos estaban allí y no querían hacerme daño, pero nunca los oí; al igual que no me oíais cuando me disparasteis al atraparme. Siento haberte atacado, yo…

André le interrumpió con voz sosegada.

—Tranquilo, no eras tú. Ahora lo sabemos.

—Carlos— Jules quería saber más, necesitaba devorar todos los datos posibles y siguió preguntando, aunque aquello pudiera parecerle mal a André. Ya tendrían después tiempo para llorar sus penalidades, pero ahora lo importante era saber todo lo posible— ¿siempre eras consciente de lo que ocurría? ¿Nunca dormías?

—Solo cuando la Bestia lo hacía.

Carlos comenzaba a referirse a su parte infectada como la Bestia, para ambos era lógico. Quería alejarse todo lo posible de la culpa por lo que había hecho y era normal. Si él no era dueño de sus actos, tampoco debía ser dueño del pecado y tanto Jules como André hicieron lo mismo.

—Entonces —continuó Jules—, si la Bestia dormía tu dormías y si ella tenía hambre, tú también.

Carlos alzó la mirada hacia los ojos de Jules.

—Nunca tuve hambre dentro de la Bestia, ni frío, ni calor. Tampoco sentía su dolor, simplemente observaba lo que sus ojos veían, el horror que producía, la muerte que creaba. Deseaba que siempre durmiera, que no detectara ninguna presa, porque cuando lo hacía, el caos lo inundaba todo.

Jules sintió fascinación por sus palabras. Carlos, había vivido todo en primera persona; la enfermedad, su deambular, las muertes y el horror que había desatado. El virus había encerrado su ser en alguna parte del cerebro permitiéndole seguir con vida, como un mero espectador de todo, porque quizás lo necesitara, pero ¿por qué? No era lógico, a no ser que no lo hubiera hecho el virus, sino el propio cerebro del infectado para así proteger su esencia como ser humano ante la infección. Tenía razón al no matarlos. Resonaron en su cabeza las palabras de su viejo compañero, aquel cartero que le decía que solo eran enfermos y que había que cuidarlos; y comenzó a sentir lástima por todos a los que en algún momento les había arrancado la vida. Recordó a los infectados que atrapaba y guardaba para sus estudios en la bodega de la barcaza, ellos al menos estuvieron a salvo una temporada, aunque muchos murieran por ello. Y luego, comenzó a sentir pena, pena por todos los cautivos de la Bestia, por aquellas personas que todavía vivían atrapadas dentro de sí mismas, sin poder hacer nada para evitar que ocurriera lo que veían a través de unos ojos que eran suyos pero que no podían apartar la mirada del espanto que se generaba ante ellos.

André lo rescató de sus pensamientos.

—Jules, ¿crees que podríamos usar el antiviral que queda con Laura? Si ha funcionado con Carlos y llevaba tanto tiempo infectado, con Laura debería reaccionar antes.

Pero Jules dudaba.

—Solo lo hemos probado con él—dijo señalando con un gesto a Carlos—¿Y si hubiera sido solo cuestión de suerte? Todavía no sabemos si el virus puede reaparecer.

—Pero has visto su sangre, está limpia. ¿Qué más necesitas saber?

Jules no pudo evitar mirarle fijamente a la cara.

—Que, si algo falla, si Laura no lo consigue, no me culparás. Ya no podría aguantar una muerte más sobre mis espaldas y menos la suya. Te quedarías solo con una niña a la que cuidar, una niña que no tendría una madre a la que abrazar y viéndoos siempre recordaría que yo fui el culpable por que quizás, no esperé lo suficiente.

Sentado a su lado, André dejó descansar su mano sobre la rodilla de Jules y la apretó con delicadeza queriéndole mostrar con ello su aprobación.

—Jules, prefiero intentarlo antes que no hacer nada y que Chloé pierda a su madre de todas maneras. Amo a Laura, ojalá no la quisiera tanto. Si no fuera así, nos hubiéramos ido hace mucho tiempo de este miserable mundo que nos ha tocado vivir, pero la amo con toda mi fuerza. Eso es lo

que hace que me quede aquí luchando por ella y luchando por Chloé. Nunca te culparía por lo que ocurriera, además, soy yo quien te ruega que lo hagas y por eso te suplico que uses lo que queda para intentar hacer que vuelva con nosotros. Es hora de que Laura conozca a su hija.

Reconfortado por sus palabras solo se levantó y anduvo hasta la mesa donde estaba la última de las inyecciones con el antiviral. Si funcionaba con ella solo tendría que volver a recrearlo y comenzar a usarlo con todos los que pudiera y quizás así, expiaría su culpa al haber creado la que pensaba iba a ser la cura de todos los males de la humanidad y que terminó convirtiéndose en el verdugo de ella.

Ayudado por André, levantaron con delicadeza la cabeza de Laura y Jules introdujo la aguja igual que hizo con Carlos. Cuando terminó de inyectar todo el líquido la dejaron descansar.

—Voy a subir a Carlos al comedor— dijo Jules— Quizás sea reconfortante para él tomar un café o comer algo de su propia mano, te dejo con ella. Debería tardar en hacer efecto, si lo hace; pero ocurra lo que ocurra avísame. No deberías enfrentarte solo a lo que pudiera pasar.

André abrazó a Jules mientras susurrándole al oído le daba las gracias.

—Todo irá bien amigo, ya lo verás. Ahora llévate a Carlos, que se sienta humano una vez más. Todos hemos sufrido mucho, es hora de volver a ser quienes éramos.

Sin mediar más palabras Jules salió del laboratorio seguido por Carlos mientras André, cogiendo a Chloé en brazos y arrimando una silla a la camilla de Laura, se sentó a su lado. Luke, testigo de todo, prefirió quedarse con ellos.

— ¿Quieres estar aquí cuando despierte?

Luke exhaló un pequeño gemido al que André acompañó con una caricia sobre su cabeza.

—Tranquilo Luke, ya verás que contenta se pone Laura cuando te vea. Aunque quizás Chloé te quite algo de protagonismo, amigo.

Tras aquellas palabras no pudo evitar reír acompañando sus carcajadas del alegre y loco movimiento del rabo de Luke.

Ya en el comedor, Jules había preparado café caliente para Carlos y lo acompañó con unos pequeños trozos de pan untados con queso. Prefirió que no viera nada de carne por ahora, quizás, aquello le haría recordar momentos nada agradables. Carlos cogió la taza y aspiró el humeante olor

que desprendía.

—Sabes, es lo primero que huelo desde que caí enfermo—dijo.

— ¿Tampoco podías oler nada?

—No, y lo agradezco. Tengo recuerdos de caminar sobre montañas de cadáveres putrefactos, de abalanzarme sobre los cuerpos de personas y animales con su carne ya corrupta y… ¡Dios!

Dejando la taza sobre la mesa, las lágrimas volvieron a derramarse por sus mejillas.

—Quizás sería mejor que no penLauras en eso, intentar olvidarlo.

Carlos le miraba con sus ojos enrojecidos bañados en lágrimas.

— Pero ¿cómo? ¿Cómo olvidar las atrocidades cometidas? ¿Cómo sacar de mi memoria los actos que realicé? ...a las personas que maté.

—Tú no fuiste el causante Carlos, ya lo dijiste, lo hizo la Bestia. Solo tuviste mala suerte, como todas aquellas personas a las que el virus infectó.

—El virus… ¿Cómo Dios pudo haber creado algo parecido?

—No fue Dios sino el hombre quien creó el virus. Buscaba la posibilidad de que el mundo cambiara, que por fin lograra la paz.

— ¿El hombre? — tras una pequeña pausa siguió hablando, pero su tono empezó a violentarse— Cada vez que el hombre mete sus sucias zarpas en algo lo termina corrompiendo. ¿Qué clase de persona podría crear algo así sabiendo que podría acabar de esta manera?

Jules no pudo evitar confesarse, aunque sentía pavor por hacerlo.

—La clase de persona que te rescató del virus y que arrepentido solo busca el perdón de sus actos, intentando enmendar el error; porque ni en la peor de sus pesadillas pensaba que un sueño podría acabar así. El hombre que creó a la Bestia que te mantuvo atrapado todo este tiempo. Ese hombre es el que estás viendo delante de ti, derrotado. Mi nombre es coronel Jules Ferrer y yo creé el virus.

Paralizado por aquellas palabras, Carlos solo pudo quedarse absorto escuchando como Jules se lo contaba todo. El creador de su infierno se estaba sincerando ante él.

Las horas pasaban y Laura mantenía sus constantes estables. Antes de haberle suministrado el antiviral, Jules le había retirado el respirador y la medicación que la mantenía en coma, y quizás por eso, tardaba en despertar. Chloé estaba tranquila, dormida en brazos de su padre y Luke, como siempre, atento y vigilante a los pies de André. Viendo la estampa, le reconfortaba tener aquella familia. Si todo volviera a la normalidad buscaría una casita en un lugar tranquilo donde vivir los cuatro, en un pueblo de la costa, cerca de la playa y el mar. Probablemente no tendría ni que construirla, por desgracia habría muchas vacías, sin propietarios, pero ellos le darían nuevamente vida y alegría. Sí, sería fantástico tener una casita en Normandía. Con el buen tiempo pasearían por sus extensas playas y cuando el tiempo no fuera tan agradable se quedarían en casa, disfrutando cada uno de la compañía del otro, sin necesidad de nada más, simplemente disfrutando de su nueva y tranquila vida. Verían crecer a Chloé y quizás a algún futuro hermanito. La llevarían al colegio, la verían jugar y le contarían como llegó a este mundo, como ayudó a cambiarlo y como siempre debería hacer lo posible para convertirlo en un lugar mejor. Todo aquello parecía una utopía imposible, pero habían conseguido sobrevivir hasta ahora, después de eso, lo demás era fácil de lograr.

Luke se sentó, los sutiles lloros que produjo le robaron sus sueños llamando su atención.

— ¿Qué ocurre amigo?

El lento movimiento de la mano de Laura, próximo a él, le dio la respuesta y durante un instante no supo cómo reaccionar. Dejó a Chloé en la cuna y volvió para cogerla entre las suyas.

— ¡Laura!, ¿estás ahí? Cariño, ¿me escuchas? Soy yo, André.

No obtuvo respuesta.

—Quizás haya sido un espasmo involuntario—dijo— Puede que la medicación esté haciendo efecto y le produjera ese movimiento.

Un nuevo temblor en la mano que agarraba, un cambio en los datos que mostraban los aparatos con los que estaba monitorizada y notar como comenzaba a apretar la suya poco a poco le sacó de su error.

— ¡Laura! ¿Eres tú? Tranquila, no te preocupes. Todo está bien. Oyes mi voz, ¿verdad? Tienes que hacerme caso. Despertarás poco a poco, tómatelo con calma, todo irá bien.

Una mezcla de nervios, alegría y euforia comenzó a nacer en su interior, Laura estaba respondiendo al tratamiento. Cuando le pedía que apretara su mano ella lo hacía, y eso, en aquel momento, era el mejor regalo que nunca hubiera podido desear. Significaba que ella estaba allí, no el virus,

o la Bestia como la llamaba Carlos, sino Laura, su mujer, y aunque todavía no hablara, sabía que pronto lo haría. Cuando pensó en la Bestia, también pensó en Carlos y Jules y por un momento no supo si ir en su búsqueda para contarle que Laura empezaba a reaccionar al medicamento, pero le frenó pensar que pudiera despertarse sola. No, esperaría a su lado hasta el momento que recuperara la conciencia y solo entonces saldría a buscarlo, eso si él no aparecía antes. Le extrañaba que no hubiera bajado después de tanto tiempo. Mientras esperaba, André seguía haciéndole requerimientos a Laura, pidiéndole no solo que le apretara la mano, sino además que intentara hacer lo mismo con los párpados para ver si le entendía, mover algún dedo, intentar murmurar algo. Poco a poco respondía a sus peticiones hasta que de pronto inspiró con fuerza y habló.

— ¿Qué me ha pasado? ¿Dónde estoy? ¿André?

Intentando no llorar, André se levantó dejándose ver por ella. Después de tanto tiempo, mirar sus ojos y comprobar que le reconocía era un regalo. Acarició sus suaves y cálidas mejillas para después besarlas con ternura al igual que haría con sus labios.

— ¿Qué me ha pasado? — preguntó con un hilo de voz.

Acariciando el suave pelo de su cabeza le contó lo sucedido.

—Enfermaste, ya hace un tiempo, y Jules tuvo que hacerte dormir para evitar que el virus se hiciera contigo.

— ¿Jules? ¿Quién es Jules?

André sonrió. Aquella pregunta era lógica, Laura no llegó a conocerlo, solo conocía a Lucas, y descubrió la verdad una vez ya estuvo dormida.

—Es una larga historia, amor. Lucas realmente se llama Jules. Ya habrá tiempo para contarte todo, lo importante ahora es que estás sana.

—Entonces enfermé, ¿y el bebé?

Apoyando las manos sobre su vientre notó que ya no estaba allí, no esperaba aquello, y se sobresaltó.

— ¡André, el bebé!, ¿Dónde está mi bebé? —intentando erguirse no paraba de preguntarle por su paradero— Mi bebé, ¿dónde está?

André evitó que lo hiciera, y volvió a recostarla. La mejor manera de darle su respuesta y tranquilizarla no era otra sino mostrarle que todo iba bien,

enseñarle a su hija, así que fue hasta la cuna y la cogió en brazos.

—Mira Laura, es tu hija. Está sana.

Apoyándola suavemente en su pecho, Laura la abrazó y rompió a llorar.

—Se llama Chloé.

Laura sonrió entre sollozos.

—Te acordaste.

—Sí. Y otra cosa, mira quien ha regresado.

Luke se levantó apoyando las dos patas delanteras sobre la camilla dejando ver su cara y Laura no podía creerlo.

— ¿De verdad?, no puedo creer que sea…

— ¿Luke?, Sí. Ya te lo dije, tengo una larga historia que contarte.

Viendo como las dos personas que más amaba por fin volvían a estar juntas se sintió reconfortado y pensó que lo mejor sería buscarlos a ambos un sitio más cómodo que un laboratorio en el fondo de una barcaza, lo mejor sería volver a su camarote. Allí, Jules podría comprobar el estado de Laura y confirmar que todo iba bien, así que, ayudándola a levantarse, fueron caminando lentamente hasta allí. Laura estaba débil, le dolía el vientre y al expresar el dolor le contó lo de la cesárea. A pesar de todo y aunque en muchas ocasiones sus piernas flaquearon, la ayuda de André y las ganas de estar en un sitio recogido para disfrutar de su hija, le dieron la fuerza suficiente para continuar. Cuando llegaron a la cubierta, tras subir las empinadas escaleras que bajó y subió tantas veces para verla, gritó varias veces el nombre de Jules, pero no contestó a ninguna de sus llamadas. Le extrañó, supuso que él y Carlos dormían, así que continuó solo con Laura hasta el camarote y la dejó acostada junto a Chloé.

—Ahora vuelvo, voy a buscar a Jules, contarle que has despertado y pedirle que venga a verte. ¿Sabes?, es médico.

Laura le miró extrañado.

— ¿Médico?, ¿pero no era cartero?

—Como te dije—sonrió—, es una larga historia que te contaremos después. Voy a su camarote a buscarlo y volveré con él. Luke se quedará

aquí contigo.

Tras darle un beso a ambas y acariciar a Luke, salió del camarote y fue directo al de Jules. Una vez delante de la puerta toco varias veces y le llamó, pero al no obtener respuesta abrió la puerta lentamente.

—Jules, ¿duermes?

Cuando entró comprobó que no había nadie, su cama estaba hecha y empezó a intranquilizarse. No le había contestado cuando salió del laboratorio y tampoco estaba descansando en su camarote.

— ¿Qué demonios? ¿Dónde estás Jules? — murmuró.

El único sitio lógico donde le faltaba por mirar era en el comedor, así que volvió a salir al pasillo y caminó hacia allí a la vez que lo llamaba en voz alta, a él y a Carlos; pero seguía sin obtener respuesta. Cuando llegó, quedó horrorizado por lo que estaba viendo; el comedor estaba completamente revuelto, sillas y mesas caídas, vasos rotos y un cuerpo inerte tendido boca abajo. Salió corriendo hacia él, pero sabía de sobra que era Jules y al darle la vuelta lo dio todo por perdido. Un profundo corte en su cuello le había seccionado la arteria provocando que muriera desangrado, pero los golpes que presentaba su cara y sus manos dejaban claro que no había muerto sin luchar, pero ¿y Carlos? Seguro que había sido él, ¿pero por qué? ¿Habría enloquecido por los recuerdos o quizás, aquel maldito loco habría descubierto algo, la verdad de Jules, que oprimido por el remordimiento se la había contado y no pudo actuar como lo había hecho él al saberlo? Ya habría tiempo para averiguarlo cuando lo encontrara y entonces, le sacaría la verdad a golpes si fuera necesario. Corrió de nuevo a su camarote sobresaltando a Laura que solo pudo preguntar qué ocurría. Abriendo el armario donde escondía su pistola la cogió y le explicó lo que pasaba.

—Es Jules, ha muerto.

Aquello horrorizó a Laura.

— ¿Infectados? —preguntó alarmada.

—No, o eso creo. Necesito que cuando salga cierres la puerta y que no la abras hasta que vuelva.

— ¿Dónde vas?

—Tengo que comprobar que no hay nadie en la barcaza que pueda ser una amenaza para Chloé y para ti. Cuando lo revise todo volveré, mientras tanto, no salgas de aquí, Luke os protegerá, ¿verdad amigo? No

permitiremos que os pase nada.

Laura le abrazó con fuerza y aquel abrazo, sin mediar palabra alguna, lo decía todo. Salió del camarote escuchando el cierre de la cerradura a su espalda y alzando la pistola comenzó a revisar cada uno de los camarotes. Todos, sin excepción estaban vacíos y no había huellas de que nadie hubiera estado en alguna de sus camas, entonces, ¿dónde estaba Carlos? Salió con cuidado a la cubierta, apuntando con su arma a cualquier lugar que mirara y observando la orilla descubrió la respuesta de su paradero. La barca fondeaba amarrada al pequeño embarcadero donde siempre arribaban cada vez que bajaban a tierra y en la carretera, colgando por el cuello de la gruesa rama de un árbol, se balanceaba lentamente el cuerpo de Carlos.

Con pesadumbre volvió al comedor, junto a Jules, y una vez a su lado comprobó que afianzaba un sobre en una de sus manos; lo cogió abriéndolo para ver su contenido. En su interior había una carta y al ojearla vio que estaba escrita de puño y letra, la de Jules. Buscando donde sentarse, la leyó.

"Querido amigo, te parecerá un tópico, pero si lees esto es que probablemente haya muerto. Eso, o has rebuscado entre mis cosas otra vez como cuando descubriste quién era realmente. Lamento todo lo ocurrido y la desesperación que mis actos produjeron en tu vida, en la de Laura y en la de todos tus seres queridos. Te dije una vez que nunca deseé que esto ocurriera, simplemente buscaba el bien para todo el mundo, para aquello que mal llamamos humanidad, pero algo salió mal. Ahora, gracias a tu hija, puedo remediar el error. Ella nos ha dado la posibilidad de que todo vuelva a ser como era antes, pero con la experiencia vivida. Quizás aprendiendo de esos errores y horrores vividos, por fin consigamos que esos mismos fallos nunca vuelvan a surgir.

He anotado paso a paso lo que deberías hacer en caso de mi muerte. Hay un diario en el cajón inferior de la mesa del laboratorio y todo lo necesario para que puedas fabricar más antivirales. Es más fácil de lo que crees si sigues las indicaciones descritas una a una. Si yo muero, tú podrás hacer que todo cambie, que paso a paso, todo vuelva a la normalidad.

Espero que me perdones alguna vez André.

P.D. Ojalá que estés leyendo esta carta porque hayas rebuscado entre mis cosas."

André lamentó que no fuera así.

Envolviendo con cariño su cuerpo con una sábana lo amortajó y luego,

arrastrándolo con cuidado hasta la cubierta, ofició un corto funeral.

—No sé si en el ejército oficiabais los funerales igual que en la marina Jules, pero creo que no les importará que te entierre arrojándote a las aguas del Sena. Lamento no haber estado aquí para evitar que te mataran como tú hiciste con nosotros. Lo lamento de verdad. Nos diste esperanzas y no solo salvaste a Laura y a Chloé una vez, sino dos, liberándola de la enfermedad y otorgándonos una nueva vida juntos. Solo puedo prometerte que intentaré que otros muchos puedan tener la misma oportunidad que tú nos diste. Y quiero que sepas que sí, que hace tiempo te perdoné, y que cada día que pasa estoy más convencido que, aunque tú creaste el virus, no fuiste el culpable de nada; sino que fuimos todos nosotros quienes lo creamos con nuestros actos, buscando la necesidad de hacerlo para acabar con nuestros propios horrores. Te perdono amigo.

Empujando su cuerpo por la borda este se sumergió en las frías y oscuras aguas del Sena para no volver a emerger. Durante unos minutos estuvo allí de pie, mirando lo que antes había sido una bulliciosa ciudad llena de vida, de alegría, y que quizás pudiera volver a serlo alguna vez.

Tocando la puerta del camarote pidió a Laura que le abriera y después se sentaron juntos, uno frente al otro. Chloé descansaba en el regazo de ella, tranquila, no lloraba. Acariciando su pequeña cara, y luego la de Laura, la miró.

—Te dije que tenía que contarte una larga historia.

Y comenzó. Le contó como enfermó y lo que tuvieron que hacer para mantenerla con vida. Su viaje hasta el hospital y el encuentro con aquel asesino endemoniado, el mismo con el que se encontraron durante su viaje a París. De cómo tuvieron que hacerle una cesárea para que Chloé y ella pudieran sobrevivir. Le contó cuando descubrieron la inmunidad de su hija al virus y que gracias a ella crearon un antiviral que probaron con un infectado al que curaron y que después mató a Jules, probablemente al conocer la verdad. La verdad de su creación, de su arrepentimiento, y de sus ganas por arreglarlo todo, y ella también le perdonó.

— ¿Y ahora qué haremos? — preguntó Laura.

—Lo que dijo Jules. Preparar más antivirales y avisar a todo el mundo.

— ¿Avisar a todo el mundo?, ¿y cómo pretendes hacerlo?

—De la misma manera que usaron para que viniéramos a París.

Ya de noche, tras cenar los tres y haberlas dejado descansando nuevamente en el camarote, André se dirigió al puente de mando de la barcaza provisto de una grabadora. Solo había estado allí una vez antes,

curioseando al poco de llegar, y si bien no era una estancia grande, poseía lo que necesitaba, una emisora. Conectando la grabadora a ella pulsó el botón de grabar y comenzó a hablar directamente sobre el micrófono.

"Mi nombre poco importa, pero sí lo que vais a escuchar, París es zona segura. Tenemos el antídoto para luchar contra la enfermedad, así que emprended el camino, os estamos esperando. Pero no lo hagáis solos, traed con vosotros a vuestros familiares enfermos, a los infectados que encontréis. Por favor, no los matéis. Todavía reside en ellos la humanidad que antaño tuvieron. Haced lo posible para traerlos con vida, podemos curarlos, a ellos y a vosotros. París es zona segura y ya nunca dejará de serlo"

Apretando el botón para reproducir la grabación, su mensaje comenzó a sonar una y otra vez, de la misma manera que lo hacía aquel otro que les trajo a París tiempo atrás, pero al contrario que ese, el suyo sí era real.